

LOS CAMINOS DE LA ECONOMIA DE SOLIDARIDAD

Luis Razeto Migliaro

Preludio.

En los doce capítulos que forman este libro hablaremos muchas cosas y expondremos muy variadas reflexiones. Su objetivo más directo es presentar la economía de solidaridad como un fenómeno que empieza (o que vuelve) a existir por la acción de personas y grupos que se han puesto a buscar nuevas formas de hacer las cosas. Compartiremos los motivos, preocupaciones y urgencias que los mueven a hacerlos. Exploraremos junto a ellos los caminos que están abriendo con su acción pionera. Nos aproximaremos a sus novedosas experiencias.

Pero debemos advertir al lector que tenemos previsto también un más amplio itinerario, que nos introducirá en algunos graves asuntos del mundo que vivimos y nos llevará a explorar ciertas facetas menos evidentes de nuestra existencia personal.

Lo que quisiéramos hacer junto al lector es acceder a un lugar de observación especialísimo, que existirá solamente cuando lo construyamos dentro de nosotros mismos. Si lo alcanzamos se nos ofrecerá un punto de vista nuevo desde el cual podremos ver la realidad de cerca y de lejos al mismo tiempo. Un punto de vista así no puede ser excluyente y unilateral sino muy amplio y comprensivo. Habrá, pues, que elevarse por encima de la experiencia cotidiana hasta un observatorio elevado desde el cual verlo todo de lejos, hasta abarcar el panorama de una civilización entera; pero no podemos subir hasta allí sino acercándonos a las personas y cosas que tenemos a nuestro lado, aguzando la mirada para verlas de cerca. Tendremos entonces la posibilidad de acceder a una nueva visión del mundo en que vivimos y de nosotros en él.

Desde ese lugar miraremos los caminos de la economía de solidaridad. La percibiremos como expresión de algo que viene desde muy antiguo (tal vez desde los orígenes mismos de la sociedad) y que se proyecta hacia un futuro muy lejano (tal vez una nueva civilización). A partir de pequeñas experiencias que trabajosamente pretenden consolidarse, buscaremos comprender nuestra sociedad en crisis e intentaremos vislumbrar los embriones de una nueva época.

Claro es que las distancias que separan las experiencias concretas de su posible proyección histórica son inmensas, y los caminos que podrían llevar desde lo pequeño existente a lo grande pensable no están todavía trazados. Lo que existe en realidad son senderos que están siendo abiertos muy artesanalmente y avanzándose a tientas. Pero nosotros, mientras avanzamos por ellos iremos dibujando el mapa de los espacios abiertos y un plano de los posibles caminos por recorrer.

La invitación que hacemos al lector es a que nos acompañe paso a paso hasta nuestro especial lugar de observación. Solo debemos advertirle que si llega hasta allí, tal vez no quiera mirar las cosas como antes y se vea envuelto en insospechadas aventuras: explorando esos senderos, abriendo caminos, junto a mujeres y hombres compañeros de ruta que aprenderá a reconocer como hermanos.

Capítulo 1. **QUE ES LA ECONOMIA DE SOLIDARIDAD**

¿Pueden juntarse la economía y la solidaridad?

Economía de solidaridad es un concepto nuevo, que si bien apareció hace pocos años está ya formando parte de la cultura latinoamericana. Cuando empecé a usar esta expresión y en 1984 publiqué el Libro Primero de **Economía de solidaridad y mercado democrático**, pude observar la sorpresa que provocaba asociar en una sola expresión los dos términos. Las palabras "economía" y "solidaridad", siendo habituales tanto en el lenguaje común como en el pensamiento culto, formaban parte de "discursos" separados. "Economía", inserta en un lenguaje fáctico y en un discurso científico; "solidaridad", en un lenguaje valórico y un discurso ético. Rara vez aparecían los dos términos en un mismo texto, menos aún en un solo juicio o razonamiento. Resultaba, pues, extraño verlos unidos en un mismo concepto.

La separación entre la economía y la solidaridad radica en el contenido que suele darse a ambas nociones. Cuando hablamos de economía nos referimos espontáneamente a la utilidad, la escasez, los intereses, la propiedad, las necesidades, la competencia, el conflicto, la ganancia. Y aunque no son ajenas al discurso económico las referencias a la ética, los valores que habitualmente aparecen en él son la libertad de iniciativa, la eficiencia, la creatividad individual, la justicia distributiva, la igualdad de oportunidades, los derechos personales y colectivos. No la solidaridad o la fraternidad; menos aún la gratuidad.

Podemos leer numerosos textos de teoría y análisis económico de las más variadas corrientes y escuelas sin encontrarnos nunca con la solidaridad. A lo más, comparece en ocasiones la palabra cooperación, pero con un significado técnico que alude a la necesaria complementación de factores o intereses más que a la libre y gratuita asociación de voluntades. Una excepción a esto se da en el discurso y la experiencia del cooperativismo; pero éste, confirmando lo dicho, ha encontrado grandes dificultades para hacer presente su contenido ético y doctrinario al nivel del análisis científico de la economía. Charles Guide expresó muy bien esta ausencia ya en 1921 en un célebre artículo titulado precisamente **Por qué los economistas no aman la cooperación**.

Algo similar nos ocurre cuando hablamos de la solidaridad. La idea de solidaridad se inserta habitualmente en el llamado ético y cultural al amor y la fraternidad humana, o hace referencia a la ayuda mutua para enfrentar problemas compartidos, a la benevolencia o generosidad para con los pobres y necesitados de ayuda, a la participación en comunidades integradas por vínculos de amistad y reciprocidad. Este llamado a la solidaridad, enraizado en la naturaleza humana y siendo por tanto connatural al hombre cualquiera sea su condición y su modo de pensar, ha encontrado sus más elevadas expresiones en las búsquedas

espirituales y religiosas, siendo en el mensaje cristiano del amor donde la solidaridad es llevada a su más alta y sublime valoración.

Sin embargo, desde la ética del amor y la fraternidad la relación con la economía no ha sido simple ni carente de conflictos. Como en las actividades económicas prima el interés individual y la competencia, la búsqueda de la riqueza material y del consumo abundante, quienes enfatizan la necesidad del amor y la solidaridad han tendido a considerar con distancia y a menudo sospechosamente la dedicación a los negocios y actividades empresariales. Desde el discurso ético, espiritual y religioso lo común ha sido establecer respecto de esas actividades una relación "desde fuera": como denuncia de las injusticias que se generan en la economía, como ejercicio de una presión tendiente a exigir correcciones frente a los modos de operar establecidos, o bien en términos de acción social, como esfuerzo por paliar la pobreza y la subordinación de los que sufren injusticias y marginación, a través de actividades promocionales, organizativas, de concientización, etc.

La realización de actividades económicas en primera persona, la construcción y administración de empresas, con dificultad y por pocos ha sido percibida como un modo de actuación práctica del mensaje cristiano, como una vocación peculiar en la cual puedan concretizarse los valores, principios y compromisos evangélicos.

Se ha destacado sí el contenido ético y solidario del trabajo, pero al hacerlo no se ha tenido suficientemente en cuenta que el trabajo es sólo una parte de la actividad económica y no puede realizarse sino inserto en organizaciones y estructuras económicas; de hecho la valoración positiva del trabajo a menudo fue presentada junto a enunciados críticos sobre la empresa y la economía en que se desenvuelve.

Es así que por mucho tiempo los llamados a la solidaridad, la fraternidad y el amor han permanecido exteriores a la economía misma. Hemos comprobado esta distancia en la acción social que instituciones cristianas realizan entre los pobres, que si bien dan lugar a verdaderas organizaciones económicas, difícilmente son reconocidas como tales. A menudo se hace necesario un esfuerzo consciente para superar las resistencias que ponen muchos de los más comprometidos con esas experiencias a considerarlas como no puramente coyunturales o de emergencia sino como un modo permanente de hacer economía de manera solidaria.

Muchas de esas resistencias se han ido superando entre nosotros desde que S.S. Juan Pablo II en su viaje a Chile y Argentina en 1987, y especialmente en su discurso ante la CEPAL, voceó y difundió con fuerza la idea de una "economía de la solidaridad" en la cual -dijo- "ponemos todas nuestras mejores esperanzas para América Latina". Tal llamado fue fundamental en la difusión e incorporación a la cultura latinoamericana de la idea de una economía de solidaridad; pero el contenido de ella permanece indeterminado e impreciso para muchos. El enunciado del pontífice no proporciona suficientes elementos como para llenar de contenido una idea de la cual se esperan tantas realizaciones.

Poner unidas en una misma expresión la economía y la solidaridad aparece, pues, como un llamado a un proceso intelectual complejo que debiera desenvolverse paralela y convergentemente en dos direcciones: por un lado, se trata de desarrollar un proceso interno al discurso ético y axiológico, por el cual se recupere la economía como espacio de realización y actuación de los valores y fuerzas de la solidaridad; por otro, de desarrollar un proceso interno a la ciencia de la economía que le abra espacios de reconocimiento y actuación a la idea y el valor de la solidaridad.

Incorporar solidaridad en la economía.

Cuando decimos "economía de solidaridad" estamos planteando la necesidad de **introducir la solidaridad en la economía, de incorporar la solidaridad en la teoría y en la práctica de la economía.**

Decimos introducir e incorporar solidaridad en la economía con muy precisa intención. Como estamos habituados a pensar la economía y la solidaridad como parte de diferentes preocupaciones y discursos, cuando llegamos a relacionarlas tendemos a establecer el nexo entre ellas de otro modo. Se nos ha dicho muchas veces que debemos solidarizar como un modo de paliar algunos defectos de la economía, de subsanar algunos vacíos generados por ella, o de resolver ciertos problemas que la economía no ha podido superar. Así, tendemos a suponer que la solidaridad debe aparecer **después** que la economía ha cumplido su tarea y completado su ciclo.

Primero estaría el tiempo de la economía, en que los bienes y servicios son producidos y distribuidos. Una vez efectuada la producción y distribución sería el momento de que entre en acción la solidaridad, para compartir y ayudar a los que resultaron desfavorecidos por la economía y quedaron más necesitados. La solidaridad empezaría cuando la economía ha terminado su tarea y función específica. La solidaridad se haría con los resultados - productos, recursos, bienes y servicios- de la actividad económica, pero no serían solidarias la actividad económica misma, sus estructuras y procesos.

Lo que sostenemos es distinto a eso, a saber, que la solidaridad se introduzca en la economía misma, y que opere y actúe en las diversas fases del ciclo económico, o sea, en la producción, circulación, consumo y acumulación. Ello implica producir **con** solidaridad, distribuir **con** solidaridad, consumir **con** solidaridad, acumular y desarrollar **con** solidaridad. Y que se introduzca y comparezca también **en la teoría económica**, superando una ausencia muy notoria en una disciplina en la cual el concepto de solidaridad pareciera no encajar apropiadamente.

Hace un tiempo escuché decir a un connotado economista al que se le preguntó por la economía de solidaridad, que es necesario que exista tanta solidaridad como sea posible, siempre que no interfiera en los procesos y estructuras económicas que podrían verse afectadas en sus propios equilibrios. Nuestra idea de la

economía de solidaridad es exactamente lo contrario: que la solidaridad sea tanta que llegue a transformar desde dentro y estructuralmente a la economía, generando nuevos y verdaderos equilibrios.

Si tal es el sentido profundo y el contenido esencial de la economía de solidaridad nos preguntamos entonces en qué formas concretas se manifestará esa presencia activa de la solidaridad en la economía. Nuestra pregunta inicial: ¿qué es la economía de solidaridad?, se especifica en esta otra: ¿Cómo se puede producir, distribuir, consumir y acumular solidariamente?

Podemos decir inicialmente que al incorporar la solidaridad en la economía suceden cosas sorprendentes en ésta. Aparece **un nuevo modo de hacer economía**, una nueva **racionalidad económica**.

Pero como la economía tiene tantos aspectos y dimensiones y está constituida por tantos sujetos, procesos y actividades, y como la solidaridad tiene tantas maneras de manifestarse, la economía de solidaridad no será un modo definido y único de organizar actividades y unidades económicas. Por el contrario, muchas y muy variadas serán las formas y modos de la economía de solidaridad. Se tratará de poner más solidaridad en las empresas, en el mercado, en el sector público, en las políticas económicas, en el consumo, en el gasto social y personal, etc.

Hemos dicho poner "más" solidaridad en todas estas dimensiones y facetas de la economía porque es preciso reconocer que algo de solidaridad existe ya en ellas aunque no se lo haya reconocido expresamente. ¿Cómo no reconocer expresiones de solidaridad entre los trabajadores de una empresa que negocian colectivamente, aún cuando los de mayor productividad podrían obtener mejores condiciones haciéndolo individualmente, o cuando algunos llegan a poner en riesgo su empleo por obtener beneficios para todos? ¿O entre los técnicos que trabajan en equipo, compartiendo conocimientos o transfiriéndolos a otros menos calificados? ¿No es manifestación de solidaridad el sacrificio de mayores ganancias que algunos empresarios hacen a veces manteniendo empleos de los que podrían prescindir, preocupados por los efectos del despido en personas y familias que han llegado a conocer y apreciar?

Se dirá que esto sucede rara vez, o que las motivaciones no siempre son genuinamente humanitarias, y puede ser cierto. Pero el hecho es que relaciones y comportamientos solidarios existen. Por lo demás, la solidaridad tiene grados y sería un error reconocerla solamente en sus manifestaciones más puras y eminentes.

Se dice, y es cierto, que el mercado opera de manera tal que cada sujeto toma sus decisiones en función de su propia utilidad. Pero la existencia misma del mercado, ¿no pone acaso de manifiesto el hecho innegable de que nos necesitamos unos a otros, y que de hecho trabajamos unos para otros? ¿No quedan acaso excluidos del mercado aquellos productores que no están muy atentos a satisfacer en buena forma las necesidades reales de sus potenciales clientes?

Esta presencia parcial de la solidaridad en la economía se explica por el hecho que las organizaciones y procesos económicos

son el resultado de la acción real y compleja de los hombres que ponen en su actividad todo lo que hay en ellos, y la solidaridad es algo que, en alguna medida, está presente en todo ser humano.

Con esto no queremos decir, por cierto, que la economía actual sea solidaria. Por el contrario, un análisis de la misma nos pone frente a una organización social y económica en que compiten por el predominio los intereses privados individuales con los intereses de las burocracias y del Estado, en un esquema de relaciones basadas en la fuerza y en la lucha, la competencia y el conflicto, que relegan a un lugar muy secundario tanto a los sujetos comunitarios como a las relaciones de cooperación y solidaridad. Los principales sujetos de la actividad económica están motivados por el interés de ganancia y por el temor a los otros y al poder, más que por el amor y la solidaridad de todos. La mencionada presencia de la solidaridad en la economía es ciertamente demasiado escasa y pobre, pero es **indispensable** reconocerla, por tres razones fundamentales.

La primera, por una exigencia de objetividad científica. La segunda, porque si no hubiera actualmente nada de solidaridad en la economía -en las empresas y en el mercado tal como existen- no vemos cómo sería posible pensar en la economía de solidaridad como un proyecto posible. En efecto, construirla implicaría una suerte de creación **ex nihilo**, de la nada. ¿De donde habría que traer esa solidaridad que habría que introducir en la economía, y cómo incorporársela si ésta fuera tan completamente refractaria que no habría permitido hasta ahora ni su más mínima expresión? No nos quedaría sino reconocer que la economía y la solidaridad han de mantenerse en su recíproca exterioridad y separación, definitivamente.

Una tercera razón por la que es importante reconocer la presencia de algo de solidaridad en las empresas y en el mercado es la necesidad de evitar el que sería un grave malentendido: pensar la economía de solidaridad como algo completamente opuesto a la economía de empresas y a la economía de mercado. La idea y el proyecto de una economía de solidaridad no los pensamos como **negación** de la economía de mercado o como alternativa frente a la economía de empresas. Hacerlo sería completamente antihistórico e incluso ajeno al hombre tal como es y como puede ser.

La economía de solidaridad no es negación de la economía de mercado; pero tampoco es su simple reafirmación. Ella expresa más bien, como lo iremos apreciando a medida que avancemos por sus caminos, una orientación fuertemente crítica y decididamente transformadora respecto de las grandes estructuras y los modos de organización y de acción que caracterizan la economía contemporánea.

Las dos dimensiones de la economía de solidaridad.

Si la economía de solidaridad se constituye poniendo solidaridad en la economía, ella se manifestará en distintas formas, grados y niveles según la forma, el grado y el nivel en que la solidaridad se haga presente en las actividades, unidades y procesos económicos. Por esto podemos diferenciar en ella y en el proceso de su desarrollo dos grandes dimensiones.

Por un lado, habrá economía de solidaridad en la medida que en las diferentes estructuras y organizaciones de la economía global vaya creciendo la presencia de la solidaridad por la acción de los sujetos que la organizan. Por otro lado, identificaremos economía de solidaridad en una parte o sector especial de la economía: en aquellas actividades, empresas y circuitos económicos en que la solidaridad se haya hecho presente de manera intensiva y donde opere como elemento articulador de los procesos de producción, distribución, consumo y acumulación.

Distinguiremos de este modo dos componentes que aparecen en la perspectiva de la economía solidaria: un proceso de solidarización progresiva y creciente de la economía global, y un proceso de construcción y desarrollo paulatino de un sector especial de economía de solidaridad.

Ambos procesos se alimentarán y enriquecerán recíprocamente. Un sector de economía de solidaridad consecuente podrá difundir sistemática y metódicamente la solidaridad en la economía global, haciéndola más solidaria e integrada. A su vez, una economía global en que la solidaridad esté más extendida, proporcionará elementos y facilidades especiales para el desarrollo de un sector de actividades y organizaciones económicas consecuentemente solidarias.

En uno u otro nivel la economía de solidaridad nos invita a todos. Ella no podrá extenderse sino en la medida que los sujetos que actuamos económicamente seamos más solidarios, porque toda actividad, proceso y estructura económica es el resultado de la acción del sujeto humano individual y social.

Para expandir la economía de solidaridad es preciso que comprendamos en profundidad la conveniencia, oportunidad e incluso necesidad de construirla. Muchos hombres y mujeres, numerosos grupos humanos, han emprendido caminos prácticos de incorporación de solidaridad en la economía, y así se ha venido y está construyendo economía de solidaridad tanto a nivel global como en un sector económico especial. Tales procesos, por cierto, enfrentan múltiples obstáculos y dificultades y deben hacer frente a tendencias adversas que parecen ser hoy las predominantes. Pero lo que hacen no deja de dar resultados y abrir huellas que otros podrán después seguir con mayores facilidades. Conocer sus motivaciones y los caminos que están siguiendo en sus experiencias nos puede proporcionar abundantes estímulos y razones para no obstaculizarlos en su trabajo, para apoyarlos positivamente y para sumarnos a sus búsquedas.

Conocer esos motivos y caminos y aproximarnos a sus

experiencias nos llevará a comprender cuáles son las formas y contenidos de la economía de solidaridad más consecuentemente desarrollada.

En efecto, pensamos la economía de solidaridad como un gran espacio al que se converge desde diferentes caminos, que se originan a partir de diversas situaciones y experiencias; o como una gran casa a la que se entra con distintas motivaciones por diferentes puertas. Diversos grupos humanos comparten esas motivaciones y transitan esos caminos, experimentando diversas maneras de hacer economía con solidaridad.

Esas distintas iniciativas se van encontrando en el espacio al que convergen: allí se conocen, intercambian sus razones y experiencias, se aportan y complementan recíprocamente, se enriquecen unas con otras. Los que llegan por un motivo aprenden a reconocer el valor y la validez de los otros, y así se va construyendo un proceso en el cual la racionalidad especial de la economía de solidaridad se va completando, potenciando y adquiriendo creciente coherencia e integralidad. Conociendo esos motivos y caminos, esas búsquedas y experiencias, iremos comprendiendo cada vez más amplia y profundamente qué es la economía de solidaridad y encontraremos abundantes razones para participar en ella.

Capítulo 2. EL CAMINO DE LOS POBRES Y DE LA ECONOMIA POPULAR.

La realidad de la pobreza.

Un primer camino hacia la economía de solidaridad parte desde la situación de pobreza y marginalidad en que se encuentran grandes grupos sociales.

Como consecuencia de las transformaciones que está experimentando la economía contemporánea y de las tendencias que están predominando en la reorganización de los mercados, numerosos grupos humanos se han empobrecido y quedan al margen de los resultados del crecimiento. El predominio del pensamiento neoliberal y de las tendencias que enfatizan el mercado de intercambios como el modo principal para efectuar las aportaciones y retribuciones económicas -para asignar los recursos y distribuir el producto-, junto a la disminución del rol redistributivo del Estado, dejan fuera de las posibilidades de participar en la economía a todos aquellos que no tienen bienes para intercambiar, o que poseen poco dinero para comprar y una fuerza de trabajo de menor productividad que no encuentra ocupación en las empresas o instituciones.

Reducidas para muchos las posibilidades de participar en la economía a través de los dos grandes sectores -la economía de empresas y el mercado, y la economía pública y estatal- que en las economías modernas permiten aportar a la producción y obtener de ella los bienes y servicios necesarios para satisfacer las necesidades básicas, enfrentan un agudo problema de subsistencia.

Marginados de la economía oficial, se ven en la necesidad de desplegar verdaderas estrategias de sobrevivencia, realizando cualquier tipo de actividades económicas informales y por cuenta propia para obtener los ingresos que les aseguren la satisfacción de sus necesidades básicas. Ha surgido así desde la realidad de la pobreza la (mal llamada) economía informal o economía invisible, que preferimos denominar **economía popular** en razón del hecho de mayor trascendencia económica y cultural que ella implica, cual es la activación y movilización económica del mundo popular.

Para comprender el significado de este proceso, su trascendencia, las racionalidades económicas que se manifiestan en su interior y el modo en que contribuye a la formación y desarrollo de la economía de solidaridad, es preciso examinar más de cerca sus dimensiones, las características de la pobreza en que se origina, sus causas estructurales y los diferentes componentes que configuran una tipología que es posible construir a partir de su notable heterogeneidad y diversidad.

La pobreza se ha expandido en las últimas décadas prácticamente en todos los países latinoamericanos. Se ha extendido en cuanto al tamaño de la población afectada, que ha venido creciendo insistentemente hasta alcanzar en algunos países porcentajes cercanos al 60 % de la población, y se ha profundizado en cuanto a la radicalidad e intensidad que ha llegado a tener,

observándose una creciente distancia en los niveles de vida que separan a los ricos y pobres de la región. Pero más significativa que la expansión cuantitativa de la pobreza es tal vez la transformación cualitativa que en ella se está verificando.

Transformación de la pobreza.

Dicho muy sintéticamente, el mundo de los marginados consistía hace dos o tres décadas, básicamente en aquella parte de la población que no había logrado integrarse a la vida moderna debido a que las infraestructuras urbanas (calles, viviendas, agua potable, alcantarillados, etc.), productivas (industrias, puestos de trabajo) y de servicios (educación, salud, etc.) no crecían lo suficientemente rápido como para absorber la masa social urbana que aumentaba aceleradamente por la explosión demográfica y las migraciones del campo a la ciudad. Los extremadamente pobres eran quienes no habían experimentado un desarrollo cultural y laboral como el requerido por el proceso social moderno, y constituían un cierto porcentaje de la sociedad que se aglomeraba en la periferia de las grandes ciudades.

En última síntesis, aquella marginación resultaba de la reorganización de la economía y la estructura social que se verificaba aquellos años por la expansión de las formas industriales y estatales modernas, que fueron desplazando y desarticulando el tejido social y las actividades de producción, distribución y consumo tradicionales, afectando especialmente a los grupos sociales indígenas, campesinos y artesanales. Como el sector moderno crecía y manifestaba capacidades para absorber fuerzas de trabajo y satisfacer demandas de consumo, se producía adicionalmente un efecto de atracción para muchos que abandonaron prematuramente sus formas de vida tradicionales y emigraron hacia las ciudades en busca de otros modos de vida. Pero los que no lograron integrarse, no pudiendo tampoco darle en el contexto marginal urbano un uso a sus capacidades y destrezas laborales correspondientes a esos modos de producción campesinos y artesanales, encontraban sólo en la acción social del sector público sus posibilidades de sobrevivencia y de reinserción. Toda su activación social tendía a expresarse, entonces, en términos reivindicativos y de presión.

Aquella pobreza y marginación residual (por nombrarla de algún modo), sigue existiendo en la actualidad. Pero el mundo de los pobres es hoy mucho más numeroso, porque ha sido engrosado por una masa de personas que, habiendo anteriormente alcanzado algún grado de participación en el mundo laboral y en el consumo y la vida moderna, han experimentado luego procesos de exclusión: cesantía, pérdida de beneficios sociales, subempleo, etc. Esto, como consecuencia de nuevas transformaciones económicas que se han verificado en las industrias, en el mercado y en el sector público a partir de mediados de la década del setenta. Lo que ha sucedido es, en síntesis, que el proceso industrial y estatal moderno no sólo no pudo absorber todas las fuerzas de trabajo y las necesidades sociales que crecían junto con la población, sino que

incluso comenzó a expeler a una parte de quienes había en algún momento incorporado.

Esta masa social de personas que han sido excluidas después de haber experimentado algún nivel de participación e integración, ha modificado la conformación cultural, social y económica del mundo pobre y marginal. Porque quienes han participado en alguna etapa de sus vidas en la organización moderna, aunque haya sido precariamente, son personas que han desarrollado ciertas capacidades, comportamientos y hábitos propios de la modernidad. Puede decirse que, así, el mundo marginal se ha visto enriquecido de conocimientos, destrezas laborales, niveles de conciencia, competencias técnicas, capacidades organizativas y otras aptitudes presentes en una masa social numerosa que la sociedad "oficial" en un momento integró pero luego ha desechado.

Se han venido a juntar, así, en el mundo de los pobres, los remanentes de la cultura y habilidades tradicionales con las precarias pero reales capacidades y destrezas adquiridas recientemente.

La economía popular.

Estas capacidades y competencias del mundo popular, excenduntarias respecto a las demandas del mercado y del mundo formal, no han permanecido inactivas por el hecho de que las empresas y el Estado no las ocupen. Habiendo sido excluidos tanto de las posibilidades de trabajar como de consumir en la economía formal, quedando enfrentados ante un agudo problema de subsistencia, el mundo de los pobres se ha activado económicamente, dando lugar a muy diferentes actividades y organizaciones que configuran la que denominamos "economía popular".

Dicha economía popular combina recursos y capacidades laborales, tecnológicas, organizativas y comerciales de carácter tradicional con otras de tipo moderno, dando lugar a un increíblemente heterogéneo y variado multiplicarse de actividades orientadas a asegurar la subsistencia y la vida cotidiana. Ella opera y se expande buscando intersticios y oportunidades que encuentra en el mercado, busca aprovechar beneficios y recursos proporcionados por los servicios y subsidios públicos, se inserta en experiencias promovidas por organizaciones no-gubernamentales, e incluso a veces logra reconstruir relaciones económicas basadas en la reciprocidad y la cooperación que predominaban en formas más tradicionales de organización económica.

Es notable la variedad de experiencias que conforman la economía popular y no es posible referirse a ella de manera adecuada en función de nuestro propósito de visualizar el camino que conduce desde ella a la economía de solidaridad, si no efectuamos una tipología que distinga sus diversas manifestaciones. En efecto, encontramos en ella al menos las siguientes formas principales:

a) El trabajo por cuenta propia de innumerables trabajadores independientes que producen bienes, prestan servicios o comercializan en pequeña escala, en las casas, calles, plazas,

medios de locomoción colectiva, ferias populares y otros lugares de aglomeración humana; una investigación realizada en Chile sobre estos trabajadores por cuenta propia llegó a identificar más de 300 "oficios" distintos ejercidos informalmente.

b) Las microempresas familiares, unipersonales o de dos o tres socios, que elaboran productos o comercializan en pequeña escala, aprovechando como lugar de trabajo y local de operaciones alguna habitación de la vivienda que se habita o adyacente a ella; en los barrios populares de las grandes ciudades de América Latina el fenómeno de la microempresa ha llegado a ser tan extendido que es normal que exista una de ellas cada cuatro o cinco viviendas.

c) Las organizaciones económicas populares, esto es, pequeños grupos o asociaciones de personas y familias que juntan y gestionan en común sus escasos recursos para desarrollar, en términos de cooperación y ayuda mutua, actividades generadoras de ingresos o provisionadoras de bienes y servicios que satisfacen necesidades básicas de trabajo, alimentación, salud, educación, vivienda, etc. Talleres laborales solidarios, comités de vivienda, "comprando juntos", centros de abastecimiento comunitario, "construyendo juntos", huertos familiares, programas comunitarios de desarrollo local, etc., son algunos de los tipos de organizaciones económicas populares más difundidos.

Causas estructurales de la economía popular.

Una de las interrogantes que plantea la economía popular con sus variadas manifestaciones apunta a identificar si se trata de un fenómeno coyuntural y pasajero o si estamos frente a una realidad estructural y permanente, destinada a perdurar en el tiempo y que recién estaría emergiendo como la parte visible de un iceberg. Para encontrar una respuesta es preciso profundizar en las causas del fenómeno.

La primera afirmación que podemos hacer al respecto es que la explicación del fenómeno no se encuentra exclusivamente en procesos internos de cada país, ni se agota en el relevamiento de los efectos de las políticas neo-liberales que se han implementado los últimos años en muchos de ellos. Tratándose de un fenómeno que se extiende por toda latinoamérica y en cierto modo por todo el mundo, debemos reconocer que sus raíces son mucho más hondas, estructurales e internacionales.

Nuestros países están siendo impactados profundamente por transformaciones y tendencias globales que afectan la economía y los mercados mundiales. En los países de industrialización avanzada se vienen extendiendo y acentuando tres grandes procesos que nos impactan sin que podamos hacer mucho por impedirlo.

El primero es la impresionante **concentración de capitales** que implica la constitución y desarrollo de las grandes empresas y trusts multinacionales. Estos gigantes empresariales -que operan en las finanzas, la producción y el comercio- han penetrado extensivamente nuestros mercados, de manera que gran parte de los bienes que utilizamos (no sólo bienes de capital sino también de

consumo y de fácil producción local) provienen de dichas multinacionales. La economía mundial tiende a girar en torno a esas empresas, que utilizan los mejores recursos y factores disponibles y que condicionan cada vez más directamente los mercados y las economías locales. A medida que extienden el campo de sus actividades, las posibilidades de competir con ellos se reducen, lo que significa la disminución de las posibilidades de acción económica para cualquier otro tipo de sujetos nacionales (incluido el Estado).

El segundo fenómeno es la **competencia económica entre los tres grandes centros del mundo desarrollado**: Estados Unidos, la Comunidad Europea y Japón con sus satélites. Está entablada entre tales potencias económicas una lucha por el control de los mercados, que se desenvuelve sin que nuestros países puedan ser otra cosa que territorios de la confrontación. Impulsadas por esa competencia las grandes empresas están obligadas a racionalizar sus operaciones, elevar su productividad, perseguir crecientes utilidades y acelerar los retornos de las ganancias obtenidas en nuestros países, para poder efectuar nuevas inversiones que les permitan proseguir en esa competencia exacerbada.

El tercer fenómeno, vinculado a los anteriores, es el acelerado proceso de **innovaciones tecnológicas**: la informática, la robótica, la bio-ingeniería, la revolución verde, etc., que en su conjunto constituyen la denominada "revolución científico-tecnológica" que se extiende por todas las ramas de la producción y los servicios modificando los modos de trabajo y disminuyendo, alterando y cambiando los requerimientos de fuerza laboral.

La combinación de esos tres procesos impacta profundamente las realidades económico-sociales de los países subdesarrollados.

Dos son los efectos principales que aquí queremos destacar.

El primero es el despliegue en nuestros países de un proceso de **modernización parcial**, que alcanza a sólo algunas ramas de la actividad económica y a sólo algunos sectores sociales y laborales. En el afán por participar en la modernización para no quedar "fuera de la historia", nuestras sociedades están haciendo esfuerzos enormes por mantener la vinculación con los mercados internacionales y para asimilar algunos de los progresos habidos en el mundo desarrollado. Entre tales esfuerzos debemos contar los que se hacen para pagar la deuda externa y sostener nuestra "credibilidad", para ampliar y diversificar las exportaciones, para ingresar capitales externos. Ello se traduce en significativas reestructuraciones que reorientan gran parte de la economía **hacia afuera**, lo que da lugar a especiales énfasis en la racionalización y la productividad. Aún así, los esfuerzos internos no son suficientes para lograrlo y nuestras economías se abren a la inversión extranjera que viene a reforzar esa orientación hacia afuera. Como resultado de ello en estos países se van introduciendo **elementos de modernización** incluso avanzada, pero a la cual accede sólo una parte de la sociedad.

Se trata, pues, de una modernización **parcial y dependiente**, a todas luces desequilibrada si la juzgamos desde el punto de vista

de las necesidades humanas y sociales, y que beneficia a sólo un segmento de la población, el de elevados ingresos, con algún beneficio limitado para sectores medios que tienen acceso al consumo moderno y para sectores de trabajadores empleados en operaciones especializadas en las empresas del sector moderno.

El segundo efecto consiguiente a la reestructuración de los mercados mundiales es la disminución de los roles redistributivos del Estado, que se traduce en una creciente incapacidad de éste para responder a las demandas sociales. Desde hace varias décadas el sector público venía creciendo en tamaño y en funciones y actividades, y por tanto fue creciente la utilización por el mismo de recursos materiales, financieros y humanos. En la actualidad, los mismos procesos de modernización parcial de la sociedad y la economía plantean exigencias de modernización del Estado respecto a sus sistemas administrativos, a los servicios de salud y educación, a sus aparatos y equipamiento militar y policial, etc. y exigen que las empresas que controla destinen también crecientes recursos a su modernización tecnológica. Se llegó así a una situación de desfinanciamiento del sector público, que condujo a desequilibrios macroeconómicos de consideración. Los fenómenos de hiperinflación que afectaron a numerosos países de América Latina fueron en gran medida resultado de esta crisis. Las consiguientes políticas de ajuste, acompañadas de procesos de privatización de empresas y servicios tendientes a alivianar la carga del sector público y a allegar recursos que permitieran cubrir los déficit fiscales, están significando una reversión estructural muy rápida de aquellos procesos de expansión del Estado, que habíamos experimentado por varias décadas.

La expansión de la pobreza puede entenderse en gran medida como causada por los fenómenos descritos. En efecto, la modernización parcial de la economía implica una reestructuración tecnológica y económica de las empresas, que reducen la demanda de fuerza de trabajo e incluso expulsan trabajadores. Otras empresas son llevadas a la quiebra en cuanto no logran mantener el ritmo de la modernización ni sostener precios competitivos internacionalmente, en economías abiertas.

A esto se agrega que el Estado -debido a su crisis financiera- tampoco está en condiciones de absorber fuerza de trabajo y también reduce sus plantas funcionarias e incluso se enfrenta a la necesidad de reducir su gasto social.

De ahí el fenómeno que señalamos: la necesidad de los pobres y marginados de encontrar en sí mismos las fuerzas necesarias para subsistir, iniciando actividades por cuenta propia en cualquiera de las formas mencionadas.

Economía popular y solidaridad.

La economía popular en sus varias manifestaciones y formas contiene importantes elementos de solidaridad que es importante reconocer y destacar. Hay solidaridad en ella, en primer lugar porque la cultura de los grupos sociales más pobres es naturalmente más solidaria que la de los grupos sociales de mayores ingresos. La experiencia de la pobreza, de la necesidad experimentada como urgencia cotidiana de asegurar la subsistencia, lleva a muchos a vivenciar la importancia de compartir lo poco que se tiene, de formar comunidades y grupos de ayuda mutua y de recíproca protección. El mundo popular, puesto a hacer economía, la hace "a su modo", con sus valores, con sus modos de pensar, de sentir, de relacionarse y de actuar.

A ello se agrega el hecho de que cada persona o familia, al disponer de tan escasos recursos para realizar sus actividades económicas, necesita de los cercanos que enfrentan igual necesidad para complementar la fuerza de trabajo, los medios materiales y financieros, los conocimientos técnicos, la capacidad de gestión y organización y, en general, la dotación mínima de factores indispensable para crear la pequeña unidad económica que les permita una operación viable. Así, no es difícil encontrar elementos significativos de solidaridad en las ferias populares, entre los artesanos pobres, entre los pequeños negocios y sus clientelas locales.

Buscando estos elementos de solidaridad, nuestra mirada se vuelve más específica o particularmente sobre uno de los tipos de experiencias de la economía popular: aquellas formas asociativas que se presentan como organizaciones sociales o comunitarias y que denominamos genéricamente **organizaciones económicas populares**. Las enfocamos de manera especial precisamente porque, en razón de su particular dimensión organizacional, podemos hipotetizar o postular respecto de ellas alguna más definida conformación social, alguna mayor potencialidad de ser sujeto y actor de un proceso de construcción de una economía de solidaridad, y alguna capacidad de ir a la vanguardia y de ser orientadora de un proceso más amplio de organización social de la economía popular.

Lo que sostiene esta hipótesis es la observación y relevamiento de diez características relevantes compartidas por la mayor parte de estas organizaciones, cuales son:

1.- Se trata de iniciativas que se desarrollan en los **sectores populares**, entre los más pobres y marginados.

2.- Son experiencias asociativas, del tipo "pequeños grupos" o comunidades. No son organizaciones "de masas", sino **asociaciones personalizadas** cuyos miembros se reconocen en su individualidad.

3.- Son formas de **organización** en el sentido técnico de la palabra. Tienen objetivos precisos, organizan racionalmente los recursos y medios para lograrlos, programan actividades definidas en el tiempo, establecen procedimientos de adopción de decisiones, etc.

4.- Son organizaciones de claro contenido económico. Han surgido para enfrentar problemas y necesidades económicas, realizan actividades de producción, consumo, distribución de ingresos, ahorro, etc. Para ello racionalizan la utilización de recursos escasos. Se las puede reconocer como auténticas **unidades económicas**, aunque extienden sus actividades hacia otras dimensiones de la vida social.

5.- Estas organizaciones buscan satisfacer necesidades y enfrentar los problemas sociales de sus integrantes a través de una **acción directa**, o sea, mediante el propio esfuerzo y con la utilización de recursos que para tales efectos logran obtener. No tienen, pues, carácter reivindicativo (en el sentido de presionar para que otros se hagan cargo de sus problemas) sino que buscan resolverlos mediante la ayuda mutua y el autodesarrollo.

6.- Son iniciativas que implican **relaciones y valores solidarios**, en el sentido de que las personas establecen lazos de colaboración mutua, cooperación en el trabajo, responsabilización solidaria. La solidaridad se constituye como elemento esencial de la vida de las organizaciones, en el sentido de que el logro de los objetivos depende en gran medida del grado de cooperación, confianza y comunidad que alcancen sus integrantes.

7.- Son organizaciones que quieren ser **participativas, democráticas, autogestionarias y autónomas**, en el sentido de que el grupo de sus integrantes se considera como el único llamado a tomar decisiones sobre lo que se hace, derecho que deriva del esfuerzo y del trabajo que cada uno y el grupo en su conjunto realizan.

8.- Estas organizaciones no se limitan a un sólo tipo de actividades, sino que **tienden a ser integrales**, en el sentido de que combinan sus actividades económicas con otras sociales, educativas, de desarrollo personal y grupal, de solidaridad, y a menudo también de acción política y de pastoral religiosa.

9.- Son iniciativas en las que se pretende ser **distintos y alternativos** respecto de las formas organizativas predominantes (definidas como "capitalistas, individualistas, consumistas, autoritarias, etc.), y aportar a un cambio social en la perspectiva de una sociedad mejor o más justa. El nexo entre la voluntad transformadora y el ser alternativo es digno de destacarse, en cuanto distingue estas experiencias la intención de adoptar desde ya y en lo pequeño los valores y relaciones que se aspira difundir o implantar a nivel de la sociedad global.

10.- Son organizaciones que buscan superar la marginación y el aislamiento, conectándose entre ellas de manera horizontal, formando **coordinaciones y redes** que les permitan proponerse objetivos de mayor envergadura. Del mismo modo, buscan activamente la colaboración de las instituciones no gubernamentales que ofrecen servicios de capacitación, asistencia técnica y apoyos varios, o de instituciones públicas y comunales cuando éstas se abren hacia experiencias comunitarias.

Identidad y proyecto de la economía popular.

La presencia de este conjunto de características distintivas lleva a definir en las organizaciones económicas populares una **identidad propia**, distinta a la de otros tipos de organización popular o a la de otros movimientos sociales. Más precisamente, estas organizaciones económicas parecen ser portadoras de una **racionalidad económica** especial, de una lógica interna sustentada en un tipo de comportamientos y de prácticas sociales en que la solidaridad ocupa un lugar y una función central.

Las organizaciones económicas populares son sólo una parte de ese mundo popular y de esa realidad de la pobreza desde la que se abre un camino hacia la economía de solidaridad. Pero es posible observar que desde estas experiencias asociativas y grupales se abre un proceso más amplio que poco a poco puede ir englobando a más sectores de la economía popular en una perspectiva de economía de solidaridad. En efecto, el testimonio de estas organizaciones demuestra y enseña que existen abundantes beneficios que pueden obtenerse mediante la asociación y cooperación entre personas y actividades económicas individuales y pequeñas. Operando juntos es posible desplegar actividades de mayor envergadura: se puede, por ejemplo, acceder a mejores precios en el abastecimiento de insumos, o llegar a complementar actividades productivas reduciendo costos, o sustituir intermediarios mediante la comercialización conjunta, o acceder a créditos mediante avales cruzados, o aprender nuevas técnicas productivas y de gestión a través del intercambio de experiencias, etc.

Algunas experiencias asociativas más avanzadas muestran que es posible que las organizaciones de la economía popular lleguen a operar en adecuados niveles de eficiencia sin perder sus características distintivas. En su crecimiento, es probable que muchas de estas unidades económicas cambien de formas, de modos de organización, de estructura funcional, etc., pero sin afectar por ello el carácter solidario y alternativo que las distingue. La perspectiva es que lleguen a configurar entre todas ellas -junto a otras formas de empresas alternativas, familiares, autogestionarias y cooperativas- un **sector** de economía solidaria. Un sector quizá pequeño pero dinámico y expansivo, que se inserte activamente en la economía nacional, aportando en ella no sólo el resultado concreto de su trabajo, sino además el estímulo renovador de sus valores propios, la fuerza innovadora de la creatividad popular, energías gestionarias y empresariales de nuevo tipo.

La economía popular, en su actual heterogeneidad y dispersión, carece aún de una definida identidad social y de un proyecto común. **Hacer de la economía popular una economía de solidaridad** puede llegar a configurar ese proyecto que hace falta para que este sector de actividad se potencia y desarrolle coherentemente, haciendo un aporte sustancial a la superación de la pobreza.

Tal proyecto es posible porque, como hemos visto, existen en la economía popular gérmenes o embriones de lo que puede ser una

economía solidaria fundada en el trabajo. Se despliega en ella una racionalidad económica peculiar, derivada del hecho de que en ella los principales factores económicos son el trabajo y la cooperación. Estos inicios de economía de trabajo y solidaridad pueden ser potenciados y desarrollados, como lo demuestra la experiencia de las organizaciones económicas populares. En este sentido, hay un gran esfuerzo cultural y formativo que realizar. Descubrir el valor del trabajo bien realizado, del "buen trabajo", del "trabajo realizado en amistad". Descubrir y potenciar el sentido de solidaridad, de cooperación, el valor de la organización solidaria, la especial eficiencia del amor y la solidaridad.

Este es el primer camino hacia la economía de solidaridad, emprendido por muchos desde la realidad de la pobreza y a partir de las experiencias de la economía popular. Del encuentro de estas iniciativas con las que surgen desde otras realidades con motivaciones diferentes adquiere mayor visibilidad la idea de un sector de economía de solidaridad.

Capítulo 3. EL CAMINO DE LA SOLIDARIDAD CON LOS POBRES Y LOS SERVICIOS DE PROMOCION SOCIAL.

Las donaciones económicas.

La realidad de la pobreza abre camino a la economía de solidaridad no sólo por el esfuerzo de los mismos pobres para hacer frente a sus necesidades y problemas. El conocimiento y contacto directo con el mundo de los pobres, por parte de personas e instituciones que se sienten privilegiadas por las oportunidades que han tenido de acceder a mejores condiciones de vida, mueve a muchos a incorporar solidaridad en su actuar económico. En cierto sentido podemos decir que este camino parte de alguna situación de riqueza -personas que tienen abundancia de recursos, un nivel profesional elevado, etc.- que lleva a los más generosos a asumir un compromiso solidario. Veamos qué significa esto en términos económicos.

La teoría económica convencional hace el supuesto de que los sujetos económicos son movidos por el interés y la búsqueda de su propia utilidad; pero ello no siempre es así. El **homo oeconomicus** de que nos habla esta disciplina, ese sujeto ávido e interesado, maximizador de su propia utilidad, es una representación abstracta que no corresponde a la realidad de los hombres tales como son. En efecto, el hombre es un ser sensible y social que participa en diferentes tipos de comunidades o asociaciones y que es capaz de sentirse identificado en alguna medida con otros hombres e incluso de percibir las necesidades ajenas como propias. Es así que, puesto en contacto con la pobreza a menudo extrema de otros hombres, es capaz de asumir las necesidades ajenas y de tenerlas en cuenta en su propia estructura de demanda y de gasto. Ello se manifiesta concretamente en la realización de **donaciones**.

La donación es una relación económica de algún modo análoga al intercambio, en cuanto por su intermedio se verifica un flujo de recursos, bienes o servicios entre dos sujetos. Así las donaciones, como los intercambios y otros tipos de relaciones económicas que implican transferencias y distribución de riqueza, **son parte del proceso de circulación económica.**

A diferencia del intercambio, en que los activos económicos fluyen entre dos sujetos de manera bi-direccional y en función de la utilidad de ambos, en la donación el flujo es uni-direccional y se realiza en función del beneficio del receptor. A diferencia del intercambio, en que los sujetos participantes son movidos por el propio interés, en la donación la motivación del donante es en muchos casos altruista, manifestándose en un acto de gratuidad y generosidad. De este modo, al ser parte integrante del proceso de circulación, las donaciones implican presencia de la solidaridad al interior del circuito económico global.

Las donaciones se efectúan en cualquier tipo de activos económicos. Muchas donaciones se hacen en dinero, y en tal sentido son un componente del proceso de circulación monetaria. Pero son

aún más numerosas las donaciones que se efectúan en bienes y servicios, incluyéndose entre ellas todos los regalos que hacemos y recibimos y todos los servicios educativos y de salud que efectuamos o que nos hacen gratuitamente. Todo ello forma parte del proceso de distribución del producto económico. Igualmente, a través de donaciones se ofrecen y asignan numerosos recursos y factores económicos: trabajo voluntario o no remunerado, transmisión de conocimientos tecnológicos e informaciones económicamente útiles, aportes organizativos y de gestión que se efectúan en la más variada gama de organizaciones e instituciones, etc. Forman parte del proceso de asignación social de los recursos.

Importancia económica de las donaciones.

Aunque la ciencia económica prácticamente las desconoce o considera irrelevantes a nivel macroeconómico y hace el supuesto de que los bienes circulan a través de puras relaciones de intercambio, la verdad es que las donaciones constituyen un componente decisivo de la economía. De hecho, el volumen total de donaciones es enorme si se considera el conjunto de donaciones privadas que efectúan las personas. Gran parte del gasto que efectúan los consumidores con sus ingresos corrientes está destinado a hacer donaciones, siendo éstas determinantes de la distribución social de la riqueza.

En efecto, durante la mayor parte de nuestras vidas las personas vivimos de las donaciones que se nos hacen. Cuando niños y hasta la edad en que comenzamos a efectuar aportaciones mediante el trabajo, obtenemos casi todos los bienes y servicios con que satisfacemos nuestras necesidades de las donaciones que nos hacen las personas que obtienen ingresos directos por su actividad laboral, empresarial o comercial. En la tercera fase de nuestras vidas, desde la edad en que dejamos de formar parte de la población económicamente activa (para los trabajadores en el momento de jubilar), volvemos a convertirnos en receptores netos de donaciones. Aproximadamente los dos tercios de nuestra vida somos "económicamente inactivos" o pasivos, lo cual implica que accedemos a la satisfacción de nuestras necesidades en cuanto receptores netos de donaciones. Y en el tercio restante, seguimos siendo objeto de ciertas donaciones y pasamos a ser donantes netos en beneficio de los inactivos que dependen de nosotros.

La idea que tanto ha difundido el neo-liberalismo en el sentido de que cada uno posee tanta riqueza como la que ha sido capaz de generar con su trabajo, sus negocios y su iniciativa individual es completamente errónea. La verdad es muy distinta: nuestro nivel de vida, la clase social a que pertenecemos, las oportunidades que de hecho se nos ofrecen en la vida, dependen fundamentalmente de la cantidad y tipo de donaciones que hayamos recibido en nuestra infancia y juventud. Es preciso reconocer que el componente probablemente más decisivo de la distribución social de la riqueza lo constituyan los flujos de donaciones.

Resulta paradójico observar que los pobres son aquellos que

menos donaciones reciben en sus vidas. El "stock de riqueza" que reciben al nacer y que obtienen en su infancia se les agota tempranamente, debiendo incorporarse al mundo laboral y a la generación de ingresos por medio de intercambios, mucho antes que aquellos que reciben donaciones durante un período más prolongado de sus vidas y que en base a ellas acceden a una educación más completa. Su retiro a la inactividad les es posible cuando el ciclo de sus vidas está más avanzado, y en ese corto período reciben donaciones menores que las que obtienen quienes participan en sectores sociales más ricos.

En cualquier caso hay que reconocer que las donaciones económicas son muy abundantes y que la gratuidad constituye un componente ampliamente difundido en la economía. Así, podemos decir que en los procesos de distribución de la riqueza y de asignación de los recursos, la solidaridad se encuentra muy presente. Sin embargo, deberá advertirse que efectuamos las donaciones normalmente en el marco de grupos humanos reducidos, siendo la mayor parte de ellas al interior de nuestras relaciones familiares. Son habitualmente mucho mayores las donaciones que se efectúan entre iguales, e incluso las que hacen personas de menores ingresos a quienes tienen un nivel de vida superior, que las que se hacen destinadas a personas de más bajo nivel social motivadas en razones sociales. La razón de ello es que los flujos de donaciones se efectúan normalmente al interior de grupos y comunidades que constituyen sujetos colectivos de los que somos y nos sentimos parte integrante.

En efecto, para hacer donaciones es preciso saberse y sentirse en comunidad con quienes beneficiamos al hacerlas. Para hacer donaciones a personas desconocidas, o a personas pobres cuyas necesidades y carencias conocemos ocasionalmente, es preciso que hayamos desarrollado en nuestra conciencia un sentido de identificación con ellos en cuanto las reconocemos personas humanas como nosotros; dicho en otras palabras, somos "humanitarios" en la medida que nos sabemos parte de la humanidad y en que llegamos a identificar en otro ser humano a una persona igual a nosotros, a un hermano.

Esto explica que todos los sujetos económicos hacen donaciones en diferentes proporciones: unos más y otros menos. Cuánto de nuestros ingresos, de nuestras capacidades, riqueza y recursos personales, estemos dispuestos a donar, identifica nuestro grado de solidaridad. Cada persona manifiesta una diferente "propensión a donar". Cuánta de la riqueza y de los recursos socialmente disponibles en una sociedad sea destinada a donaciones, define el nivel de solidaridad presente en una economía determinada. Cada sociedad manifiesta un grado distinto de integración solidaria.

Ahora bien, como las donaciones se hacen en la medida de la pertenencia o identificación con grupos o comunidades, el volumen total de donaciones será mayor o menor en relación al grado de desarrollo de los vínculos comunitarios que existan en una sociedad, y al nivel de integración humana y social que se verifique en ella. A la vez, las donaciones refuerzan los vínculos

de pertenencia y los lazos comunitarios. Cuando se efectúa una donación se produce normalmente un acercamiento y una integración entre el donante y el receptor, se establece un vínculo relacional de participación intersubjetiva, de manera que mientras mayores sean las donaciones probablemente mayores serán los grupos de pertenencia y los sujetos comunitarios que se constituyan en la sociedad.

Tipos y cualidad de las donaciones.

De todas las donaciones económicas interesa aquí hacer referencia especial a aquellas que se hacen con motivaciones altruistas destinadas a los pobres y a las personas que sufren y experimentan mayores carencias. Esta es la solidaridad cualitativamente más importante, en cuanto ella manifiesta una más alta presencia de amor y un mayor componente de gratuidad. En efecto, la solidaridad más perfecta es aquella que se efectúa gratuitamente y se expresa en donaciones por las cuales no se espera una recompensa económica. Obviamente, así son muchas de las donaciones que se efectúan a los pobres, que en su pobreza poco o nada tienen con qué recompensar al donante. Vale aquí la enseñanza de Jesús: "Si amáis a los que os aman ¿qué mérito tenéis? Si hacéis bien a los que os lo hacen a vosotros ¿qué mérito tenéis? Si prestáis a aquellos de quienes esperáis recibir ¿qué mérito tenéis?".

Donaciones existen de muchos tipos, y no todas ellas pueden considerarse verdaderamente solidarias. Están las que se hacen con el propósito de obtener ganancias económicas futuras, en cuanto la donación interviene en un circuito económico y produce efectos laterales que implicarán beneficios para el donante. Están las que se hacen con el fin de promover alguna causa ideológica y de obtener en tal modo cuotas superiores de poder; y también las que establecen o refuerzan la subordinación de los beneficiarios hacia los donantes, de tal manera que éstos intentan por su intermedio ejercer un control social sobre aquellos. Tales donaciones difícilmente aportan al desarrollo de la economía solidaria porque de hecho no incorporan verdadera solidaridad en la economía.

Por otro lado, dependiendo del modo en que se efectúan las donaciones y del contenido de éstas, producen distintos efectos en los receptores. Hay donaciones que, siendo altruistas y solidarias, se limitan a proveer al beneficiario de aquello con que puedan satisfacer sus necesidades; pero éstas, al ser recurrentes, vuelven a presentarse pronto y el receptor, no habiendo hecho esfuerzo por desarrollar sus propias capacidades, se torna dependiente de nuevas donaciones. Esto es lo que se llama habitualmente **asistencialismo**. Hay otras donaciones que, en cambio, promueven al beneficiario y favorecen la expansión de sus propias capacidades para satisfacer en el futuro de manera crecientemente autónoma sus necesidades. Son las **donaciones de promoción social y de desarrollo**. Para que la donación tenga éstos efectos, es preciso que proporcione al receptor algo que necesita

para **complementar** su propia dotación de recursos, aportados por él en base a su esfuerzo y trabajo; puede decirse que estas donaciones se dan condicionadas, pero el condicionamiento no va en beneficio del donante sino del receptor mismo que, con ello, en último término amplía sus espacios de libertad y autonomía.

De esto extraemos una afirmación muy importante para el desarrollo de la economía de solidaridad: las donaciones no son fáciles de hacer, siendo preciso **aprender los modos en que ellas sean verdaderamente solidarias**. Esta afirmación nos lleva hacia otro ámbito de la economía de solidaridad.

La economía de donaciones institucionales.

Nos hemos referido hasta aquí a las donaciones como relaciones económicas simples en que intervienen solamente dos sujetos: el donante y el receptor. Pero las donaciones han originado procesos económicos organizados, dando lugar a la formación de instituciones o empresas que las canalizan, distribuyen, intermedian y ejecutan, y a la conformación de complejos circuitos y sistemas que pueden ser considerados como un verdadero "mercado de donaciones". Estas instituciones y circuitos conforman la que denominamos **economía de donaciones institucionales**, que puede considerarse parte integrante de la economía de solidaridad y que tiene gran relevancia para el desarrollo de ésta. Es preciso, pues, considerarla aquí más detenidamente.

La economía de donaciones institucionales está constituida por el conjunto de actividades de significado y contenido económico realizadas por asociaciones e instituciones que canalizan y distribuyen recursos, bienes y servicios en carácter de donaciones; instituciones que no cobran a sus beneficiarios por los servicios que les prestan, o los subsidian parcialmente, y que en todo caso operan sin fines de lucro.

Instituciones donantes que pueden ser reconocidas como expresiones de esta forma económica han existido desde la antigüedad. Las ha habido de muy distintos tipos y características, siendo su forma más difundida y tradicional las instituciones o fundaciones de ayuda social a categorías de personas desvalidas -enfermos, niños, ancianos, indigentes-, y cuyas actividades pueden ser comprendidas como de beneficencia. No obstante las muchas críticas de que pueden ser objeto, a menudo estas instituciones cumplen tareas de hondo contenido humano y de indudable beneficio social, alcanzando en ocasiones grados de solidaridad que merecerían el calificativo de heroica.

Estas formas tradicionales de la economía de donaciones han visto crecer una expresión moderna constituida por fundaciones de co-financiamiento, agencias de servicios, organizaciones no-gubernamentales, asociaciones privadas sin fines de lucro, grupos de animación, centros de educación popular, centros de promoción y desarrollo, institutos de investigación-acción en asuntos sociales, etc. de diversa denominación, origen y características.

En términos generales, esta forma moderna de donaciones institucionales puede ser identificada por sus objetivos de **promoción y desarrollo**, en las distintas acepciones de los términos.

En sus orígenes se encuentran, habitualmente, motivaciones altruistas de índole religiosa, ético-social, política y tecnológica. Las actividades y funciones que cumplen son variadas, siendo las más importantes la capacitación social y técnica, el financiamiento de organizaciones de base popular, la ayuda material para enfrentar problemas económico-sociales urgentes, la promoción social y cultural, la asistencia técnica y la asesoría a pequeños grupos, el desarrollo de comunidades, el apoyo a organizaciones sindicales, cooperativas, etc.

La intermediación solidaria de donaciones.

Para comprender las características y el modo de operación de estas instituciones es preciso distinguir diversos niveles encadenados de instituciones que hacen fluir los recursos y servicios económicos desde los donantes hasta los beneficiarios. En dicho encadenamiento encontramos fundaciones y agencias de financiamiento (que recolectan fondos para donaciones, especialmente en los países desarrollados), instituciones de servicios profesionales (que obtienen financiamiento de las primeras para prestar servicios en los países subdesarrollados), y grupos de promoción y animación, que trabajan directamente en la base social.

Los vínculos y flujos económicos entre estos distintos niveles de la cadena se establecen como relaciones de carácter **cuasi-contractual**. El análisis de estas relaciones y flujos económicos muestra que las agencias, institutos y grupos de promoción son, en realidad, **instituciones intermediarias** que **canalizan** recursos desde los **donantes efectivos** (que son los que aportan a la formación de los fondos que las agencias administran), hasta los **reales beneficiarios** (que son las personas, grupos, organizaciones de base, aldeas, etc. que reciben o se benefician con la actividad de las instituciones de servicio).

Las actividades que realizan son distintas según los niveles de la cadena: las fundaciones administran y asignan fondos, las instituciones y grupos locales transforman esos fondos en servicios (capacitación, asesoría, investigación, etc.) que ponen a disposición de los beneficiarios. Así, las diversas instituciones intermedian y ponen en contacto la voluntad de los donantes (que se traduce en una oferta de donaciones) con la voluntad de los beneficiarios (que se manifiesta como una demanda de servicios).

Un rasgo importante que distingue a las instituciones de intermediación es su carácter **profesional**, en el sentido que para ellas el hacer donaciones constituye **una función técnica específica**, para cuya realización disponen de un cuerpo de

funcionarios o de un personal especializado. Otro rasgo distintivo de estas instituciones consiste en que **tienen la obligación de hacer donaciones** con los activos disponibles al efecto, no pudiendo utilizar los fondos recibidos para otros propósitos. Los que aportan los recursos financieros los colocan en una agencia para que los distribuyan y asignen de acuerdo a los objetivos de los donantes; en las agencias, el personal profesional presta dicho servicio siendo **remunerado** por su trabajo. Algo similar sucede en las instituciones de servicio y grupos de promoción: su personal es pagado por las agencias para que realice estas actividades; en otras palabras, los donantes contratan **servicios de intermediación** en favor de terceros que desean beneficiar.

Como todo cuerpo de profesionales y funcionarios, el personal de estas instituciones puede presentar grados diferentes de burocratización, ser más o menos transparente en su funcionamiento, tener diversos niveles de eficiencia en el uso de los recursos y en la ejecución de las actividades. Al respecto, un serio problema consiste en que los sistemas de evaluación y control suelen ser poco exigentes debido a que quienes contratan los servicios (los donantes) no son los que se benefician o perjudican con ellos; y los beneficiarios, al no ser los que los contratan, carecen de fuerza y condiciones para exigir la cantidad y calidad de los servicios contratados en su beneficio.

Consecuencia de esta situación es que la validez de la acción de las instituciones depende directamente de la ética de sus integrantes, de su grado de compromiso y adhesión personal a los procesos que sirven o apoyan, y de las rigurosas auto-evaluaciones que hagan periódicamente. Decisivo para cada uno de estos aspectos será la adopción de mecanismos ampliamente democráticos, participativos y autogestionarios al interior de estas unidades y grupos.

El carácter solidario de las instituciones que intermedian donaciones dependerá, fundamentalmente, de las estructuras y prácticas internas, de su modo de relacionarse con los beneficiarios (que puede ser más o menos paternalista, indiferente o solidario), y de los valores y contenidos éticos e ideales del trabajo que realizan. Es esto lo que otorga a los servicios profesionales contratados y remunerados un valor de solidaridad real.

En tal sentido, cabe destacar la importancia de que en estas instituciones se desarrolle un tipo de profesionalismo distinto del que se forma en las empresas privadas y en los organismos públicos. Hay un tipo de vínculos subjetivos, una compenetración en la problemática de los sectores populares y de sus necesidades, un uso cuidadoso y austero de los recursos de modo que se maximice el servicio a los beneficiarios y no la utilidad de las instituciones mismas o de su personal, que se traducen en comportamientos solidarios, en apropiados criterios de selección de las técnicas y métodos de trabajo, en tomar cuidadosamente en cuenta la voluntad de los beneficiarios, y en la búsqueda de participación de ellos en los mismos planes de trabajo

institucional. En todo esto y no en el volumen de recursos acopiados o en el tamaño de las actividades realizadas, reside su capacidad de incorporar solidaridad a la economía y de hacer economía con solidaridad, esto es, la adscripción de las instituciones de intermediación a la economía solidaria.

Junto con determinar el carácter solidario de su organización y operaciones, la presencia de estos elementos de compromiso es determinante también de su **eficiencia**. Al analizarlo veremos cómo la solidaridad no se contradice con la eficiencia, como algunos puedan pensar, sino que en gran medida coincide con ella, especialmente en unidades económicas que operan con la racionalidad propia de este tipo de organizaciones.

Racionalidad económica de las instituciones sin fines de lucro.

Cada institución que intermedia donaciones puede considerarse como una unidad económica que forma parte del que denominamos "mercado de donaciones". Podemos incluso decir, en este sentido, que las instituciones donantes (empresas sin fines de lucro) son empresas típicas del mercado de donaciones, así como las empresas que buscan maximizar las propias utilidades lo son del mercado de intercambios. Dos tipos de empresas que se distinguen por operar en dos "mercados" diferentes, y que manifiestan en sus modos de ser y de actuar **racionalidades o lógicas operacionales específicas**.

Es importante tomar conciencia de la racionalidad particular de las empresas sin fines de lucro, hacerla explícita, pues ello permite una toma de decisiones más eficiente y transparente y superar eventuales problemas de funcionamiento. En particular, es esa racionalidad la que les permite efectuar su actividad de intermediación en consonancia con los objetivos que tienen los donantes al hacer donaciones y los beneficiarios al solicitarlas.

Son varias las cuestiones de lógica operacional que requieren clarificación teórica, básicamente: a) Cuál es el objetivo económico racional de estas unidades económicas; b) Con qué indicadores puede evaluarse su eficiencia operacional; c) Cómo determinar su "tamaño óptimo".

Una primera consideración del objetivo operacional de las instituciones que intermedian donaciones nos lleva a identificar **la maximización y optimización de la oferta efectiva de donaciones**, esto es, que la cantidad y calidad de los bienes y servicios que transfieren a los beneficiarios sea la mayor y mejor posible. Una segunda consideración nos permite comprender que ello es sólo una parte del objetivo económico racional, pues no necesariamente el hecho de que se efectúen más donaciones y de mejor calidad implica que el beneficio posible de generar con los recursos disponibles para donaciones sea el más elevado. En efecto, podría haber muchas y buenas donaciones mal distribuidas, implicando ello deficiencias de la intermediación. De ahí que

aparezca como objetivo racional complementario **maximizar y optimizar la satisfacción de la demanda potencial de donaciones.**

Si bien entendemos, no se trata de dos objetivos distintos sino de dos componentes de un objetivo único, cual es **la maximización y optimización de las donaciones en términos del beneficio que ellas tengan para los receptores.** En efecto, en dicho objetivo coinciden los sujetos que hacen donaciones con quienes las reciben.

Lograrlo implica varias cosas: a) Que la mayor parte de la demanda potencial de donaciones se convierta en demanda efectiva, motivando y suscitando las correspondientes decisiones de solicitarlas por parte de quienes las necesitan realmente. b) Que la demanda efectiva de donaciones se exprese de manera adecuada, esto es, mediante solicitudes y proyectos que demanden específicamente aquellos recursos, bienes y servicios con que mejor puedan satisfacerse las necesidades que fundan la demanda. c) Que la mayor parte de la oferta potencial de donaciones se convierta en oferta efectiva, motivando y suscitando las correspondientes decisiones de ofrecerlas por parte de quienes están en condiciones de hacerlo. d) Que la oferta efectiva de donaciones sea adecuada y correspondiente a las demandas, esto es, que sean ofrecidos aquellos tipos de recursos, bienes y servicios que puedan mejor satisfacer las necesidades de los demandantes. e) Que la distribución de las donaciones de bienes y servicios, siempre escasas, de efectúe de manera que la mayor proporción posible de la demanda efectiva sea satisfecha, tomando en cuenta la intensidad y la urgencia de las necesidades de los demandantes; distribución que se refiere tanto a la selección de los sujetos beneficiarios como al tipo y calidad de los bienes y servicios que el intermediario ofrece, transformando los recursos recibidos en los servicios ofrecidos.

Si tal es el objetivo racional de las instituciones que intermedian donaciones, su **eficiencia operacional** será el grado en que lo cumplan en base a los recursos de que dispongan. ¿Cómo evaluar y medir tal eficiencia? Naturalmente, es posible y necesaria una evaluación cualitativa que de hecho efectúan en alguna medida, externamente, tanto los donantes como los beneficiarios, e internamente los propios integrantes de los organismos de intermediación. Pero además, al menos un aspecto de esta evaluación puede hacerse cuantitativamente en forma rigurosa.

Un concepto clave para ello es el de **costos de intermediación**, entendidos como la diferencia entre los activos que la institución recibe de los donantes (que constituyen el total de sus recursos disponibles para donaciones), y los activos que efectivamente transfiere a los beneficiarios. Tal diferencia se produce por varios motivos. En primer lugar, porque el funcionamiento y la actividad de la propia institución tienen un costo (equipamiento, remuneraciones, gastos operacionales y de administración de los recursos, etc.) que ha de solventarse con los activos en ingreso. En segundo lugar, porque los bienes y servicios que la institución transfiere a los beneficiarios suelen

ser de distinto tipo que sus ingresos; en efecto, normalmente la institución recibe un financiamiento en dinero pero entrega asistencia técnica, capacitación, bienes de consumo, créditos, etc. En tal sentido, un trabajo profesional de alto nivel puede significar **un incremento de valor** que se verifica durante la transformación de los activos recibidos en los activos transferidos; por cierto, un trabajo de mala calidad implicará una pérdida de valor en la transformación.

Tenemos, así, que los activos transferidos (donaciones efectivas=**D ef**) serán equivalentes al total de los activos recibidos por la institución (donación total=**D tot**), menos los costos institucionales (**C ins**), mas (o menos) el valor agregado en el proceso de trabajo efectuado por la institución al transformar los recursos que recibe en los que entrega (valor de transformación=**V tr**). Así:

$$D \text{ ef} = D \text{ tot} - (C \text{ ins} +/- V \text{ tr})$$

Con ésta fórmula puede medirse la eficiencia de la operación y efectuarse comparaciones entre instituciones similares.

El concepto de "costos de intermediación" (**C ins +/- V tr**) permite asimismo encarar la cuestión del **tamaño óptimo** de las instituciones. El problema tiene varias dimensiones, en cuanto el tamaño se manifiesta en diferentes variables: el volumen de los activos económicos con que opera, la cantidad de beneficiarios a los que presta servicios, el tamaño de la institución misma en cuanto a su personal profesional, instalaciones y equipamiento, etc.

El **óptimo** respecto a cada una de ellas será aquél tamaño en el cual los costos de intermediación permitan la máxima satisfacción de la demanda potencial de donaciones por unidad de activos recibidos. En distintos tamaños, los costos de intermediación serán diferentes, pues se manifiestan distintas **economías y deseconomías de escala** que es preciso detectar en cada caso particular.

Diez criterios de la cooperación solidaria.

Pues bien, esta racionalidad económica de las instituciones que intermedian donaciones se manifiesta en un conjunto de **criterios** que se han venido aplicando por parte de aquellas agencias de cooperación y organizaciones no-gubernamentales que de un modo u otro adscriben su acción en una perspectiva de economía de solidaridad.

Un primer criterio corresponde a una **opción por los pobres**, caracterizados con diferentes denominaciones y conceptos: los marginados, los sectores populares, los trabajadores de menores ingresos, las clases dominadas, las categorías sociales excluidas, etc. Dentro de esta opción general las instituciones se interrogan sobre la conveniencia de favorecer a los sectores más atrasados, o bien a los grupos que teniendo ciertas capacidades y potencialidades, están en condiciones de iniciar algún proceso de desarrollo autosostenido.

Un segundo criterio consiste en **apoyar preferentemente a grupos de base**, especialmente aquellos que tienen un grado de organización previa (aunque sea primaria, no constituida legalmente), o que están en curso de generar organizaciones. Al interior de esta opción general, la interrogante se refiere a la conveniencia de apoyar organizaciones de tipo tradicional o bien grupos nuevos que responden a experiencias emergentes y a la experimentación social que genera la creatividad popular.

Un tercer criterio corresponde a la opción en favor de grupos y actividades que se insertan en algún **modelo de desarrollo alternativo**, esto es, no basado en las relaciones sociales predominantes consideradas injustas y discriminatorias sino en valores y relaciones de cooperación y solidaridad. En general, las instituciones de cooperación al desarrollo que operan en esta perspectiva lo conciben como desarrollo integral, alternativo, comunitario, local, fundado en los intereses populares y protagonizado por las organizaciones de base.

Un cuarto criterio tiende a privilegiar aquellas organizaciones y proyectos que den lugar a **beneficios inmediatos de carácter económico, social o cultural**, y que al mismo tiempo **aporten a mediano plazo algún tipo de soluciones permanentes a los problemas**. En este plano, las preferencias oscilan entre apoyar grupos y actividades de acción inmediata para solucionar problemas urgentes, o bien centros de capacitación y promoción que incrementen las capacidades de las personas y organizaciones.

Un quinto criterio orienta las donaciones y apoyos institucionales hacia **programas de acción considerados integrales**, en el sentido de que combinen funciones de investigación, capacitación, financiamiento, asesoría y asistencia técnica, etc., o que integren actividades económicas, culturales, organizativas y sociales.

Un sexto criterio privilegia aquellas organizaciones que en sus estructuras internas son **democráticas y participativas**, no manifiestan inflexibilidades burocráticas, y demuestran idoneidad

y eficiencia en sus actividades. Se aprecia que se hayan formado por iniciativa y convicción de sus propios miembros y se valora la independencia que tengan respecto a los gobiernos e instituciones políticas.

Un séptimo criterio consiste en **propender consciente y sistemáticamente a la autonomía**, independencia y autosuficiencia de los grupos beneficiados respecto de los servicios institucionales y las donaciones. Se trata de evitar la dependencia que genera en ciertos grupos la recepción de donaciones.

Un octavo criterio consiste en no apoyar actividades desconectadas y eventuales sino **proyectos y programas de trabajo**, en que se articulen en el tiempo conjuntos de actividades complementarias tendientes al logro de objetivos generales y particulares predefinidos. En algunos casos se propende a un nivel de articulación y continuidad aún superior, en el sentido de apoyar **procesos**, esto es, dinámicas sociales y organizativas sostenidas en el tiempo y que involucran múltiples sujetos organizados. Los proyectos tienden a concebirse insertos en tales procesos, encadenándose unos a otros como elementos de una estrategia de acción coherente o en algún proyecto de desarrollo más amplio.

Un noveno criterio corresponde a la preferencia por proyectos y actividades **a escala humana**, esto es, **proporcionados al grado de constitución del sujeto** que lo ha de realizar y gestionar, de modo que la organización pueda mantener bajo control el desarrollo del proceso y crecer con éste. Junto a ello está la tendencia a descentralizar los recursos materiales y humanos, racionalizando la especialización y localización de las organizaciones apoyadas.

Un décimo criterio consiste en **fundar las opciones de donación en evaluaciones lo más rigurosas posibles**, de las organizaciones, sus potencialidades, el contexto en que actúan, sus capacidades de gestión, etc. A menudo una primera etapa de los apoyos consiste simplemente en el estudio de las realidades locales y organizacionales, con el objeto de hacer los diagnósticos y proyecciones que permitan definir los programas de acción más adecuados. En el desarrollo mismo de éstos se valora la combinación que se logre establecer entre la acción y la reflexión, de modo que se verifique un proceso de toma de conciencia de los problemas que se enfrentan y de los recursos y capacidades de que se dispone para superarlos.

En la medida que estos criterios impregnan la acción y las decisiones de las instituciones que hacen o intermedian donaciones, ellas colaboran eficazmente en el desarrollo de la economía de solidaridad.

Un sistema de apoyo a la economía popular y de solidaridad.

Las unidades económicas populares y solidarias en la mayoría de los casos nacen con una gran precariedad de recursos, y enfrentan adicionalmente dificultades especiales para operar adecuadamente en el marco de una economía y de un mercado globales organizados en base a una lógica de competencia y acumulación que no las favorece y que lejos de facilitar su inserción en los mercados les plantea dificultades para su afirmación. La existencia de importantes flujos de donaciones aparece entonces, en muchos casos, como una condición sin la cual difícilmente lleguen a constituirse y a ser económicamente viables. La economía de donaciones resulta ser determinante en el surgimiento de la economía popular y en el desarrollo de ésta en la perspectiva de una economía solidaria.

Ciertos economistas tienden a ver en éste hecho una inconsistencia estructural de la economía popular y solidaria. Si ésta no es capaz de operar eficientemente en el mercado careciendo del sostenimiento permanente de donaciones, habría que considerarla como una realidad económica transitoria de la cual no es posible esperar su desarrollo autosostenido. Ello demostraría una ineficiencia estructural de la economía solidaria. Es preciso hacerse cargo de ésta que se presenta como una objeción de fondo.

Lo primero que hay que entender es que la precariedad de recursos con que parten las experiencias de economía popular así como su escasa capacidad de inserción en los mercados de proveedor y consumidor es un **dato**, un punto de partida. Pero tales precariedad y dificultad no se originan en la economía solidaria, no son causadas por ésta sino, al contrario, por la economía capitalista predominante que genera exclusión y marginación de ciertos sectores sociales provistos de factores de menor productividad y baja eficiencia. Estas, en consecuencia, no deben ser atribuidas a la economía popular y solidaria sino a las formas económicas predominantes que operan eficazmente sólo en la medida que dispongan de los recursos y factores de mayor rendimiento y eficiencia.

A la inversa, desde el momento que la economía popular y solidaria exista, logrando operar aunque sea precariamente con aquellos factores de menor productividad y en aquella situación de marginalidad respecto a los mercados, ella estaría demostrando poseer, en cuanto modo especial de organización económica, una **especial eficiencia** en cuanto capaz de funcionar incluso con recursos precarios y allí donde otras formas económicas no resultan posibles.

Establecido este punto, la cuestión se refiere a la capacidad que tenga esta economía solidaria de captar recursos y factores de mayor eficiencia y de acceder a lugares crecientemente centrales del mercado, compitiendo exitosamente con las otras formas de organización económica. Es aquí donde entra en escena la cuestión de las donaciones. Estas son, en efecto, uno de los modos propios de la economía solidaria de captar y movilizar recursos y

factores. Cuando las experiencias de economía solidaria recurren a flujos de donaciones, ellas no están recurriendo a elementos externos que la sostengan desde fuera, sino que están utilizando uno de sus mecanismos propios de captación de factores, correspondiente a su lógica y racionalidad económica especial.

Sostener, pues, que la economía de solidaridad necesita de donaciones para existir y desarrollarse no alude a alguna debilidad intrínseca suya; significa no otra cosa que decir que la economía de solidaridad no puede existir sin solidaridad, lo que es obvio. La economía de solidaridad sería transitoria e ineficiente sólo en el caso que las relaciones de donación sean transitorias y que por su intermedio se movilicen recursos y fluyan factores de baja productividad.

Un aspecto de la eficiencia de la economía de solidaridad estará dado, entonces, por su capacidad de hacer que los flujos de donaciones sean permanentes, de lograr que los recursos y factores objeto de donación sean abundantes y de alta y creciente productividad, y de llegar a asignarlos de manera particularmente efectiva.

Examinar estos elementos trasciende las pretensiones de este libro. Para ello se precisa una compleja microeconomía de las donaciones, que presentamos en el Libro Primero de **Economía de Solidaridad y Mercado Democrático** al que remitimos al lector interesado. Pero podemos hacer referencia a la experiencia, que está haciendo surgir en distintos lugares un verdadero y eficiente **sistema de apoyo** a la economía popular solidaria basado en la intermediación institucional de donaciones.

La escasez y baja calidad de los recursos con que cuentan las experiencias de economía popular y solidaria y su precaria inserción inicial en los mercados originan numerosas y variadas demandas de donaciones. El mencionado sistema de apoyo surge del relevamiento de esas necesidades y demandas por parte de las instituciones de intermediación, seguido del esfuerzo sistemático de éstas por satisfacerlas adecuadamente.

Las necesidades y demandas de donaciones surgen muy concretamente de un conjunto de problemas reales y urgentes que enfrentan las organizaciones, a saber:

a) Falta de **financiamiento** para instalación, equipamiento y operaciones, en razón de la imposibilidad de acceso al mercado de capitales por falta de garantías y avales.

b) Deficiencias en la **tecnología** de producción, diseño de productos, organización del trabajo, control de calidad, etc.

c) Dificultades de **comercialización**, que deriva de la inexperiencia, desconocimiento de estrategias y técnicas de marketing, falta de centros de ventas, insuficiencias de stocks y de una gama adecuada de productos complementarios, carencia de contactos con proveedores y distribuidores, etc.

d) Deficiencias en la **gestión empresarial**, en cuanto las unidades económicas se constituyen a partir de personas cuya experiencia económica ha sido generalmente subordinada y dependiente, con escasa participación en la adopción de decisiones

autónomas.

e) Carencias de **integración y coordinación** con otras unidades y organizaciones económicas, que determina un estado de atomización y dispersión de la economía popular que le impide la realización de acciones conjuntas sea al nivel de operaciones en escala como en el de representación social de sus intereses sectoriales.

En función de contribuir frente a cada uno de estos problemas se han constituido variadas instituciones de apoyo financiadas con donaciones.

Respecto al problema financiero se han creado fondos rotatorios de crédito, cooperativas de ahorro y crédito, fundaciones que ofrecen préstamos subvencionados, fondos de inversión, etc., que a través de diferentes instrumentos financieros permiten a las pequeñas unidades económicas acceder a los recursos que necesitan para desarrollarse.

En función del problema tecnológico se han creado institutos de capacitación técnica y laboral, centros de investigación y desarrollo de tecnologías apropiadas, equipos de apoyo en concepción, diseño y control de calidad de nuevos productos, etc., los cuales, combinando el aporte de especialistas con los resultados de la creatividad popular, generan dinámicas de reconversión productiva y de innovación tecnológica en las unidades económicas del sector.

Para apoyar la comercialización se han creado organizaciones de ferias, tiendas y negocios comunales, instituciones de servicios comerciales, cooperativas de abastecimiento y ventas, fundaciones para el fomento y exportación de artesanías, etc., que abren cauces de inserción de las pequeñas unidades económicas populares en los mercados formales.

Frente a las deficiencias de gestión se han multiplicado las iniciativas de capacitación y asesoría, por parte de instituciones y centros que han inventado metodologías adecuadas para la formación y desarrollo de capacidades empresariales y administrativas por parte de los responsables de las pequeñas unidades económicas del sector.

Finalmente, para colaborar en los procesos de integración y coordinación, existen instituciones que facilitan espacios de encuentro e intercambio entre organizaciones, que promueven procesos de asociación y cooperativización de artesanos, microempresarios y trabajadores autónomos, como también han surgido micromedios de comunicación, como revistas, boletines, programas radiales, etc.

La acción coordinada de muchas de estas iniciativas permite hablar de la existencia de un verdadero **sistema** de apoyo, que cumple un rol estratégico en el fortalecimiento y desarrollo de la economía popular, en su articulación como un sector económico que puede alcanzar dimensiones significativas, y en su creciente inserción en los mercados. En la medida que con estas donaciones y apoyos las unidades económicas del sector crecen y perfeccionan sus operaciones, van adquiriendo creciente autonomía y llegan a

prescindir de las donaciones mismas. Cuando se hacen capaces de pagar los servicios que reciben en sus costos reales o a precios de mercado, ellas pasan a contribuir activamente al financiamiento del sistema institucional de apoyo, con lo que se reproducen e incrementan los recursos para donaciones, que quedan disponibles para levantar y hacer crecer otras experiencias que enfrentan mayores necesidades.

Capítulo 4. **EL CAMINO DEL TRABAJO.**

El sentido humano del trabajo.

Un tercer camino hacia la economía de solidaridad parte del mundo del trabajo. En efecto, la experiencia laboral, la búsqueda de realización más plena del sentido humano del trabajo, y la situación en que se encuentran los trabajadores, obreros y empleados que desenvuelven su actividad laboral de manera asalariada y dependiente en las empresas privadas y públicas, abren camino a procesos tendientes a introducir más solidaridad en la economía, y motivan a muchos en la búsqueda y experimentación de formas consecuentes de economía de solidaridad.

El trabajo es una de las actividades principales del hombre, en la que ocupa gran parte de su tiempo y de su vida. La importancia del trabajo para el hombre se expresa no solamente en que dedica muchas horas del día y muchos días de la vida a realizarlo, sino también en el hecho de que durante gran parte de su vida no laboral lo que hace es prepararse para trabajar adecuadamente (pensemos que tal es uno de los objetivos de la educación), o a descansar para estar en condiciones de retomarlo. Pero esta importancia del trabajo no se manifiesta solamente en el tiempo que destina directa o indirectamente al mismo, sino también en el sentido que tiene o atribuye al ejercicio de la actividad laboral.

En efecto, el trabajo es el medio por el cual obtiene lo necesario para el sustento y desarrollo personal y social. Es la fuente del reconocimiento social de que es objeto y del prestigio que llega a tener. Es también aquella actividad por la que las personas se hacen útiles a los demás y a la sociedad, asumiendo por él un lugar y un rol en la vida social, que les proporciona la íntima satisfacción de saberse necesarias y útiles y de ser estimadas por lo que hacen en beneficio de otros.

Aún más, el trabajo es aquella actividad por la que el hombre manifiesta su propia capacidad creativa, innovadora, realizadora de obras en las que puede objetivar y hacer trascender su personal subjetividad. Y es también el modo a través del cual el hombre se hace y construye a sí mismo, la actividad en que aprende a conocer y a apropiarse del mundo, en la que desenvuelve y despliega sus propias capacidades y fuerzas, en la que se relaciona con la naturaleza y con los demás hombres.

El trabajo es una de las principales actividades y medios a través de los cuales el hombre desarrolla sus potencialidades, toma posesión de la realidad y la transforma según sus necesidades y fines, manifiesta y acrecienta su creatividad, se abre el camino al conocimiento, humaniza el mundo y se autoconstruye en niveles crecientes de subjetividad. El trabajo expresa la dignidad del hombre al tiempo que lo dignifica. En fin, el hombre se realiza en y por el trabajo al nivel de su más íntima esencia como criatura hecha a imagen y semejanza de su Creador.

Pero ¿cómo se realiza actualmente el trabajo humano? ¿Bajo qué condiciones se desenvuelve? En su situación actual ¿permite expresar toda esa riqueza de contenidos y verificar esa importancia y profundidad que descubrimos idealmente al pensar en su sentido?.

El trabajo asalariado y la situación actual de los trabajadores.

La verdad es que en el trabajo asalariado y dependiente - forma en que lo vive actualmente la mayor parte de los trabajadores- difícilmente encontramos esa riqueza de sentido y de contenidos que ha de tener para que signifique una auténtica realización humana. En efecto, el trabajo asalariado implica la subordinación del trabajo al capital o al Estado, y de los trabajadores a su empleador. Este predominio del capital y del Estado en las economías modernas, si bien ha dado lugar a grandes empresas e instituciones, ha significado también que exista hoy una inmensa mayoría de hombres y mujeres pequeños, inseguros, dependientes, temerosos, insatisfechos, sufrientes, débiles y bastante infelices. Que esta condición humana tiene mucho que ver con la situación en que el hombre actualmente trabaja no es difícil de comprender.

La actual organización del trabajo ha significado que los trabajadores carezcan de los medios y recursos necesarios para emprender iniciativas que les permitan desarrollar sus propios proyectos creadores. Así, la inmensa mayoría de los hombres ha perdido el control sobre sus propias condiciones de vida porque ha transferido al empresario capitalista o al Estado empresario toda iniciativa y capacidad de emprender. Si el trabajo es reducido al empleo el hombre que lo realiza no es sino un empleado: sujeto dependiente, instrumental. Empobrecidos y expropiados el trabajador, las familias, las comunidades y grupos intermedios, de los recursos de producción y de las capacidades de organizar, gestionar y tomar decisiones, se ha venido empobreciendo también el contenido cognoscitivo y tecnológico del trabajo de grandes multitudes de trabajadores.

El trabajador desconoce los procesos tecnológicos en que participa, limitándose a ejecutar actividades cuya relación y significado en el conjunto del proceso ya no comprende. Un grupo reducido de hombres concentra los medios materiales y financieros de producción; otro grupo también pequeño concentra la información y el conocimiento de los procesos tecnológicos y científicos implicados en la producción; las capacidades de tomar decisiones se encuentran también concentradas en muy pocas cabezas. A una enorme cantidad de personas, precisamente aquellos que identificamos como los trabajadores, no les queda sino una capacidad de trabajo en general, indiferenciada y parcial; lo único que puede hacer con ella es ofrecerla en el mercado por si alguien desea emplearla.

Pues incluso esa magra condición de asalariado resulta ser algo bastante difícil de alcanzar y asegurar: una proporción

significativa de la fuerza laboral debe permanecer inactiva porque no encuentra un empleo estable. Una vez lograda la gran meta, la ansiada condición de tener un empleo, su vida entera depende del empleador, trátase del empresario capitalista o del Estado; no le queda sino someterse. Este hombre subordinado, inseguro, temeroso y débil, sufrido y sufriente, si no ha desarrollado especiales cualidades y energías de resistencia moral y cultural que lo lleven a organizarse, a participar en sindicatos, a comprometerse en procesos políticos o en comunidades que se proponen fines superiores, demasiado a menudo se envilece. Y qué decir del estado en que cae el trabajador que ni siquiera llega a esta condición de empleo. ¿Cómo puede estimarse a sí mismo si nadie se interesa por sus fuerzas laborales al más íntimo de los niveles de empleo?

Por el camino de la solidaridad se inicia la recuperación.

Desde ahí abajo, desde lo más hondo de la pobreza humana, tiene comienzo un proceso sorprendente: el lento redescubrimiento del hombre o de la mujer que hay en cada uno, por empobrecido y excluido de la sociedad que se encuentre, y con ello la valoración de las fuerzas y capacidades propias de hacer y de ser, de trabajar y emprender. Pero este proceso no se da de manera espontánea por el hombre solo, por simple efecto de reacción natural una vez topado el fondo. El camino ascendente se inicia con la llegada de la que en definitiva constituye la más poderosa de las fuerzas: la solidaridad que libera creando vínculos de organización y de comunidad.

El camino que conduce desde el trabajo a la economía de solidaridad transita por tres senderos principales. El primero es el que siguen los trabajadores que no encuentran empleo satisfactorio en el mercado laboral, o que buscan otro modo de trabajo en que puedan encontrar mejores condiciones para realizarlo. Consiste concretamente en la experimentación de formas de **trabajo autónomo** o independiente, mediante la creación de sus propias pequeñas unidades económicas.

Cierto, esas experiencias de organización autónoma del trabajo que surgen desde los grupos más pobres y excluidos constituyen un inicio, extraordinariamente precario y débil pero real, de formas económicas solidarias en que el trabajo asume posiciones centrales. Centralidad del trabajo tal vez no buscada como proyecto sino motivada por el hecho simple y escueto de que allí el trabajo es casi el único factor disponible, siendo los otros factores -medios materiales, tecnologías, capacidades de gestión, financiamiento- tan escasos y reducidos que mal podrían constituirse en el centro de nada.

Pero el camino hacia la solidaridad económica no necesariamente ha de empezar desde tan abajo. Para revertir el proceso de empobrecimiento y subordinación del trabajo no es preciso esperar que primero se imponga con toda su fuerza reductora. Se abre así un segundo sendero hacia la economía de solidaridad, consistente en el esfuerzo que hacen quienes aspiran

a recuperar la dignidad y plenitud humana del trabajo, a través de experiencias de **trabajo asociativo**, en empresas autogestionadas y cooperativas de trabajadores.

Para comprender el modo en que estas experiencias implican simultáneamente un esfuerzo por dar plenitud a la experiencia humana del trabajo y al mismo tiempo un proceso de incorporación de solidaridad en la economía, es preciso considerar cómo el proceso de reducción y empobrecimiento del trabajo ha coincidido con un modo de división social del trabajo que desarticula las relaciones solidarias y los vínculos comunitarios.

Muy sintéticamente el proceso de la reducción y división ha sido el siguiente. Podemos imaginar en los orígenes una hipotética comunidad de trabajo integrado que produce unidamente para satisfacer sus necesidades y reproducir su vida social. A partir de esa comunidad de trabajo se inicia el proceso de diferenciación: una persona o un grupo se apropia de las capacidades de gestión y dirección asumiendo el mando y la toma de decisiones. Otro grupo se especializa en la generación del conocimiento, de las informaciones útiles y del saber hacer tecnológico. Algunos se adueñan sucesivamente de la tierra y de los medios materiales de producción. Otros establecen las relaciones con otras comunidades, se dedican a comerciar con ellas y concentran los medios financieros. A medida que se va produciendo esta división social del trabajo va quedando en la mayoría una capacidad de trabajo residual, que implica el empobrecimiento del hombre como tal. Al mismo tiempo se van rompiendo los vínculos de comunidad, porque los hombres con sus diversas especialidades y funciones se relacionan en términos competitivos, conflictivos, dando lugar a relaciones de fuerza y de lucha. La sociabilidad entre seres humanos tan pobres no es constitutiva de verdaderas comunidades, sino que se basa excesivamente en los intereses particulares.

Revertir este proceso significa avanzar en la recuperación e integración de una riqueza de contenidos del trabajo, en las personas y grupos humanos reales. Más concretamente, se trata de que el trabajador vuelva a adquirir capacidades de tomar decisiones, desarrolle conocimientos relativos al cómo hacer las cosas, recupere control y propiedad sobre los medios materiales y financieros.

Este proceso de enriquecimiento del trabajo significa simultáneamente un progresivo potenciamiento del hombre, que supera la dependencia, su extrema precariedad, pobreza e inseguridad. El hombre se va haciendo nuevamente capaz de emprender, de crear, de trabajar de manera autónoma, en lo propio, de tomar el control sobre sus condiciones de existencia.

Todo esto no puede verificarse sino en el encuentro entre los hombres mismos, en la cooperación y formación de comunidades -de empresas concebidas como comunidades de trabajo-, en las cuales el trabajo dividido **se recompone socialmente**. Porque **los hombres nos desarrollamos y enriquecemos unos a otros**, y lo hacemos mejor cuando no nos vinculamos en términos de lucha y conflicto **sino en**

relaciones de reciprocidad y solidaridad. El enriquecimiento del trabajo, condición de su recuperación de centralidad, requiere el desarrollo de relaciones de cooperación. Ahí se encuentran los procesos orientados hacia la centralidad del trabajo con los que van hacia la economía de solidaridad.

Al verificarse a través de la cooperación entre sujetos poseedores de los diferentes recursos y capacidades económicas, la recuperación de contenidos del trabajo y la recomposición del trabajo social no implicarán una pérdida de los contenidos desarrollados a través de la especialización. En efecto, la integración del trabajo no significa un retorno a la comunidad simple e indiferenciada de los orígenes, pues se verifica en la constitución de un sujeto comunitario o social en que participan personas y grupos que cooperan aportando cada uno sus propias capacidades y factores en el grado o nivel en que las hayan desarrollado. Dicho en otras palabras, la recomposición del trabajo social se verifica conservando los aspectos positivos de la división técnica del trabajo, que garantiza elevados niveles de eficiencia y productividad.

El desarrollo de la solidaridad por los trabajadores dependientes.

Por estos dos senderos del trabajo autónomo y del trabajo asociativo se abre camino a la experimentación social de formas específicas de economía de solidaridad. Ahora bien, decíamos en el primer capítulo que la economía de solidaridad implica, junto al desarrollo de un sector de unidades y actividades económicas consecuentemente solidarias, también un proceso de incorporación de más solidaridad en la economía global, en las empresas y en el mercado en general. Es en éste sentido que desde el trabajo tal y como se da en la economía actualmente predominante, esto es, desde el **trabajo asalariado y dependiente**, se abre un tercer sendero hacia la economía solidaria.

El trabajo en cualquiera de sus formas y no obstante la división social y técnica que ha experimentado, es siempre en alguna medida y sentido una actividad social. Con la excepción de algunos trabajos simples y artesanales que pueden ser realizados por individuos (sin que por eso el trabajo que realizan deje de ser social pues requiere siempre de aprendizajes e insumos generados por otros procesos laborativos), la mayor parte de los procesos de trabajo suponen y exigen la complementación y cooperación activa y directa entre muchos trabajadores. Dada la complejidad de los procesos técnicos contemporáneos, cada vez son menos las obras que pueden ser ejecutadas de manera completa por trabajadores independientes.

Siendo el trabajo una actividad social que implica complementación y cooperación, el trabajo genera naturalmente vínculos de solidaridad entre quienes lo realizan. Esta solidaridad se verifica por varios motivos que se refuerzan mutuamente.

Por un lado, en razón de la propia necesidad técnica de complementación entre tareas, funciones y roles que se hacen recíprocamente necesarios.

Por otro, debido a que la condición de trabajador homogeniza y pone en un plano de igualdad y horizontalidad a quienes participan en un mismo proceso productivo.

Finalmente, en cuanto es una experiencia humana general que el hacer algo juntos, el compartir similares objetivos e intereses, el tener parecidas condiciones de vida, el experimentar los mismos problemas, necesidades y situaciones prácticas, el convivir en un mismo lugar por períodos prolongados y el comprometerse y colaborar en la producción de una misma obra, son situaciones que llevan al establecimiento de relaciones de compañerismo y amistad entre quienes las viven.

Por todas estas razones, entre el trabajo y la solidaridad fluyen valores y energías que los potencian recíprocamente. Puede decirse que la cultura del trabajo contiene muchos elementos de cultura solidaria, del mismo modo que una cultura de solidaridad implica también una cultura del trabajo.

Esta solidaridad de los trabajadores encuentra múltiples maneras de expresarse. Lo hace dando lugar a la formación de los más variados tipos de pequeños y a veces grandes grupos informales, de clubes y otros tipos de organización que se dedican a diferentes actividades de interés común, y especialmente de **sindicatos y gremios** en que los trabajadores defienden y promueven sus intereses y aspiraciones comunes. A través de estas expresiones asociativas y comunitarias el trabajo está permanentemente introduciendo algo de solidaridad en las empresas y en la economía en general.

Pero el potencial de solidaridad que posee el trabajo podría ser mucho mayor. Uno de los obstáculos que existen para ello radica en la subordinación y las consiguientes injusticias de que son objeto los trabajadores asalariados y dependientes, y en la misma pobreza de contenidos que su experiencia laboral les proporciona. Como consecuencia de ello, en efecto, las organizaciones sindicales manifiestan una tendencia a expresar solidaridad solamente entre sus asociados, y ocasionalmente a solidarizar con otros sindicatos que viven situaciones de conflicto agudo. Pero en sus relaciones con los otros sectores de la empresa y la economía, especialmente los patronales, suelen relacionarse en términos conflictivos, de lucha y confrontación. También, puestos en la necesidad de defender sus puestos de trabajo, es escasa la solidaridad que llegan a manifestar con otras categorías de trabajadores y con los cesantes y desocupados.

Ahora bien, los sindicatos y demás organizaciones formales e informales de trabajadores tienen muchas posibilidades de aportar mayor solidaridad a las empresas y a la economía en general. Pueden hacerlo, por ejemplo, a través de la participación en diferentes instancias económicas a las que legítimamente pueden acceder, aportando en ellas sus criterios propios, su sabiduría y experiencia, sus modos especiales de pensar, de relacionarse y de

hacer las cosas. De hecho, numerosas son las organizaciones sindicales que van más allá de la defensa del empleo, del salario y de las condiciones laborales, proyectando su accionar en torno a cuestiones tales como la organización del trabajo en las empresas, las políticas de inversión, las adaptaciones e innovaciones tecnológicas, la gestión de los recursos humanos, etc.

En estos y en otros campos la acción de los trabajadores organizados puede introducir en las empresas, y desde éstas expandir a la economía global, criterios de cooperación y solidaridad que la misma experiencia laboral ha ido incorporando a la cultura del trabajo.

Una vez más podemos observar que la solidaridad que emerge desde el trabajo viene a coincidir con el proceso más amplio de recuperación del sentido y el enriquecimiento de contenidos humanos inherentes al trabajo mismo. Tal es, en efecto, lo que sucede cuando los trabajadores comienzan a participar en la toma de decisiones y cuando se hacen cargo de nuevas responsabilidades y campos de acción en las empresas y en la economía en general, a través de sus propias organizaciones.

Este tercer camino hacia la economía de solidaridad ha empezado a ser recorrido desde hace mucho tiempo, y está abierto para todos aquellos que identifican en el trabajo su actividad económica principal.

Capítulo 5. EL CAMINO DE LA PARTICIPACION SOCIAL Y DE LA AUTOGESTION.

La demanda social de participación: motivaciones y contenidos.

Un cuarto camino conducente a la economía de solidaridad se origina en las búsquedas de participación que muchas personas, grupos, organizaciones y comunidades despliegan en los más variados ámbitos de la vida social. Los marginados, los pobres, los jóvenes, las mujeres, las personas en general, quieren participar como protagonistas en las organizaciones de que forman parte y en las diversas instancias de la vida económica, social, política y cultural donde se toman decisiones importantes que afectan sus vidas.

Los procesos tendientes a incrementar la participación social en las diferentes instancias de adopción de decisiones surgen del hecho que en las sociedades y estados contemporáneos el poder y la autoridad se han concentrado en pocas personas y grupos. La experiencia de la inmensa mayoría de la gente es la de formar parte de grandes sistemas, estructuras y organizaciones, en las que cumplen un rol o función determinada pero donde no tienen acceso a su control ni pueden influir en sus objetivos, funcionamiento y marcha global. Como consecuencia de ello, los hombres se sienten ajenos o extraños a los sistemas que los utilizan, experimentando una situación de marginación y extrañamiento. Sus condiciones de vida dependen de esos sistemas y estructuras, pero ellos no tienen posibilidad de incidir en ellos.

Esta situación tiene que ver con las formas de propiedad que predominan en la economía, con los regímenes institucionales vigentes en el orden político, con los modos de comunicación presentes en el orden cultural. Influye también grandemente el excesivo tamaño que en las sociedades contemporáneas han llegado a tener las instituciones y organizaciones económicas, políticas y culturales: el hombre se pierde en ellas y se siente como un minúsculo componente de una gran masa despersonalizada.

Desde tales situaciones y vivencias de marginación y extrañamiento emergen constantemente iniciativas tendientes a motivar, promover y efectuar la participación social en diferentes niveles, dando lugar a organizaciones sociales que adoptan los más variados tipos y modos de funcionamiento.

En razón de la radicalidad de la marginación, de la fuerza de la concentración del poder, y del rol absolutamente preponderante que en las sociedades modernas ha llegado a tener el Estado, las búsquedas de participación suelen generar procesos conflictivos y expresarse al modo de lucha social, centrándose preferentemente en el ámbito político e institucional. De este modo se ha concebido a menudo la lucha por la participación social como parte de procesos de "conquista del poder".

En efecto, durante mucho tiempo se ha partido de la idea que

el Estado es la forma institucional que en razón de su propia naturaleza concentra el poder, el ejercicio de la autoridad y de la violencia legítima y la plena responsabilidad por el mantenimiento del orden social. En base a tal concepción, la participación social no tendría (o no se le reconocería) cabal expresión sino en la medida que se manifieste al nivel de la vida política y del poder estatal.

Ahora bien, por diferentes motivos la creencia en que el Estado sea el lugar principal de la participación se ha venido debilitando, abriéndose con ello el espacio necesario para buscar formas nuevas de participación social que se manifiestan en los ámbitos propios de la llamada "sociedad civil". Han influido en ello, entre otros motivos, el fracaso experimentado por los mismos Estados democráticos en su esfuerzo por acoger la participación social en los niveles requeridos o demandados por las organizaciones sociales.

La creciente conciencia de esto como un problema estructural está llevando a modificar la perspectiva en que se busca la participación: más que como un camino de lucha por acceder al poder central se manifiesta como un esfuerzo por la **descentralización** y la **diseminación social del poder**. Es la tendencia a la regionalización y al reforzamiento de los llamados "poderes locales", donde los ciudadanos encuentren posibilidades de participación más directa.

La participación entendida de esta forma encuentra una poderosa razón que la potencia, en la convicción de que ella no solamente beneficia directamente a las personas y organizaciones que la ejercen sino que incide además en un aumento de la eficiencia y efectividad de las decisiones. En efecto, los planes y programas de acción son más perfectos cuando se adecuan a las necesidades sentidas de la población y en la medida que los sujetos llamados a ejecutarlos comprenden y adhieren a sus objetivos y conocen el papel y el lugar que les corresponde en su puesta en práctica.

Pues bien, los planes y programas de acción tienen siempre un relevante componente económico, aún en aquellos casos en que su sentido y contenido directo sea de naturaleza social, política o cultural. La toma de decisiones y la organización de los medios necesarios para ejecutarlas es, de hecho, un proceso de gestión y administración que, como sabemos, constituye tanto una función como un factor económico. Es precisamente **en la gestión** -como función y factor económico- donde **la participación introduce de hecho un elemento significativo de solidaridad**.

Gestión, poder y autoridad.

La participación es un proceso socialmente integrador al nivel del más complejo, delicado y central de los elementos de cualquier sistema organizado: la dirección, y de las más cruciales relaciones humanas y sociales: las relaciones de poder y autoridad.

Para comprender a fondo el sentido de la participación y la relación de la solidaridad con ella es preciso examinar más detenidamente qué son y como se generan la autoridad, el poder y la gestión, así como las causas de su actual concentración.

La **gestión** se expresa a través de la adopción de decisiones relativas al funcionamiento y actividad de una organización cualquiera; es el poder que, en la economía, se manifiesta como capacidad de ordenar y coordinar la acción de sí mismo y de otros, integrados en una empresa o estructura económica determinada. Se trata, pues, de un factor esencialmente **humano**, de una realidad social y subjetiva.

La forma simple y elemental del **poder**, constitutiva de cualquier estructura o sistema complejo de gestión, es una **relación entre sujetos**, uno de los cuales está en condiciones de hacer que otros cumplan con las decisiones que emanan de su voluntad. Es, pues, esencialmente, una **relación de dominio y subordinación**, por la cual uno de los sujetos manda y otros obedecen. Se establece así una situación jerárquica, vertical, que distingue a los integrantes de la organización en dirigentes y dirigidos.

El poder como tal es una relación, no un atributo poseído en propiedad por un sujeto independientemente de los otros sobre los cuales se ejerce. Sin embargo, quien ejerce el poder detenta un atributo particular que lo pone en condiciones de hacerse obedecer. Tal atributo es la **autoridad**.

Ahora bien, por ser una relación social, el poder no es unidireccional: no procede solo de la autoridad hacia los subordinados sino que implica también y al mismo tiempo una relación de los subordinados hacia la autoridad. La dirección o gestión no tiene lugar, en efecto, si los que deben actuar conforme a las decisiones de la autoridad no aceptan de algún modo y por alguna razón subordinarse y obedecer sus decisiones. Se plantea, pues, como decisiva la cuestión de la **legitimidad** del poder y de la autoridad. Es aquí donde se juega, en gran medida, la fuerza y la calidad de la gestión, tanto porque la legitimidad incide sobre las decisiones que se toman como sobre el grado de precisión con que se ejecutan.

Abraham Lincoln decía que "nadie tiene derecho a imponer a otro una acción si no cuenta con su consentimiento". Sin embargo, el poder como relación social de dominio y subordinación puede basarse en diferentes fuerzas, fundamentalmente en la coerción y el consenso.

Por un lado, el superior dispone de un conjunto de medios para hacerse obedecer, medios físicos y materiales,

administrativos y económicos, psicológicos y culturales. Por otro, la autoridad puede hacer que sus subordinados acepten voluntariamente sus decisiones, consientan en ellas e incluso adhieran explícitamente y las consideren como propias.

Mientras mayor sea la adhesión consciente y voluntaria de los subordinados al sistema de dirección y a sus decisiones mayor se considera su legitimidad; mientras más la gestión se base en la fuerza y la coerción ejercidas verticalmente, menos legítima se considera la autoridad.

Esto pone de manifiesto que **la legitimidad la confieren los subordinados** y no emana de la autoridad misma. El atributo de la autoridad es un **don** que reciben los que dirigen de los dirigidos. En efecto, lo que fundamenta la legitimidad de la autoridad reside en que cada persona, por más subordinada que se encuentre, es un **sujeto** y como tal consciente y libre, dueño de sí mismo, responsable de sus actos. Cuando él otorga a otro el derecho de decidir sobre sus actos, lo que hace es transferirle algo íntimo y sustancial de sí mismo, parte de su conciencia y de su voluntad. Con ello, él reduce sus márgenes de libertad al tiempo que amplía los del otro. De ahí que la autoridad como atributo que legitima el poder del que manda se construye desde la base.

Tenemos, pues, que el poder es una **relación** entre sujetos distintos que poseen complementarios **atributos**: uno, el que ordena, está provisto de la autoridad, que ha recibido de los que obedecen, que tienen la capacidad de legitimarla. La fuerza o debilidad del poder de dirección -la consistencia y calidad del nexo entre dirigentes y dirigidos-, depende de la consistencia y calidad de sus respectivos atributos. De estos dependen la distancia, cercanía o separación que exista entre dirigentes y dirigidos. Los vínculos cualitativamente superiores -aquellos basados en el consenso y la adhesión libre- aproximan los dirigidos a los dirigentes y éstos a aquellos, mientras que las relaciones basadas en la coerción y la fuerza los separan y contraponen.

Participación, autogestión y solidaridad.

Así entendidos el poder y la gestión, su legitimidad es susceptible de grados de perfección. Un primer nivel está dado por la simple **aceptación** de la autoridad y de las decisiones que tome. Independientemente de cual sea el origen de la autoridad, el hecho de que los subordinados la acepten sin resistirla es constitutivo de algún grado elemental de legitimación de ella.

Un grado más alto está dado por la **delegación** de poder. Delegar supone reconocer que el derecho a decidir sobre la propia actividad está radicado naturalmente en quien la realiza; pero los mismos que poseen este derecho primordial deciden consciente y voluntariamente entregar a otro la facultad de decidir sobre algunas acciones suyas, en cierto determinado ámbito.

Un grado más elevado aún de legitimación del poder está dado por la **participación** de los dirigidos en la misma toma de

decisiones. Esta participación implica un perfeccionamiento especial de la gestión, pues asegura un involucramiento personal en la determinación de las decisiones por parte de quienes han de ejecutarlas, haciéndoles adquirir una mayor comprensión e información sobre lo que se hace. Cabe señalar, además, que la participación en la gestión constituye de hecho una verdadera escuela de gestión, que incentiva y promueve las aptitudes y cualidades del sujeto, su conciencia, su voluntad y libertad, por parte de numerosos integrantes de la organización.

El grado superior de legitimación de la autoridad se establece en la **autogestión**, consistente en que la gestión de las actividades es efectuada de manera directa por el conjunto de sujetos interesados en su realización. Aquí desaparece toda separación entre dirigentes y dirigidos, porque los mismos que ejecutan las actividades las deciden conforme a sus propios objetivos y respetando ciertas normas y procedimientos que ellos autónomamente han acordado.

Ahora bien, desde el punto de vista de la economía de solidaridad interesa examinar de qué modo la participación y la autogestión constituyen un camino de incorporación de solidaridad en la economía global, y cómo aportan a la formación y desarrollo de unidades y procesos económicos que operan con una racionalidad consecuentemente solidaria.

La participación y la autogestión, siendo formas de legitimación de la autoridad que generan modos particulares de relación entre dirigentes y dirigidos, dan lugar a, y constituyen de hecho en sí mismas, **modos especiales de gestión y dirección**. En efecto, la **participación** puede definirse, en su esencia, como **la cooperación de los dirigidos en el ejercicio de la autoridad**: cooperación en la toma de decisiones, cooperación en el sistema de dirección y gestión de una organización compleja por parte de sus integrantes. La autogestión es aún más que eso. Es **el ejercicio pleno de la dirección y gestión efectuada de manera asociativa y solidaria, por todos los integrantes de una organización operando como un solo sujeto social**.

Así entendida se comprende cómo la participación, en cualquier nivel de la organización y estructura económica en que se verifique, **incorpora** solidaridad en la economía al hacerla presente y operante en aquella función y factor tan relevante y central como es la gestión y dirección. Del mismo modo, la autogestión **constituye** a la solidaridad y la cooperación como el elemento gestor y director de las unidades y procesos económicos en que se establece.

La participación y la autogestión son expresión de la solidaridad a la vez que la crean y refuerzan. Son **expresión** de solidaridad en la medida que en y por ella se ejerce una actividad integradora, que compromete a las personas en una empresa y proyecto común, en cuya realización y desarrollo asumen y comparten responsabilidades. La participación y la autogestión suponen o configuran un sujeto colectivo, asociativo o comunitario, que da a conocer y hace pesar su conciencia y

voluntad, sus ideas, objetivos, intereses y aspiraciones, en la toma de decisiones respecto de actividades y procesos que le conciernen.

A su vez, tanto la participación como la autogestión **crean y refuerzan** vínculos, relaciones y valores de solidaridad entre quienes la realizan y en las organizaciones implicadas o afectadas por su ejercicio y por las mismas decisiones emanadas por su intermedio. Al referirnos a la solidaridad en el trabajo mostrábamos cómo el hacer algo juntos y comprometerse en la realización de una misma obra lleva al establecimiento de relaciones de amistad y compañerismo entre los trabajadores que comparten la tarea y en la cual se complementan. Esto se verifica también, y aún más intensamente, cuando la actividad común consiste en decidir el destino de las organizaciones y procesos de que se forma parte.

Decimos que lo hace aún más intensamente porque la actividad directiva implica esencialmente un proceso de constante **comunicación**, de intercambio de experiencias y de informaciones, de buscar el consenso a través de la puesta en común de los objetivos, ideas, intereses y aspiraciones de cada uno. En el proceso de participación y de búsqueda de las decisiones más apropiadas, se produce una aproximación de la conciencia y la voluntad de los sujetos intervinientes, hasta que se forma una **conciencia y voluntad común**. Y aún cuando ella no se logre plenamente, debiéndose adoptar una decisión mayoritaria que predomina sobre otra u otras minoritarias, éstas deberán ser tenidas en cuenta y, normalmente, habrán influido modificando parcialmente la voluntad inicial de quienes impulsaron la decisión predominante.

En síntesis y en el más profundo de sus contenidos, la participación y la autogestión implican la cooperación y hacen presente la solidaridad, nada menos que en la más elevada de las actividades humanas: el ejercicio y la experiencia de la libertad. Examinemos ahora como el problema se presenta en las particulares condiciones de la sociedad actual.

Sociedad civil y sociedad política, burocracia y representación.

Señalamos al comienzo del capítulo que las sociedades y economías contemporáneas están altamente concentradas en cuanto al ejercicio del poder y la gestión. Si examinamos porqué ha llegado a ser así podremos comprender el tipo de relación que se ha establecido entre la economía y el poder, e identificar luego los modos de revertir la tendencia concentradora y el papel que en ello puede jugar la economía de solidaridad.

Hay dos características de los procesos organizativos modernos que coinciden en generar una tendencia a la concentración del poder decisional en pocas manos. Por un lado, la **creciente complejidad** de los sistemas y subsistemas a través de los cuales se desarrollan las actividades; por otro, el **incremento progresivo**

del tamaño de las organizaciones.

La complejidad de los sistemas y organizaciones hace que su coordinación y dirección requiera de un conjunto de cualidades y conocimientos especializados que sólo pocos expertos llegan a adquirir. La gestión se constituye como una función técnicamente compleja que requiere un profesionalismo particular. Así mismo, el gran tamaño que han llegado a tener las empresas y organizaciones, que involucran normalmente grandes cantidades de personas, dificulta la participación de todas ellas en la adopción de las decisiones, que han de ser efectuadas de manera eficiente en tiempo útil.

Sobre estas condiciones estructurales entran a operar dos inclinaciones naturales de los hombres. Por un lado, su afán de poder; por el otro, su tendencia a la comodidad y a rehuir las responsabilidades. Ambas tendencias, en cierto sentido contradictorias entre sí, se refuerzan negativamente en la medida que el afán de poder de unos resulta funcional a la comodidad y desresponsabilización de los otros, y ésta facilita la ambición de poder de los primeros.

Desde el momento que el poder está muy concentrado se hace más importante poseerlo, porque los pocos que lo detentan obtienen por él muy relevantes privilegios y ventajas, y los muchos que no lo tienen quedan en situación subordinada y ven muy reducidos sus espacios de libertad; al mismo tiempo se hace más difícil alcanzarlo. De allí se origina en las sociedades contemporáneas una particular exacerbación de la lucha y competencia por el poder entre las personas y grupos que aspiran a tenerlo, y un enclaustramiento de los demás en sus actividades privadas. La lucha entre los que buscan el poder tiende a concentrarlo, porque el poder se pierde cuando no se posee y se refuerza con su ejercicio, y el desinterés de muchos lo facilita, porque delegan en ellos parte muy importante de su libertad y de sus derechos a decidir.

Como consecuencia de ello, el Estado centraliza la gestión del orden social y tiende a ampliar excesivamente sus poderes y atribuciones, al tiempo que la política se organiza como actividad especializada en la conquista y ejercicio del poder, en la que pocos participan activamente. El Estado y la política se levantan por sobre la vida cotidiana y habitual de la gente, constituyendo una particular **sociedad política** de gran tamaño y poder, que se separa e impone a las actividades privadas, sociales, económicas y culturales de la llamada **sociedad civil**.

El ideal democrático representa una búsqueda de articulación orgánica entre sociedad política y sociedad civil, que trata de superar su separación mediante la aplicación de un principio de **representación** de la sociedad civil por la sociedad política. Se aspira a que el gobierno del Estado en sus poderes legislativo y ejecutivo sea representativo de los intereses e ideas que predominan en la sociedad civil, lo cual se supone queda garantizado por la **delegación** de la voluntad ciudadana en autoridades designadas por **elección popular**.

Este régimen político es funcional tanto a quienes buscan el poder como a quienes no desean asumir responsabilidades sociales. A los primeros, porque proporciona un cauce institucional civilizado a la lucha por el poder, ampliando al mismo tiempo las oportunidades de que muchos de los interesados accedan a la actividad gestonaria y de administración en algún nivel de la escala jerárquica. A los segundos, porque les permite **delegar** las responsabilidades proporcionándoles al mismo tiempo una buena justificación a su descompromiso.

Ahora bien, con ser la democracia representativa la organización del Estado más perfeccionada que haya existido históricamente y, probablemente, que haya sido pensada teóricamente para sociedades grandes, evidencia limitaciones estructurales y sucesivas crisis en todas sus conformaciones prácticas. Sus principales limitaciones y problemas se originan o relacionan directa o indirectamente con la economía y tienen mucho que ver con el problema de la participación. Estos problemas son tanto de representatividad como de eficiencia.

Podemos sintetizar en los siguientes términos el **problema de representatividad**:

La democracia representativa es un modelo político pensado para organizar hombres libres, individuos que tienen capacidad de iniciativa y libertad económica. Pero en la economía moderna tal individuo capaz de iniciativa económica se realiza sólo en una proporción pequeña de la población, mientras que amplios grupos sociales quedan al margen de la propiedad de ciertos factores fundamentales y con ello de la libertad económica, conformando una masa proletaria subordinada y vitalmente dependiente. Además, en las sociedades no existen solamente los individuos sino que se constituyen también grupos y clases sociales, cada una con funciones e intereses particulares y con muy distintas cuotas de poder económico y político. Las desigualdades que resultan de la organización capitalista de las libertades económicas genera profundas divisiones en la sociedad civil que trascienden hacia la sociedad política. Se verifican luchas y conflictos sociales que el Estado representativo no siempre está en condiciones de mediar y componer. A menudo el poder político se va concentrando en los sectores económicamente poderosos, al tiempo que muy grandes grupos subalternos perciben que sus intereses, aspiraciones y cultura se encuentran muy escasamente representados en el Estado y sus instituciones.

El **problema de eficiencia** del Estado en el ejercicio de sus funciones se plantea así:

La doctrina liberal suponía que el libre juego del mercado determinaría la asignación óptima de los recursos y la distribución justa de los ingresos, quedando garantizada la eficiencia del conjunto por su funcionamiento sin interferencias estatales; pero la realidad histórica vino a contradecir esta creencia, y el Estado ha ido asumiendo crecientes funciones y responsabilidades. La burocracia pública se desarrolló notablemente en los Estados modernos, consolidando grupos de

funcionarios permanentes que escapan al control de los mecanismos representativos y que despliegan intereses propios que contradicen la postulada representatividad del Estado. Así, junto al principio y al sistema de la representación se configura un principio y sistema burocrático, que obtiene su legitimidad no desde la voluntad ciudadana sino en base a las competencias técnicas que demuestre y a la eficiencia que manifieste en el ejercicio de sus funciones. Este elemento burocrático tiende a hacer crecer desmesuradamente el tamaño del Estado, encontrando en dicha expansión de las funciones y actividades públicas ocasión de su propia creciente afirmación social y económica.

En esta conformación representativo-burocrática de los Estados modernos las relaciones entre sociedad civil y sociedad política son complejas, densas y no siempre orgánicas, verificándose aquella separación entre dirigentes y dirigidos y esa concentración del poder económico y político de que hemos hablado.

En este contexto, las demandas de participación social no pueden ser adecuadamente satisfechas en el marco de las estructuras económicas y políticas dadas sino que requiere **profundas transformaciones estructurales y procesos tendencialmente democratizadores tanto de la economía como del Estado.**

Parece necesaria, en primer lugar, una enérgica recuperación del tema de la libertad y del valor de la persona. Si la economía y la democracia experimentan crisis no es por un exceso de libertades individuales sino por restricciones e insuficiencias de ellas.

Naturalmente, el problema de la libertad no se plantea en los términos en que lo abordó el liberalismo. Hoy la afirmación de las libertades personales debe hacer frente a los problemas de la burocracia, de la masificación, de la marginación respecto a la posesión de factores indispensables para el desenvolvimiento de iniciativas creadoras, de la concentración del poder. El desafío consiste en extender las libertades a sectores sociales que nunca la conocieron, y en desarrollar individuos en que no predomine el espíritu posesivo y competitivo sino una conciencia solidaria.

Para las multitudes subordinadas el camino hacia la libertad individual pasa, en gran medida, por la formación de organizaciones intermedias, de comunidades y asociaciones a través de las cuales puedan acopiarse los recursos y factores necesarios para el despliegue de proyectos e iniciativas económicas en que las personas expandan aquellas capacidades y competencias gestonarias que no han tenido oportunidades de desarrollar.

Parecen necesarios también el fortalecimiento de la sociedad civil, la ampliación de su autonomía respecto de la sociedad política, la democratización de la economía y del mercado, la reducción del tamaño y funciones del Estado, la descentralización del poder. En la dirección de todos estos procesos la participación constituye un elemento decisivo, y la economía de solidaridad una contribución eficaz.

La construcción de la economía de solidaridad a través de la participación.

Veamos ahora de qué manera mediante la participación se construye economía solidaria y cómo ésta puede ser un camino por el que se amplíen los espacios de libertad, se fortalezca la sociedad civil, se democraticen la economía y el Estado, se descentralice y disemine socialmente el poder.

La participación de los trabajadores en la gestión de las empresas, de las comunidades en los procesos de desarrollo que las afecten, de los ciudadanos en las decisiones del sector público, etc., implican una progresiva ampliación del campo de acción y responsabilidad de los subordinados, que incrementan el control que ejercen sobre sus propias condiciones de vida. Son procesos por los cuales el atributo de la autoridad es recuperado para sí por quienes tienen la capacidad de delegarlo. Como resultado de la participación, el poder se va desconcentrando y descentralizando.

En realidad, el único modo realmente efectivo de descentralizar y desconcentrar el poder es su recuperación progresiva por parte de quienes no lo tienen. En efecto, si el poder no es un atributo de quienes lo detentan, no son ellos los que puedan distribuirlo. De ahí que la descentralización efectiva del poder ha de verificarse de abajo hacia arriba y no al revés. Si la gestión y dirección fuese delegada por los pocos que la ejercen, es cierto que más personas podrán estar involucradas en su ejercicio; pero los llamados a ejercerlo lo harán en nombre y a la orden de esos pocos de quienes lo recibieron, a ellos darán cuenta de su actuación, y podrán ser removidos de las atribuciones que se les haya conferido cuando adopten decisiones que no correspondan a los deseos e intenciones de sus mandantes. No se ha de confundir, pues, la participación con la cooptación.

Por cierto, si el poder es una relación social, su diseminación social podrá ser facilitada en la medida que quienes lo tengan concentrado estén dispuestos a compartirlo y a disminuir sus propias atribuciones. La recuperación del poder por los subordinados podrá verificarse de manera menos conflictiva; pero serán siempre éstos los protagonistas del proceso. La participación, como la libertad, es un proceso inherente al sujeto que la asume, el que se desarrolla y crece a través de su ejercicio.

Ahora bien, un proceso de difusión social del poder efectuado de éste modo, no da lugar a la atomización y dispersión de la sociedad en sujetos independientes carentes de articulación, sino a un nuevo tipo de ordenamiento y organización de la sociedad, en que el orden social se construye de abajo hacia arriba. En efecto, cada individuo recupera control y poder sobre aquellas actividades y experiencias que puede realizar independientemente; pero no sólo éstas requieren dirección. Muchas actividades no pueden ser realizadas por personas solas sino que requieren la organización y asociación de varios interesados en ellas, a las cuales aportarán según sus diversas disponibilidades y capacidades. Naturalmente,

en ellas la gestión y dirección ha de corresponder al grupo, el que podrá establecer algún sistema decisonal que combine delegación y participación en alguna proporción que considere apropiada y eficiente. Otras actividades y procesos de mayor envergadura requerirán el concurso de varios grupos y organizaciones, que se coordinarán y cooperarán en alguna forma, en la cual también serán necesarias las funciones directivas. Por este camino de agregación e integración de voluntades, la sociedad se va articulando hacia arriba, hasta llegar al nivel de la sociedad global, que involucra decisiones que interesan y afectan a toda la colectividad.

En esta construcción de la vida y el orden social que procede de abajo hacia arriba la gestión se organiza según el criterio de que todo lo que puede ser realizado por un individuo o un grupo pequeño ha de ser gestionado por ese individuo o grupo; aquellas actividades que no pueda realizar la organización pequeña sino que requieran el concurso de personas y organizaciones asociadas en un nivel más amplio, serán gestionadas en ese nivel mayor. Así, el orden social se construye de lo pequeño a lo mayor, conforme al criterio de que en cada nivel de organización que tenga unidad de sentido la gestión de las actividades compete a sus integrantes. Esta es la forma más perfecta de construcción del orden social, porque es la que permite el mayor desarrollo de las capacidades y el máximo despliegue de las potencialidades de cada persona y de cada comunidad.

En la Encíclica **Quadragesimo Anno** se establece el principio de **subsidiaridad** en los siguientes términos: "Es injusto y al mismo tiempo de grave perjuicio y perturbación del recto orden social, confiar a una sola sociedad mayor y más elevada lo que pueden hacer y procurar comunidades menores e inferiores". La razón de esto es, precisamente, que la realización y dirección de actividades y procesos despliega las capacidades de quienes las realizan y dirigen; por el contrario, si alguien que podría realizar y dirigir una actividad no lo hace sino que transfiere o delega la responsabilidad a una organización mayor, será ésta quien ampliará sus fuerzas e incrementará su poder, mientras aquél irá perdiendo sus capacidades por desuso: se habrán echado las bases para una relación de dominio y subordinación. Se verificará una disminución de la libertad en la persona o comunidad menor y un aumento del poder en quienes gestionan la sociedad mayor.

El modo de organización y desarrollo de abajo hacia arriba es el que se verifica en la economía de solidaridad. En efecto, la organización y cooperación entre varias o muchas personas para realizar en conjunto determinadas actividades se hace con el objeto de juntar las capacidades y recursos necesarios para organizar y ejecutar aquello que una persona sola no está en condiciones de hacer.

En la economía de solidaridad tal cooperación se verifica de manera horizontal, sin el establecimiento de relaciones de dominación-subordinación, porque entre los participantes en la actividad se constituye una asociación o comunidad compartida, un

sujeto colectivo en cuya actividad y dirección participan todos quienes lo componen.

Este **principio de participación y solidaridad** viene a complementar y perfeccionar el principio de subsidiaridad, que por sí solo no es suficiente para asegurar el crecimiento de las personas, porque aún cuando una organización sea dirigida desde sí misma y no delegue responsabilidad sobre lo que puede hacer, si en ella existe la separación entre quienes ejecutan y quienes dirigen se produce el mismo efecto de sobredesarrollar el poder de los que están arriba e inhibir el desarrollo de los que quedan subordinados.

Existiendo en la economía de solidaridad un mínimo de delegación y un máximo de participación, se construye con ella un orden social y político con menor separación entre dirigentes y dirigidos, baja concentración del poder y un máximo despliegue de las capacidades de todos. Los motivos de la participación orientan, pues, por el camino de la economía de solidaridad, camino que la misma práctica de la participación hace transitar.

Podrá alguien decir que toda esta concepción de la participación y de la cooperación en el ejercicio de la gestión resulta utópica, toda vez que las personas concretas llamadas a la participación carecen de las capacidades y competencias requeridas para una gestión eficiente, e incluso a menudo hasta del interés y voluntad de participación. Debemos reconocer que efectivamente es así. Pero nuestro análisis nos ha mostrado exactamente cual es la causa de una situación que mantiene limitadas y estrechas las capacidades de las personas junto a constreñir sus deseos y voluntad de participación: precisamente, la concentración del poder y la falta de participación. Entonces el argumento en contra de la participación se convierte en una razón más para impulsarla de manera urgente y prioritaria, en un proceso que irá potenciando conjuntamente la participación y las capacidades e interés de la gente por efectuarla. Teniendo en cuenta lo importante y prioritario del desarrollo humano que se obtiene a través de la participación, se hacen justificables también algunas pérdidas transitorias de eficiencia que puedan verificarse respecto a aspectos y procesos materiales implicados.

Lo que sí es importante tener en cuenta a partir del mencionado argumento, es la conveniencia de que el proceso de la participación sea de ascenso paulatino y creciente, pues en las fases iniciales y cuando las personas o grupos presentan muy bajas capacidades de efectuarla, el costo en eficiencia podría resultar excesivo. Será, pues, conveniente avanzar en la participación desde lo pequeño a lo grande, de lo inferior a lo superior, en un proceso de aprendizaje y ampliación progresiva de las capacidades y competencias gestionarias.

El camino de la participación sigue un curso ascendente en que las primeras etapas son más difíciles y riesgosas que las sucesivas. La sabiduría consiste en establecer y asumir la participación en niveles que no resulten tan complejos como para que las personas y grupos no puedan resolver y decidir de manera

adecuada, pero que sean lo suficientemente exigentes como para que sus capacidades sean desafiadas y tensionadas hacia su expansión.

Capítulo 6. EL CAMINO DE LA ACCION TRANSFORMADORA Y DE LOS CAMBIOS SOCIALES.

Los motivos de la acción transformadora.

Un quinto camino que lleva hacia la economía de solidaridad parte de aquella "conciencia social" que se expresa en la acción o la lucha por el cambio de las estructuras sociales.

Gran parte de la inteligencia humana se ha ocupado en elaborar proyectos de "nueva sociedad" y en identificar las vías y estrategias para realizarlos. Gran parte de las organizaciones sociales y políticas se plantean efectuar transformaciones en la sociedad o construir nuevas relaciones sociales, para lo cual despliegan -con diversa orientación y perspectiva ideológica- una infinidad de acciones y de luchas que involucran a numerosos grupos de personas.

El pensamiento y la acción transformadora ha estado presente a lo largo de la historia, y puede afirmarse que en toda época y en toda sociedad han existido grupos y movimientos que no están conformes con el estado de cosas vigente y aspiran a una sociedad mejor, más justa, libre, igualitaria y fraterna. Existe en cualquier sociedad humana una **energía transformadora** que genera tensiones, búsquedas, acciones y conflictos que dinamizan la sociedad, impiden la autocomplacencia del orden establecido y orientan la experiencia humana por nuevos derroteros. Es importante comprender el origen de esta energía y las formas en que se manifiesta.

En términos generales la energía social transformadora se origina a partir de dos elementos que, al encontrarse y fundirse, la convierten en movimiento y acción social. Por un lado se origina en quienes, en el orden social existente **se encuentran en situación desmedrada**, carecen de acceso a las fuentes del poder y la riqueza y se sienten excluidos, marginados o subordinados. El orden establecido no los favorece, dificulta su crecimiento y progreso, les da muy poco espacio y reconocimiento, los mantiene en la pobreza. No pueden estar conformes porque aspiran a más. Emerge en ellos una energía contenida, de protesta e incluso rebeldía, que brota del sentimiento, el interés y la toma de conciencia respecto a las causas sociales o estructurales de su situación desmedrada.

Otra energía transformadora se origina desde personas y grupos que no experimentan en carne propia la marginación o injusticia sino que se encuentran motivados por **ideas y valores de orden superior**; ideas y valores que no ven realizados en el orden social establecido y que quisieran ver impregnados en las relaciones humanas y sociales. Confrontando la realidad tal como es con las ideas y valores que les indican como debiera ser, descubren un desfase que les genera un sentimiento de insatisfacción a partir del cual formulan la conveniencia y posibilidad de cambiar las cosas, para que los hombres puedan

realizarse mejor y perfeccionar su calidad de vida. Es una búsqueda que puede ser calificada como idealista, pero no por eso necesariamente utópica o irrealizable.

Así, la energía transformadora presiona al cambio y transformación social desde abajo, o sea desde la experiencia de quienes **no viven el nivel y calidad de vida permitido para algunos por el orden vigente**, y desde arriba, o sea desde **la aspiración a formas y condiciones de vida superiores a las que la sociedad haya alcanzado**.

Ambas energías tienden a encontrarse y se potencian mutuamente. Se acercan espontáneamente porque se necesitan para el logro de sus propósitos. Los sectores afectados negativamente por el orden social existente encuentran en los que buscan el cambio por motivaciones idealistas aquellas ideas y proyectos que otorgan coherencia y racionalidad a sus aspiraciones y luchas; éstos, a su vez, encuentran en aquellos las bases y fuerzas sociales que proporcionan concreción, arraigo y fuerza social a sus proyectos transformadores.

En la época moderna las principales energías transformadoras han estado orientadas a cambiar el "sistema económico" imperante definido como capitalista, del cual se critica la estructura de valores que exige y difunde entre las personas y por toda la sociedad (utilitarismo, individualismo, consumismo, etc.), y también los efectos desintegradores que tiene en la organización social (división de clases sociales, distribución regresiva de la riqueza, explotación del trabajo, etc.) derivados de la concentración de la propiedad y de la subordinación del trabajo al capital.

Paradójico resulta, sin embargo, que buscando una transformación básicamente económica, la acción y organización tendiente a efectuarla se haya canalizado predominantemente en el plano político. Dos razones explican la paradoja.

Una, que el proyecto de organización económica con el que se ha querido sustituir el capitalismo se ha basado en la idea de que el Estado -institución política por excelencia- amplíe sus funciones y roles económicos, pretendiéndose que sea él quien sustituya al capital privado como sujeto de la propiedad de los medios de producción y como organizador, gestor y regulador de las principales decisiones y actividades económicas.

La otra razón está en que se ha pretendido un cambio estructural o sistémico, que afecte globalmente la organización económica, lo cual pareciera ser posible de alcanzar sólo a través de la acción de un sujeto social poderoso, macrosocial, que al menos teóricamente pueda ser controlado por los impulsores del cambio. En las sociedades modernas, la única realidad que cumpliría estas condiciones sería el Estado, entidad en torno a la cual se articula y concentra prácticamente toda la vida política.

Por cierto, no ha sido esa la única orientación de la energía transformadora en la época moderna, pero ha de reconocérsela como la principal: aquella que ha logrado concitar la más alta proporción de energías, organizaciones, iniciativas y actividades

tendientes al cambio y transformación social. Ha sido también la única que ha podido mostrar efectos tangibles y patentes en el plano de la organización de la sociedad como un todo. Otras orientaciones, que se han centrado en las actividades culturales y que han planteado el cambio social a partir de un cambio personal, o que se han desarrollado en el terreno específicamente económico como formas de organización de empresas y organizaciones que no operan con la lógica capitalista (por ejemplo, el cooperativismo y la autogestión), han concitado proporciones menores de la energía social transformadora y evidenciado logros de menor envergadura y que aparecen como precarios, inestables y reversibles.

El reciente fracaso y derrumbe de los Estados socialistas afecta en su raíz el proyecto de transformación centrado en el Estado, y las energías sociales transformadoras que se habían canalizado en esa dirección se encuentran en una situación objetiva de carencia de proyecto. A partir de esta nueva situación se abre la cuestión de cual pueda ser ahora el proyecto de sociedad que oriente las energías y acciones transformadoras y, aún más en la base del problema, la reflexión sobre el modo de concebir y realizar el cambio social.

Son dos aspectos del problema que debemos distinguir analíticamente. Una cuestión se refiere a los contenidos del proyecto: los valores, relaciones, comportamientos y estructuras que se quiera promover e implementar. Otra es la cuestión del modo de concebir y estructurar la acción y el proceso de transformación.

La reflexión sobre el proyecto, sobre los modos que pueden asumir los procesos de cambio, sobre las estructuras de la acción transformadora y sobre las alternativas de organización que la promuevan, es hoy de gran importancia por dos motivos. El primero, porque el cambio social sigue siendo necesario, tal vez incluso aún más que antes, en razón de la magnitud de la pobreza, de la exacerbación de las desigualdades sociales, de la tremenda escisión que se está produciendo entre las sociedades y al interior de ellas entre quienes están a la vanguardia de los procesos dinámicos y quienes quedan marginados o excluidos, de la difusión de comportamientos individualistas, consumistas y materialistas que restringen y unilateralizan el desarrollo humano. El segundo, porque las energías transformadoras que esas realidades y razones mantienen y generan en grandes cantidades, pueden estar disminuidas en cuanto a sus manifestaciones prácticas, pero están latentes. Ellas no encuentran actualmente los cauces adecuados, convincentes, que las orienten y canalicen de manera constructiva y eficiente, y su frustración puede dar lugar a comportamientos anómicos que no podrían sino tener consecuencias negativas para la sociedad.

Es en la búsqueda de un nuevo y superior encausamiento de estas energías transformadoras que la economía de solidaridad ofrece alternativas y esperanzas. Los ofrece tanto respecto a los contenidos que el proceso de transformación puede impulsar como también respecto a los modos de la acción y organización transformadora. Comencemos el análisis con este segundo aspecto.

Un modo inadecuado de entender el proyecto y el proceso de transformación social.

En la época moderna los más importantes proyectos transformadores han partido de la idea que el cambio ha de ser global, esto es, que ha de sustituirse el orden social vigente - concebido como un "sistema"- por otro distinto: un nuevo tipo de sociedad; en consecuencia, lo que se afirma como proyecto es un determinado "modelo" de sociedad por construir. En tal proyecto global se plasma con mayor o menor realismo aquello que se considera un "deber ser" de la sociedad: en lo económico, político, cultural, en las relaciones sociales, en las formas de propiedad, etc.

En algunos casos la formulación del proyecto de sociedad por construir se funda en una concepción ética, filosófica o doctrinaria: se basa en apreciaciones sobre lo que es justo, humano, natural, necesario, racional, etc. El proyecto mismo surge entonces de una elaboración intelectual y tiene poco que ver inicialmente con las características particulares y concretas de los sujetos reales y actuales llamados a materializar el proyecto. Al contrario, tiende a postularse que los agentes del cambio - personas, grupos o clases sociales, organizaciones, etc.-han sido conformados en el marco del "sistema" establecido, de tal manera que están marcados por las características y relaciones requeridas por el funcionamiento de éste. Pero se piensa que tales sujetos pueden llegar a convertirse en adecuados instrumentos o medios para la realización del proyecto en la medida que tomen conciencia de su situación y condicionamiento y decidan actuar contra las estructuras vigentes. Lo que importa de ellos es más que nada su fuerza, las energías que puedan desplegar para lograr el objetivo deseado. Importa también la medida en que puedan "hacer suyo" el proyecto, ya sea porque corresponda a sus intereses o porque pueda persuadirseles de que es así. En efecto, si un sujeto no hace propio el proyecto difícilmente podrán orientarse sus fuerzas en esa dirección. Por todo esto, las tareas que tiene el agente organizador o intelectual que procede con tal concepción del cambio social consisten principalmente en la concientización, la organización y la movilización de los sujetos considerados instrumentos o portadores del proyecto.

En otros casos, para determinar el modelo global de sociedad por construir se parte de alguna experiencia u organización particular en la que se piensa está contenido en pequeño el proyecto que se retiene ideal para la sociedad en su conjunto. Puede tratarse de un tipo de empresa, de partido político, de iglesia, de asociación, e incluso un tipo de hombre. Se supone que los principios y valores, los modos de pensar y de actuar, las relaciones y estructuras, etc. que definen la propia organización, son aquellos modos ideales que habría que establecer en toda la sociedad. La tarea transformadora consistiría, en consecuencia, en la difusión y expansión del propio modo de ser, de los propios valores, comportamientos y formas organizativas, a través de la

multiplicación de organizaciones similares (o bien, en una versión extrema de esta manera de entender el cambio, por el crecimiento de la misma organización propia por absorción progresiva de otras personas, grupos, actividades o espacios sociales).

Pues bien, sea que se parta de una cierta concepción ética y doctrinaria o de una experiencia organizativa particular, como el proyecto de transformación es global, como implica una reordenación o reestructuración de toda la sociedad (lo que se considera un "cambio de sistema"), surge la necesidad de conquistar posiciones de poder desde las cuales se pueda ejercer influencia sobre la sociedad en todos sus aspectos. En las sociedades modernas y contemporáneas tal centro de poder privilegiado es el Estado; y si no tuviera actualmente el suficiente poder, se postula potenciarlo y hacerlo crecer para que esté en condiciones de realizar los buscados cambios globales. Es por esto que, cuando se piensa en un "modelo de sociedad", la actividad transformadora principal se desenvuelve en el terreno político y se orienta a la conquista del poder.

Ahora bien, concebir el cambio social como un proceso de construcción de un modelo global de sociedad e intentarlo mediante el uso del poder presenta muy serios problemas. Problemas que tienen que ver con algo esencial, cual es la consistencia entre lo que se **pretende** lograr y lo que **puede** alcanzarse a través de la acción así conducida. Aún más, este modo de concebir el cambio conduce inevitablemente a la frustración de las energías transformadoras, pues, aunque se logren relevantes efectos sociales e históricos, **los resultados que se obtienen con la acción no se corresponden con los objetivos perseguidos**. Es preciso comprender a fondo porqué sucede así.

Cabe observar en primer término que cualquier proyecto de sociedad global resulta utópico e irrealizable. En efecto, la realización del proyecto -su concreción práctica en la sociedad-no es posible porque no se puede configurar la realidad toda entera conforme a un modelo ideal previamente elaborado por algunos, ni conforme a un modelo organizativo único realizado en pequeño por un grupo particular. Porque siempre habrá otros modos de pensar, otras fuerzas, otras organizaciones diferentes, que desplegarán fuerzas de oposición y que tendrán efectos concretos que operarán en sentido distinto al del proyecto que se quisiera implantar. A lo más que se podría aspirar por este camino es a concretizar por un período de tiempo históricamente breve algo así como una caricatura deformada del ideal buscado, y ello en base a una consistente fuerza dominadora -ideológica, política o militar-controlada por un grupo que se impone sobre los demás.

La historia entera de la sociedad así lo ha demostrado y lo sigue probando reiteradamente. Lo curioso es que tales enfoques suelen ser considerados realistas y eficaces, porque de hecho son capaces de acumular en torno a ellos ciertas fuerzas y energías sociales reales; pero esta eficacia se demuestra aparente, ilusoria, porque aunque las fuerzas organizadas en torno a tales proyectos alcancen importancia y sean capaces de generar acciones

y hechos significativos, el proyecto mismo no se concretiza. Se construye realidad, pero sustancial y esencialmente diferente a la que se deseaba construir.

Hay un elemento que, introducido en el proceso transformador, lo desvía inevitablemente de sus objetivos, lo deforma radicalmente. Ese elemento es **el poder** que se busca en cuanto medio o instrumento eficaz para la realización del proyecto. En efecto, para cambiar y reorganizar toda la sociedad conforme a un modelo o proyecto previamente definido se necesita disponer y utilizar mucho poder, en verdad un poder inmenso detentado y utilizado por quienes sean los portadores y ejecutores del proyecto en cuestión. Pero disponer de mucho poder supone concentrarlo y acumularlo, lo que sólo puede verificarse en la medida que muchos otros sean despojados de su propia capacidad de tomar decisiones. Si, como vimos en el capítulo anterior, el poder es la capacidad que tiene alguien de que otros actúen conforme a su voluntad, lo primero que con él se construye, inevitablemente, son relaciones sociales de dominio y subordinación. Pero ¿no son precisamente las relaciones de dominación/subordinación las que se quiere sustituir? ¿En qué proyecto de nueva sociedad se plantea establecer relaciones de dominio y concentración del poder? Alguien podría retrucar que la concentración del poder se hace sólo como un medio transitorio para el fin ulterior de disolverlo. Pero cualquier lógica de concentración de poder lo que hace es concentrarlo: el poder no se disuelve a sí mismo. El poder acrecienta la ambición de quienes lo tienen y despoja a los que carecen de él incluso de la capacidad y aptitud para ejercerlo.

La situación es aún más grave porque el proceso de acumulación de poder empieza por quitárselo a los propios sujetos -personas y organizaciones- que se quiere involucrar como actores del proyecto transformador. En efecto, éstos no se constituyen como leales y eficaces ejecutores del proyecto global sino en la medida que actúan conforme a los planes, órdenes o directivas de quienes hacen de cabeza. Los propios supuestos transformadores de la sociedad han de empezar por organizarse de manera jerárquica, lo que implica que numerosos de ellos deleguen en unos pocos dirigentes las principales decisiones relativas a su propia acción. Insertos en una lógica de acumulación de poder, los que están arriba exigen obediencia y fidelidad a sus subordinados, y los que están más abajo, junto con subordinarse hacia arriba exigirán sumisión y buscarán ejercer el máximo de control sobre aquellos sectores y en aquellos ambientes que se quiere moldear en función del gran proyecto social. ¿Qué liberación, qué sociedad igualitaria, qué fraternidad, qué justicia, pueden así establecerse?

La lucha por el poder como vía y estrategia de realización del cambio social es, en síntesis, éticamente incorrecta e inconducente al objetivo de transformación global conforme a un modelo de sociedad predefinido. Innumerables experiencias de este tipo ponen de manifiesto que el fin no justifica los medios que se empleen para alcanzarlo. Aún más, el mismo fin de la

transformación social conforme a un modelo global de sociedad es no sólo irrealizable, como vimos, sino también altamente cuestionable desde un punto de vista ético. Que uno o varios sujetos sociales que no pueden ser sino una parte de la sociedad, se consideren portadores de un proyecto global conforme al cual toda la sociedad deba ser reestructurada, supone partir de la base que ellos son poseedores en exclusiva de la verdad y de los valores apropiados.

Si, por el contrario, partimos del supuesto que la verdad y los valores se encuentran repartidos socialmente y que nadie los posee totalmente, de que todos los sujetos individuales y organizados tienen ideas, valores, intereses y aspiraciones que pueden ser legítimos y que tienen derecho a existir, de que la homogeneidad social es en definitiva un empobrecimiento de la experiencia humana mientras que la diversidad, diferenciación y pluralismo constituyen una riqueza y son el producto de la libertad creadora de los hombres, entonces se abre camino a un distinto y nuevo modo de entender y de actuar el cambio social.

Para una nueva estructura de la acción transformadora.

Una primera cuestión por analizar se refiere al ámbito de la organización social desde donde pueda impulsarse una eficaz acción transformadora y, en relación con esto, a la importancia que deba atribuirse a la acción política. Al respecto es preciso revisar a fondo la convicción tan generalizada de que los esfuerzos tendientes a construir una sociedad mejor deban desplegarse preferentemente en la sociedad política.

Después de al menos dos siglos de privilegiamiento de la política cabe hacer un balance de los resultados. ¿Qué se ha logrado? Obviamente el resultado de tanto esfuerzo, de tanta lucha, de tanta energía desplegada, no es otro que la sociedad tal como ahora es. ¡Tal como ahora es! Sí, lo más que se ha logrado es la sociedad tal como ahora es.

Obviamente, el modo de ser actual de la sociedad no es efecto ni responsabilidad exclusiva de los impulsores del cambio social; también lo es de quienes se les han opuesto y los han combatido y de quienes simplemente han estado en otras perspectivas. Pero los impulsores del cambio social deberán reconocer que en las dadas condiciones en que han debido actuar, con los adversarios que han tenido, con las fuerzas que han enfrentado, en base a las ideas, análisis, planes, acciones y modos de actuar que han desplegado por tanto tiempo, lo mejor que han podido lograr es la realidad tal como ahora existe.

Por cierto, ésta les resulta muy insatisfactoria. Pero al menos ¿se ha aproximado la realidad a lo deseado? ¿Estaremos más cerca de lograrlo? Si no cambian sus modos de concebir y actuar la transformación ¿en base a qué podrían esperar superiores logros en el futuro? Examinemos más de cerca aquellos resultados reales obtenidos en que al menos en parte se perciba el efecto de la misma acción transformadora.

El más evidente e importante no es otro que el inaudito

crecimiento del Estado y la mayor centralización del poder que se haya visto jamás en la historia. Este crecimiento del Estado se verifica aún cuando en la política estén presente distintas fuerzas portadoras de diferentes y aún opuestas ideologías y programas. A menudo éstas se anulan mutuamente y el Estado, no obstante la concentración formal del poder que representa, se torna incapaz de adoptar decisiones que impacten profundamente las estructuras económicas y sociales. Así, no es contradictorio el hecho de la concentración del poder con su incapacidad de incidir transformadoramente sobre la realidad.

Mientras la lucha política se desenvuelve en un espacio restringido, la situación de los sectores populares se mantiene inalterada, las desigualdades no tienden a desaparecer, los intentos de cambiar las estructuras terminan mostrándose efímeros y superficiales en sus resultados.

Se hace necesario indagar las causas de la insuficiencia de la política como acción transformadora. La política es lucha por el poder (por conquistarlo y mantenerlo) y al mismo tiempo acción organizadora y reorganizadora. Ella parte de lo que existe: las fuerzas políticas necesitan apoyarse **en la realidad dada** y deben considerar los intereses y fuerzas **existentes** como bases y pilares de su lucha por el poder. La organización política que no sea funcional a los intereses y fuerzas existentes no puede acceder a posiciones de poder; la conservación de las posiciones ganadas queda igualmente supeditada a actuar conforme a esos intereses y realidades dadas. Por eso en la política el espacio para la utopía y para lo nuevo es muy reducido.

Además, la acción gubernativa consiste en ordenar, organizar o reorganizar elementos propios de esa realidad. **La política organiza lo existente: no crea realidades nuevas.**

Pero lo único que puede cambiar en profundidad lo existente consiste en **crear y poner en la realidad dada realidades nuevas**, que cuestionen lo existente y que con su presencia lo lleven a reestructurarse. La principal y decisiva actividad transformadora es la actividad creativa, aquella capaz de **introducir efectivas novedades históricas.**

¿Puede haber creatividad en la política? ¿Pueden introducirse novedades en este nivel de la vida social? Ciertamente, pero ello supone una actividad específicamente creativa, y a ella la podemos denominar simplemente cultura. Esa actividad creativa en lo político no es ciertamente la búsqueda del poder, la convocación de partidarios a manifestaciones y acciones políticas, sino obra de la inteligencia, la imaginación y la voluntad puestas en tensión por la búsqueda de lo verdadero, lo hermoso, lo bueno, lo justo. Ello supone un esfuerzo concentrado en éstos espacios culturales, una dedicación constante y exclusiva. Quienes lo hacen desde el interior de las propias organizaciones políticas no suelen ser los que alcanzan posiciones de poder, sencillamente porque no se dedican a lograrlo; y cuando buscan el poder, como lograrlo requiere también dedicación constante y concentrada, no pueden sino descuidar la actividad propiamente creadora.

¿Significa esto que la política deba ser dejada de lado por quienes aspiran a transformaciones profundas de la sociedad? Definitivamente no es ésto lo que queremos afirmar. A lo que apunta nuestra argumentación es a mostrar que la política no es la actividad central ni prioritaria cuando de construir una mejor sociedad se trata. La política es y debe ser, en el marco de un proyecto de transformación social, una actividad subordinada.

El ámbito que la acción transformadora ha de privilegiar está dado, entonces, por los espacios de la **sociedad civil** donde se despliegan las principales actividades creadoras de realidades nuevas.

Entendemos por "sociedad civil" el conjunto de las actividades económicas, sociales, culturales, científicas, religiosas, etc., realizadas por las personas, asociaciones, comunidades, organizaciones intermedias, empresas e instituciones que no caen bajo la directa tuición y responsabilidad del Estado. En este espacio, la actividad transformadora se desenvuelve como un vasto y multifacético proceso creativo.

Ahora bien, cuando se piensa en la transformación histórica desde la sociedad civil aparece un modo nuevo de actuar transformadoramente. No se trata de imponer a la sociedad toda un modelo ya presente en realidades particulares o anticipado idealmente en un modelo ideológico. No se trata de que el sujeto portador del proyecto acumule fuerzas y poder para realizarlo desde arriba. Se trata de un tipo de acción diferente, democrática por definición (que no puede ser autoritaria por su propia naturaleza), tal que **realiza su objetivo transformador en y por el acto mismo de ser y de actuar de otro modo**, por el hecho de **aportar a la sociedad una especial novedad**.

La actividad principal consistirá en la construcción de realidades nuevas en que los problemas que generan la necesidad del cambio (las injusticias, opresiones, desigualdades, etc.) desaparezcan y en que los valores que se quiere que impregnen las relaciones humanas y sociales estén presente de manera consistente y central.

La economía de solidaridad abre un nuevo cauce a la energía transformadora.

Cuando los grupos que aspiran a profundos cambios sociales se encuentran desorientados; cuando los proyectos que han guiado las luchas por una mejor sociedad han sido derrotados; cuando los resultados de tanta lucha y tanto esfuerzo orientado según la lógica de la política y del poder han mostrado su precariedad e insuficiencia; cuando, no obstante todo eso, un proceso de cambios sociales profundos se hace aún más necesario y urgente; cuando un nuevo modo de acción transformadora empieza a vislumbrarse en sus contenidos y formas, las búsquedas orientadas en la perspectiva de la economía de solidaridad abren un camino original y una nueva esperanza que comienza a ser perseguida por muchos.

No pretendemos afirmar que sea éste el único camino posible y

eficaz para encauzar las aspiraciones a una sociedad mejor a la existente; pero constituye sin duda una forma real y concreta de transformar la sociedad, plenamente coherente tanto con los contenidos del cambio actualmente necesario como con las formas de una nueva acción transformadora tal como la hemos intuido.

Es coherente con el objetivo que ha primado en la mayor parte de las luchas sociales, en el sentido de construir un nuevo tipo de economía, diferente a la economía capitalista de la que se critica la explotación y subordinación del trabajo, la división de clases sociales, la distribución tal desigual de la riqueza, el individualismo y el consumismo exagerados. La economía de solidaridad es, precisamente, un proyecto económico centrado en la construcción y desarrollo de nuevas formas y estructuras económicas tanto a nivel de la producción, la distribución, el consumo y el desarrollo.

Es coherente también con los valores que a lo largo de toda la historia moderna han orientado las búsquedas y proyectos de cambio social: la libertad, la justicia, la fraternidad, la participación. La economía de solidaridad va construyendo estos valores en la realidad cotidiana, y su acción no se desvía por supuestos atajos que postergarían su realización hasta después de logrados objetivos de poder político en vistas de cambios pretendidamente totales.

Las motivaciones que generan energías transformadoras encuentran en ella cauces coherentes. En la economía de solidaridad, en efecto, encuentran cabida y oportunidades de superación y participación los sectores sociales postergados o desmedrados en el orden económico y social establecido, y en ella pueden entregar todo su aporte creativo quienes aspiran a concretizar e impregnar la vida y el orden social con ideas y valores más altos. Unos y otros se funden en un mismo proceso ideal y práctico a la vez, encontrando recíprocamente lo que por separados les hace falta para realizar lo que buscan.

Es coherente la economía de solidaridad con aquella pretensión de construir relaciones humanas horizontales, porque en ella no se van estableciendo lazos de poder sino que, precisamente, van desarrollándose las capacidades de cada persona y de cada grupo para asumir un creciente control de sus condiciones de existencia, diseminándose socialmente el poder y el dominio sobre los recursos necesarios.

Es coherente también con una estructura de la acción transformadora que privilegia el ámbito de la sociedad civil por sobre la sociedad política, de manera que el resultado de la transformación resulte verdaderamente democrático y participativo. En efecto, la economía de solidaridad se despliega preferentemente en la sociedad civil y procede desde la base social misma que se organiza para hacer frente a sus necesidades y para hacer economía conforme a sus propios modos de pensar y sentir, de valorar, relacionarse y de actuar.

Se trata, en fin, de un proceso especialmente creativo, de esos que introducen permanentemente realidades nuevas en la realidad existente, y que testimonia otros posibles y mejores

modos de hacer las cosas y de organizarse. La economía de solidaridad está constituida por organizaciones y actividades creadas de manera siempre original por sus protagonistas, respondiendo a sus particulares problemas y circunstancias y utilizando los medios y recursos que encuentran a sus disposición o que ellos mismos crean. Las potencialidades de la economía de solidaridad son, en consecuencia, vasta y profundas, porque ella se despliega al nivel de la más radical e intensa de las actividades transformadoras, siendo ella misma un gran proyecto de cambio social.

Las dimensiones, los alcances, las perspectiva de éste están todavía en ciernes, como en embrión. Es difícil saber ahora hacia donde conducirá el proceso que en este sentido se ha iniciado. De todos modos, es preferible no saber a ciencia cierta cual es la meta que se ha de alcanzar pero caminar de hecho en la dirección que se quiere, que estar convencido que se avanza hacia un objetivo claramente definido pero avanzar de hecho en otra dirección, como ha sucedido tantas veces en las luchas políticas de este siglo. Por el momento sabemos que el sentido, los contenidos, las formas y proyecciones del proyecto que va emergiendo desde la economía de solidaridad, son aquellos mismos que van siendo evidenciados por los distintos **caminos** de la economía de solidaridad que estamos examinando. Sobre el tema volveremos después de haberlos recorrido todos.

Capítulo 7. EL CAMINO DEL DESARROLLO ALTERNATIVO.

Necesidad de un nuevo concepto del desarrollo.

Un quinto camino que orienta en la perspectiva de la economía de solidaridad surge de la preocupación por el desarrollo económico. La identificación e implementación de una vía o estrategia de desarrollo es la principal de las cuestiones que han interesado a los economistas y en general a los sectores dirigentes de nuestras sociedades, desde que se consolidara en el mundo la división entre los países altamente industrializados, centrales y modernos por un lado, y los países de baja industrialización, periféricos y atrasados por otro. Una situación que distingue niveles y calidad de vida de las personas, grados de importancia de los países en el escenario internacional, diferentes posibilidades de hacer frente a los grandes desafíos del futuro de la humanidad. Una situación en que, al decir de S.S. Juan Pablo II en su Encíclica **Sollicitudo Rei Socialis**, "la unidad del género humano está seriamente comprometida".

La cuestión del desarrollo económico ha dado lugar a diversos enfoques y opciones pero ha estado centrada especialmente en el problema de los medios, modelos y estrategias que han de implementarse para lograrlo. En tal debate se han planteado diferentes énfasis respecto al tipo de organización económica capaz de promoverlo más eficazmente, a los sectores que pueden ser sus "motores" o impulsores, al rol que en su logro compete al estado y al sector empresarial privado, a la preeminencia que deba darse a la educación, la tecnología, la producción, los servicios, la salud, etc. Pero, en líneas generales, no se ha dado una gran discusión respecto al **sentido** y los **contenidos** principales del desarrollo, a la **meta** por lograr, asumiéndose implícita y acríticamente como objetivo la situación alcanzada en los países y regiones considerados desarrollados.

Desde hace un tiempo se ha empezado a hablar, en cambio, de la necesidad de "otro desarrollo", de un desarrollo alternativo, planteándose con mayor énfasis la cuestión del sentido y finalidad del desarrollo deseado.

Que sea necesaria una estrategia alternativa de desarrollo para nuestros países resulta evidente dado el fracaso de las estrategias conocidas y aplicadas, que han sido en realidad numerosas y variadas. Lo que precisa en cambio mayor aclaración es la necesidad de que lo alternativo sea no sólo la estrategia, el modelo y la vía para alcanzarlo, sino la meta y el concepto mismo del desarrollo.

La búsqueda de un nuevo concepto de lo que es el desarrollo, del objetivo por lograrse, deriva de varias y muy serias consideraciones. En primer lugar, del hecho que el desarrollo alcanzado por los países avanzados implica y supone una división internacional del trabajo y términos de intercambio internacionales que establecen estructuralmente la subordinación y

dependencia de grandes regiones del mundo, que constituyen mercados subordinados proveedores de materias primas, fuerza de trabajo, insumos y productos de bajo costo, que han contribuido sustancialmente al desarrollo de los otros y que continúan en gran medida sustentándolo. Si esto es así -y hay abundante evidencia empírica de ello-, no sería posible el mismo tipo de desarrollo para todo el mundo, pues el de los países subdesarrollados requeriría la existencia de un otro mundo dependiente de ellos que lo haga posible y sustente, el cual obviamente no existe.

Pero la necesidad de otra concepción del desarrollo surge no sólo de ésta imposibilidad que podríamos denominar técnico-económica, sino también de considerar lo que sucedería en el mundo si todos los países lograran efectivamente el tipo y nivel de desarrollo que tienen actualmente los países industrializados. Sencillamente, tal situación sería insostenible ecológicamente. La cantidad de recursos naturales, de energías y de productos procesados en un mundo enteramente industrializado se multiplicaría muchas veces respecto de los niveles actuales, con el consiguiente agravamiento exponencial del deterioro del medio ambiente y de los desequilibrios ecológicos. De ahí que haya aparecido como cuestión decisiva la formulación del concepto de "desarrollo ecológicamente sustentable", que no puede ser sino un tipo de desarrollo cualitativamente diferente al conocido.

Otra importante razón para buscar un desarrollo distinto al que han seguido los países industrializados se origina en la creciente conciencia de la insatisfacción que éste provoca en las personas y sociedades que tras largo esfuerzo lo han alcanzado. El tipo de desarrollo que tienen resulta unilateral, no se orienta a la satisfacción de la integralidad de las necesidades y aspiraciones de ser humano, y aunque logre conducir a lo que suele entenderse como un alto nivel de vida, no asegura una verdadera **calidad** de vida. Esta insuficiencia y limitación del desarrollo ha sido expresada de manera profunda, exacta y fuerte por S.S. Juan Pablo II en la mencionada **Sollicitudo Rei Socialis**: "El panorama del mundo actual, incluso el económico, en vez de causar preocupación por un **verdadero desarrollo** que conduzca a todos hacia una vida más humana parece destinado a encaminarnos más rápidamente **hacia la muerte**" (n.24). Situación que se relaciona con "una concepción errada y hasta perversa del verdadero desarrollo económico" (n.25). Tras advertirnos que "el desarrollo **no es** un proceso rectilíneo, **casi automático y de por sí ilimitado** (n.27), como si el género humano marchara seguro hacia una especie de perfección indefinida", nos señala que "la **mera acumulación** de bienes y servicios, incluso en favor de una mayoría, no basta para proporcionar la felicidad humana (...). Debería ser altamente instructiva una **constatación desconcertante** de este período más reciente: junto a las miserias del subdesarrollo, que son intolerables, nos encontramos con una especie de **superdesarrollo**, igualmente inaceptable porque, como el primero, es contrario al bien y a la felicidad auténtica. En efecto, este superdesarrollo, consistente en la excesiva disponibilidad de toda clase de bienes

materiales para algunas categorías sociales, fácilmente hace a los hombres esclavos de la "posesión" y del goce inmediato, sin otro horizonte que la multiplicación o la continua sustitución de los objetos que se poseen por otros todavía más perfectos. Es la civilización del "consumo" o consumismo, que comporta tantos "desechos" o basuras (...). Todos somos testigos de los tristes efectos de esta ciega sumisión al mero consumo: en primer término, una forma de materialismo craso, y al mismo tiempo una radical insatisfacción, porque se comprende fácilmente que -si no se está prevenido contra la inundación de mensajes publicitarios y la oferta incesante y tentadora de productos- cuanto más se posee más se desea, mientras las aspiraciones más profundas quedan sin satisfacer, y quizás incluso sofocadas" (n.28).

Los objetivos de un desarrollo deseable.

Pues bien, ¿cómo ha sido concebido el desarrollo en nuestros países y de qué modo se ha pretendido alcanzarlo? ¿Cuál es la concepción del desarrollo que es preciso someter a crítica y sustituir por otra? Al adoptarse como modelo de economía desarrollada aquella que se observa en las regiones de alta concentración industrial se ha difundido en nuestros países la idea que desarrollarse consiste básicamente en un proceso de industrialización en gran escala, que supone y a la vez implica una sustancial acumulación de capital, y cuyas fuerzas impulsoras serían una clase empresarial o el Estado (o alguna combinación de ambos), entendidos como agentes organizadores de las actividades productivas principales y más dinámicas. En su realidad concreta (la que se ve en los países desarrollados) el desarrollo es más que esto y ha sido alcanzado con políticas distintas a las mencionadas; pero así puede sintetizarse lo que suele entenderse como desarrollo en los países que no lo tienen y los modos en que han buscado alcanzarlo.

Así concebido el desarrollo se ha supuesto que para llegar a él es preciso: a) fomentar la industrialización, especialmente la creación de grandes industrias, destinando a ello la mayor cantidad de recursos posibles, aunque tengan que sustraerse desde otros sectores, por ejemplo, de la agricultura y de los servicios; b) hacer esfuerzos especiales por acumular capitales, implicando ello la contención del consumo y la acumulación del ahorro en vistas a su utilización en grandes obras de inversión, especialmente en el sector industrial; c) proporcionar un ambiente económico, jurídico y tributario que estimule en varios modos la actividad económica de los empresarios y del Estado, para que efectúen inversiones con el máximo de garantías de rentabilidad y facilitando de diversas maneras la generación de altas utilidades; d) incentivar especialmente aquellos sectores de actividad considerados más dinámicos, que utilizan tecnologías más avanzadas o "de punta".

¿Cómo superar un punto de vista tan difundido y enraizado? Y sobre todo ¿qué otra concepción del desarrollo podemos proponer? La economía, centrada en el estudio de los medios más que de los

fines, no parece ser la ciencia que pueda clarificarnos el objetivo del desarrollo. Tal vez la sana razón natural y el sentido común puedan indicarnos lo que debemos perseguir. Entonces y para no entrar en una complicada disquisición terminológica sobre lo que es o no es el desarrollo, pensemos más bien en lo que deseamos como **meta e ideal de sociedad desde el punto de vista de su potencial económico** y a éso démosle el nombre de desarrollo.

Probablemente concordaremos en una sociedad en que **las necesidades básicas de todos se hayan adecuadamente satisfechas**. Pero no nos conformaremos con eso, sino que desearemos también que **otras necesidades y aspiraciones más refinadas y superiores puedan también ser satisfechas, diferenciadamente** en función de las distintas motivaciones y gustos personales y grupales. Esperaremos que no haya desempleo forzado, sino una **utilización plena y eficiente de los recursos humanos y materiales**, y que **las personas se hayan liberado de las formas de trabajo más pesadas**. Pensaremos en una sociedad en que **las relaciones sociales sean integradoras**, en que no exista la explotación de unos sobre otros ni una excesiva conflictualidad social. No estaremos satisfechos aún con todo eso, sino que aspiraremos a que haya **elevados niveles de educación, la mejor salud, un excelente sistema de comunicaciones sociales, el más logrado equilibrio ecológico y social, y una superior calidad de vida**. Y todavía no nos consideraremos desarrollados si la satisfacción de todas esas necesidades y aspiraciones están sujetas a factores externos que no controlamos, o si dependemos de otros en ese nivel y calidad de vida; en tal sentido, aspiramos a **controlar nuestras propias condiciones de vida**, lo cual implica que habremos desarrollado nuestras propias capacidades para satisfacer nuestras necesidades.

Se dirá tal vez que estas metas son excesivamente ambiciosas y que no están a nuestro alcance. Pero no es ése el problema, pues cuando buscamos definir el fin u objetivo a lograr lo que interesa es identificar **la dirección** en que hemos de avanzar. En efecto, en relación con cada uno de los aspectos mencionados algo de ello tenemos y algo o mucho nos falta, y desarrollarnos consiste en avanzar en su logro, alcanzar posiciones de mayor realización respecto a cada uno de los objetivos deseados. Identificados los objetivos y la dirección del proceso, la interrogante es ahora, entonces, cómo podamos avanzar mejor, más segura y rápidamente hacia ellos.

No se alcanza el desarrollo mediante la industrialización ni la concentración de capitales.

Aún si prescindimos de la acuciente duda respecto al grado en que tales metas se hayan alcanzado en las sociedades industriales, hay que preguntarse acaso en los países subdesarrollados podamos aproximarnos a su realización mediante la destinación prioritaria de los recursos disponibles hacia la aceleración de un proceso de industrialización, la acumulación de capitales y el privilegiamiento de grupos empresariales considerados los más

dinámicos. En realidad no es difícil percibir que tales caminos nos alejan en vez de acercarnos al desarrollo tal como lo hemos concebido. Podemos verlo en relación a cada una de las cualidades del desarrollo deseado que dejamos anotadas.

En efecto, las direcciones principales del industrialismo no se hayan orientadas a la satisfacción de las necesidades básicas sino de aquellas más sofisticadas que requieren artefactos de mayor elaboración y complejidad, a los que acceden preferentemente los grupos sociales de elevados ingresos. Una política orientada a la satisfacción de las necesidades básicas debiera priorizar otras ramas de la economía, como la agricultura, la ganadería, la construcción de viviendas y los servicios, para satisfacer las necesidades de alimentación, vivienda, salud, educación y comunicaciones de toda la población. El industrialismo adquiere sentido una vez que estas necesidades básicas de todos se encuentren razonablemente satisfechas.

Si el objetivo es un pueblo bien alimentado, con buena salud, culto, bien comunicado, que viva en viviendas dignas, hay que orientar la producción y la actividad económica **directamente** hacia ello, y no esperar que resulte de un efecto de "chorreo" que tenga el desarrollo industrial, sobre todo si para acelerarlo hayan tenido que ser transferidos recursos desde el campo a la ciudad y desde los demás sectores hacia la industria.

Agreguemos a lo anterior que mediante la producción en serie y estandarizada propia de la gran industria, difícilmente se atiende adecuadamente a aquella variedad de necesidades, aspiraciones y gustos diferenciados que tienen las personas, ni menos a sus necesidades de carácter superior, culturales y relacionales. Mucho mejor puede lograr tal objetivo una artesanía moderna bien implementada tecnológicamente, y una estructura de servicios desconcentrada y estrechamente vinculada a los ambientes donde la gente vive y crea sus comunidades locales.

Tampoco la industrialización es un camino eficiente para crear empleos y conducir a la plena ocupación de los recursos humanos y materiales. Menos aún si de ella se priorizan aquellos sectores considerados más dinámicos y tecnológicamente avanzados. De todos los sectores, es la gran industria el que ocupa la menor proporción de fuerza de trabajo por unidad de capital. Son, por el contrario, aquellos mismos sectores que se orientan más directamente a la satisfacción de las necesidades básicas y a la generación de servicios fundamentales, los más intensivos en el empleo de trabajo humano.

En sociedades donde escasea el capital y es abundante la fuerza laboral, priorizar actividades intensivas en capital y que ocupan poca fuerza de trabajo es darle a los recursos un uso ineficiente. Esto vale incluso para el factor tecnológico, porque en la economía cuando se privilegia un sector se sacrifican los otros. Privilegiar la tecnología más sofisticada y de punta implica basar el desarrollo en el conocimiento y la información poseída por muy reducidos grupos de personas altamente especializadas, e inhibir las posibilidades de utilización o

desaprovechar de hecho el saber y el conocimiento de la mayoría de la población.

Concentrar la actividad productiva en grandes unidades empresariales conlleva, igualmente, que sean pocos los sujetos que toman decisiones, que organizan los procesos y de los cuales depende la vida de todos. La inmensa mayoría de las personas queda sujeta a las oportunidades que esos pocos organizadores de grandes unidades económicas les ofrezcan, dependiendo incluso sus ingresos fundamentales de que aquellos puedan o quieran ofrecerles un empleo. Nada más lejos de aquella autodependencia o control de las propias condiciones de vida, que se alcanza mediante el despliegue de las propias capacidades de satisfacer las propias necesidades.

Similares conclusiones podemos obtener analizando los otros elementos del desarrollo deseado. La experiencia enseña que la industria no es fuente de integración social ni de vida comunitaria, mientras que suele provocar masificación y elevada conflictualidad entre grupos sociales. La industrialización no elimina la explotación del trabajo, y las sociedades industriales se distinguen por graves desequilibrios ecológicos, demográficos y sociales. Estos fenómenos son aún más serios en los países subdesarrollados donde el esfuerzo por acelerar la industrialización lleva a concentrar la población en pocas pero gigantescas ciudades. Y en general, tampoco hay razones suficientes para asociar el desarrollo de la educación, la salud, la cultura, las comunicaciones y la mejor calidad de vida, con la industrialización moderna.

Junto con disociar el desarrollo de la industrialización, es preciso distinguirlo del proceso de acumulación de capitales, con el que también se acostumbra identificarlo. En realidad, tal identificación no es sino una consecuencia del haber previamente considerado el desarrollo como industrialización, ya que es éste el proceso que requiere consistentes niveles de acumulación y concentración de capitales, sea en manos de los empresarios privados o del Estado, para efectuar grandes y costosas inversiones.

En el limitado espacio de esta exposición no podemos detenernos en la argumentación analítica necesaria para precisar la relación existente entre desarrollo y capitalización. Nos limitaremos a sostener que una sociedad no es desarrollada porque disponga de abundantes capitales, sino porque ha logrado expandir las potencialidades de los sujetos económicos que la conforman. Ello requiere bienes económicos concretos y una adecuada dotación de recursos materiales y financieros; pero más importante que ellos son el desarrollo de las capacidades humanas, el aprendizaje de los modos de hacer las cosas, los conocimientos necesarios para organizar y gestionar los procesos, el saber científico y tecnológico disponible y su grado de difusión en la sociedad, la acumulación de informaciones crecientemente complejas, la organización eficiente de las actividades, por parte de los sujetos que han de utilizar los recursos sociales disponibles.

Para desarrollar todo esto se precisan ciertamente financiamientos y capitales; pero no concentrados en pocas manos,

sino **socialmente diseminados** por toda la sociedad, distribuídos en pequeñas proporciones entre numerosos sujetos -personas, asociaciones, comunidades- que poseen capacidades creativas, organizativas y empresariales, muchas de las cuales quedan inactivas allí donde los capitales están concentrados en pocas manos y la actividad productiva se realiza preferentemente en grandes industrias.

Más que capitales el desarrollo requiere la formación de nuevos comportamientos, de determinados hábitos de conducta, de grados crecientes de organización social, requeridos por la multiplicación de las informaciones y la creciente complejidad de las estructuras. La expansión de las capacidades de todos requiere que todos tengan acceso a los recursos financieros indispensables para realizar los proyectos e iniciativas que tengan. En otras palabras, el desarrollo exige que los capitales se pongan a disposición de las personas, y no que éstas se orienten a la acumulación de capitales sacrificando muchas veces sus necesidades y aspiraciones de perfeccionamiento. Estamos con esto en condiciones de comprender los aportes muy especiales que puede hacer la economía de solidaridad al desarrollo.

La economía de solidaridad en la perspectiva del desarrollo deseado.

Otro desarrollo significa otra economía. Examinemos, pues, en qué sentido y de qué manera la economía de solidaridad puede constituir aquella otra economía cuyo despliegue conduzca al desarrollo deseado.

Un desarrollo alternativo implica, ante todo, el desarrollo de los sectores sociales menos desarrollados económicamente. Pero no sólo de éstos sino de la sociedad en su conjunto conforme a la dirección que señala el concepto y los objetivos del desarrollo deseable. Veremos como en ambos sentidos la economía de solidaridad se presenta como un camino apropiado desde el cual puede efectuar una contribución sustancial, indispensable y eficiente. Para comprenderlo podemos ir confrontando la racionalidad y las características propias de la economía de solidaridad con aquellos elementos que definen el sentido y los objetivos del desarrollo deseado, o bien a la inversa, ir desprendiendo de los objetivos y elementos del desarrollo deseado aquellos modos de hacer economía que más directamente conduzcan a su realización.

El objetivo de la **satisfacción de las necesidades básicas de todos** exige una distribución justa y equitativa de la riqueza, que sólo puede ser lograda allí donde se dé la más amplia participación de todos en su producción. De todas maneras, habrá siempre determinadas personas y grupos que no tengan posibilidades de participar eficazmente en la producción, pero no por eso han de quedar excluidos de los beneficios de la economía, pues también ellos tienen derecho a vivir.

Por otro lado, para que la satisfacción de las necesidades

básicas de toda la población pueda quedar asegurada es preciso que una proporción elevada de la actividad se oriente a la producción de aquellos bienes y servicios que las satisfagan, lo que a su vez requiere que las personas puedan convertir sus necesidades en demandas efectivas incidiendo en las decisiones sobre qué producir y para quién hacerlo. Nada de ésto puede optimizarse si los agentes económicos deciden y actúan exclusivamente en función de su propio beneficio e interés individual. La satisfacción de las necesidades básicas de todos exige, por el contrario, que los sujetos económicos puedan asumir como propias también las necesidades ajenas, especialmente de aquellos más pobres.

Una dosis consistente de solidaridad en la producción, distribución, consumo y acumulación se hace entonces necesaria, tanto a nivel macroeconómico como en las unidades particulares y en el comportamiento de los diversos agentes económicos. Para avanzar en este objetivo un aporte relevante lo hacen aquellas experiencias que se proponen específicamente superar la pobreza mediante el despliegue de las capacidades y recursos de los mismos grupos que enfrentan serios problemas de subsistencia.

El objetivo de la **satisfacción de otras necesidades, diferenciadas** en función de las aspiraciones y deseos de las diversas personas y grupos, y en especial de aquellas **necesidades superiores** como son las de convivencia y relación con los demás, de participación e integración comunitaria, de desarrollo humano integral, de perfeccionamiento cultural y espiritual, plantea también exigencias de solidaridad en la economía. Gran parte de esas necesidades, en efecto, pueden satisfacerse mediante la misma realización comunitaria y asociativa del trabajo, de la gestión, del consumo y de las otras actividades económicas.

Por otro lado, es preciso que la economía proporcione aquellos bienes y servicios aptos para satisfacer las necesidades y aspiraciones diferenciadas de las personas, lo que plantea la exigencia de que los productores definan lo que producen y para quién producen atendiendo a los requerimientos de las personas, y no que les impongan productos estandarizados definidos en función de maximizar la rentabilidad del capital invertido. Las ideas del "trabajo para el pan", del "trabajo para un hermano", del "trabajo realizado en amistad", que expresivamente identifican el sentido de una economía consecuentemente solidaria, se presentan también representativas de la búsqueda de esta dimensión del desarrollo deseado.

Otro elemento del desarrollo al cual las formas económicas alternativas y solidarias pueden contribuir significativamente, se refiere al incremento de la disponibilidad general de recursos y en particular al logro de **crecientes niveles de empleo de la fuerza de trabajo y de los demás factores económicos**. Una interesante cualidad de la economía de solidaridad y trabajo consiste precisamente en su capacidad de movilizar recursos inactivos, particularmente fuerza de trabajo. Esto se torna económicamente viable porque las organizaciones solidarias operan con menores costos de factores y porque sus integrantes pueden

aportar y obtener valores y beneficios de otro tipo, que acrecientan la productividad y forman parte del beneficio global.

Estas mismas unidades económicas ponen en actividad capacidades creativas, organizativas y de gestión que se encuentran socialmente diseminadas y que nunca han sido económicamente aprovechadas. El saber y la creatividad popular son fuente de tecnologías apropiadas a los requerimientos de la economía de solidaridad y trabajo, y su aprovechamiento expande las capacidades organizativas y de gestión que naturalmente tienen las personas y grupos asociativos. Incluso la economía solidaria utiliza un factor especial, que hemos denominado "factor C" y que consiste en el hecho que la cooperación, el compañerismo, la comunidad y la solidaridad presentes en las empresas, incrementan su productividad global por efecto de la colaboración en el trabajo, del intercambio fluido de informaciones y conocimientos, de la adopción participativa de las decisiones, del compromiso con la empresa que determina la pertenencia a una comunidad de trabajo que se siente como propia, etc.

Todo esto pone a la economía de solidaridad operante en torno a un punto nodal de cualquier estrategia de desarrollo, toda vez que éste, como afirma A.O.Hirschman, "no depende tanto de saber encontrar las combinaciones óptimas de recursos y factores dados, como de conseguir para propósitos de desarrollo aquellos recursos y capacidades que se encuentran ocultos, diseminados o mal utilizados". (De **La estrategia del desarrollo económico**, F.C.E.,pág.16).

Otro objetivo del desarrollo lo identificamos en **relaciones sociales integradoras** no basadas en la explotación de unos sobre otros ni generadoras de una excesiva conflictualidad social. Esto es algo tan consustancial a la economía de solidaridad que poco podemos agregar, salvo señalar que cualquier incremento de la solidaridad en las diversas fases del proceso económico implica naturalmente superiores y más armónicas relaciones sociales.

En cuanto al logro de **mejores niveles de educación, salud y comunicaciones sociales**, cabe destacar que es precisamente en torno a la producción de los servicios necesarios para satisfacer estas necesidades que la economía de solidaridad tiene especiales ventajas comparativas. Estas son necesidades que tienen la cualidad muy especial de involucrar en su misma satisfacción a la comunidad en que las personas participan, y que en consecuencia se satisfacen en comunidades y grupos de mejor manera que individualmente.

La educación es normalmente un proceso grupal no sólo en cuanto suele realizarse en grupos o cursos sino, más profundamente, en cuanto el mismo grupo en que se realiza constituye un componente del proceso educacional mismo. Las personas nos desarrollamos unas a otras, aportándonos aquellas cualidades, conocimientos y habilidades que cada uno haya desplegado más amplia o profundamente.

Con la salud acontece algo similar: la buena salud de cada uno depende de la buena salud de aquellos con quienes se convive y

de la higiene comunitaria y ambiental; a la inversa, cada uno puede colaborar a la salud de los demás al mismo tiempo y a menudo con los mismos medios con que se preocupa de la propia.

En cuanto a las necesidades de comunicación, se trata por definición de algo que se satisface en la relación de unos con otros, la cual se perfecciona notablemente cuando ellas se establecen solidaria y comunitariamente.

En otras palabras, tanto en la producción de satisfactores adecuados de estas necesidades sociales como en su utilización y consumo la economía de solidaridad presenta ventajas comparativas importantes respecto a los demás sectores. A ello habrá que agregar que el mismo hecho solidario o comunitario tiene la muy especial característica de expandir y profundizar estas necesidades o aspiraciones por parte de las personas y comunidades, con lo que puede esperarse un incremento de las mismas que active la producción de los satisfactores adecuados, mediante el desarrollo de formas económicas en que la solidaridad esté presente de manera significativa.

En cuanto a los objetivos del **equilibrio ecológico** y de una **superior calidad de vida**, también ellos exigen la presencia de niveles crecientes de solidaridad y de integración comunitaria; pero este tema lo examinaremos ampliamente en el próximo capítulo.

El último elemento que consideramos en nuestro concepto de desarrollo deseado se refiere a la **autonomía** en la satisfacción de las necesidades, que se alcanza en la medida que desarrollemos nuestras propias capacidades para satisfacerlas. Tal independencia respecto a factores externos y el consiguiente **control de nuestras propias condiciones de vida** encuentra en la economía de solidaridad una importante posibilidad de realización. En efecto, la economía de solidaridad y trabajo involucra a las personas y comunidades como actores de su propio desarrollo.

Esto adquiere especial relevancia en función del desarrollo de los grupos sociales menos evolucionados económicamente, porque el modo más eficaz de enfrentar los problemas de los más pobres es promover solidariamente el surgimiento de organizaciones y unidades económicas populares centradas en el trabajo y la solidaridad, en que los mismos afectados por los problemas de subsistencia busquen la satisfacción de sus necesidades básicas mediante la organización y despliegue de iniciativas creadoras y comunitarias. Más que subsidios de desempleo, de vivienda, de salud, de alimentación, que ocupan recursos de modo no muy eficaz y que no involucran personalmente a los beneficiados en la superación de sus problemas, es conveniente privilegiar soluciones participativas y comunitarias, tales que los mismos necesitados desplieguen sus energías creadoras en la solución de sus problemas. Con ello se adueñan de su destino y satisfacen sus necesidades como fruto del propio esfuerzo, crecen humanamente y se integran efectivamente a la vida de la sociedad.

De este modo la economía de solidaridad y trabajo convierte a las personas, sus asociaciones y grupos de pertenencia en agentes fundamentales del desarrollo alternativo. Orientado por el

concepto de este otro desarrollo, desaparece la idea de que existirían determinados sujetos privilegiados que se constituyen en motores que es preciso provisionar de mayores recursos en función de su supuesta superior eficiencia. Existe plena evidencia de que los beneficios del desarrollo recaen en su gran mayoría sobre quienes lo realizan; pero si el desarrollo es verdadero sólo si involucra al conjunto de la sociedad; si es, como se afirma en la mencionada Encíclica, "el desarrollo de todo el hombre y de todos los hombres", no puede cumplirse sin la participación de todos como actores económicos relevantes. Tal es precisamente la orientación principal de la economía de solidaridad. Quienes buscan este desarrollo porque han comprendido que es el único efectivo y conveniente para nuestras sociedades, encuentran en la economía de solidaridad un camino y un modo apropiado de contribuir a su realización.

Capítulo 8. EL CAMINO DE LA ECOLOGIA.

Preocupación y conciencia ecológica.

En los últimos años se ha desarrollado notablemente la conciencia ecológica. La prensa y los medios de comunicación se han encargado de difundir masivamente informaciones y análisis sobre una serie de desequilibrios y deterioros del medio ambiente que nos amenazan con creciente intensidad.

El problema ecológico afecta al planeta tierra en su globalidad y se está agudizando en todos los planos. En efecto, está deteriorándose **la atmósfera** con la contaminación del aire por partículas y gases tóxicos que emanan de la combustión y el uso de energías impuras. Están afectadas **las aguas** de los ríos, lagos y mares que reciben todo tipo de residuos tóxicos, e incluso las aguas lluvias que devuelven a la tierra las impurezas del aire en el fenómeno conocido como "lluvia ácida". Se está contaminando **la tierra** sobre la que se derraman pesticidas y otros productos químicos de alta peligrosidad, y que se encuentra afectada por la deforestación y desertificación de extensas zonas geográficas. Existe un problema muy serio a nivel de **la estratósfera**, dado por el adelgazamiento de la capa de ozono que deja pasar los rayos ultravioletas en niveles muy superiores a los normales. Se están verificando cambios y desequilibrios en **los climas**, con efectos imprevisibles cuyas magnitudes potenciales aún desconocemos. Está sufriendo graves desequilibrios **la biósfera**, por la extinción de especies animales y vegetales que implican insospechadas pérdidas de material genético y deterioros en los delicados equilibrios biológicos. Emisiones descontroladas de radioactividad y energía nuclear están afectando **el planeta en su conjunto**, constituyendo un nuevo factor de preocupación y alarma.

Hasta hace algunas décadas el tema era planteado sólo por algunos pensadores que -cual profetas en el desierto- clamaban alarmados por los desequilibrios que se desencadenarían cuando pasado cierto punto crítico poco podría hacerse para detener su marcha destructora. Pronto se hicieron eco de esos llamados los autores de ciencia ficción o literatura de anticipación, que propusieron numerosos futuribles -futuros posibles- en que la especie humana podría verse entrampada si no cambia de rumbo la moderna civilización industrial.

La sucesión de hechos y procesos de deterioro ambiental llevaron luego a una toma de conciencia colectiva de que la denuncia no era alarmismo sin base. Grupos de universitarios y profesionales empezaron a hacerse cargo del asunto ecológico en sus dimensiones globales y organizaron agrupaciones, movimientos e incluso partidos políticos en torno a una ideología ecologista. Con ella la cuestión del medio ambiente adquirió plena visibilidad e incluso para algunos una visibilidad excesiva. En efecto, las ideologías se caracterizan por poner de manifiesto un cierto problema real, colocarlo en el centro de una concepción del mundo,

y "colorear" con sus tintes los análisis y propuestas de acción en cualquiera sea el campo y nivel de los asuntos que se enfocan.

La difusión social y el levantamiento político del tema ecológico impactó profundamente los ambientes científicos. Consecuentes con sus metodologías positivas numerosos centros de investigación se han dedicado a cuantificar y medir los niveles alcanzados por los desequilibrios ecológicos y a evaluar sus probables tendencias futuras. Así, hoy disponemos de suficiente evidencia empírica como para estar ciertos de que el deterioro ambiental amenaza muy seriamente la salud humana.

Del problema no ha estado ausente tampoco la dimensión religiosa, levantada con creciente insistencia por elaboraciones teológicas de variada procedencia que destacan la "sacralidad de la creación", recientemente estimuladas por pronunciamientos y documentos pontificios que formulan la necesidad de nuevas relaciones con el medio ambiente fundadas en una superior valoración de la naturaleza.

Ha llegado finalmente el tiempo de las decisiones, cuyo comienzo ha sido la definición de políticas ecológicas y medio ambientales por parte de los poderes públicos. Un poco en todo el mundo los gobiernos están tomando medidas para enfrentar ciertos aspectos, los más visibles e impactantes, del problema. Como es natural, en la definición de las políticas convenientes se rompe el consenso que existe sobre la gravedad del problema, pues se hacen presente, junto a las concepciones ideológicas que atribuyen distintas funciones al Estado y a la iniciativa individual, los diferentes intereses de quienes han de resultar inevitablemente afectados.

Están siendo aplicadas diversas **políticas**. En algunos casos se trata simplemente de prohibir la operación de ciertos agentes contaminantes. En otros se busca limitar un cierto problema estableciendo impuestos especiales a las actividades que lo generan, transfiriendo al menos una parte de los costos de la solución de un problema a quienes lo causan. Se aplican también políticas de incentivo, que establecen beneficios especiales y exenciones tributarias a las empresas que se establecen en zonas geográficas no críticas, o premios a la introducción de instrumentos técnicos que hagan disminuir un problema determinado. Mediante fondos y subsidios especiales, se fomenta también el diseño e implementación de tecnologías ecológicamente más refinadas.

A nivel de la **sociedad civil** se desarrollan también acciones tendientes a enfrentar el problema, de las cuales los movimientos ecologistas y organizaciones especialmente preocupadas de la cuestión se han hecho promotoras. Estas acciones suelen desplegarse en dos planos: el de la denuncia de situaciones puntuales y la concientización sobre el problema global, y el de ejecución de acciones directas que aportan a limitar ciertos deterioros y desequilibrios medioambientales, como pueden ser, por ejemplo, la plantación de árboles, el salvataje de ejemplares de especies en vías de extinción, el reciclaje de desechos, etc.

¿Conducen estas políticas y acciones a una efectiva superación del problema? ¿Son suficientes para hacer frente a desequilibrios tan complejos que afectan globalmente a nuestro planeta?

Por cierto, se trata de políticas y acciones indispensables que en algo contribuyen a enfrentar el problema. Sus efectos, sin embargo, son claramente insuficientes. Respecto a la acción del Estado cabe señalar que existe creciente evidencia de que el problema ha adquirido dimensiones tan amplias y que se encuentra tan estrechamente conectado a las dinámicas económicas y culturales, que no podrá ser superado por ninguna combinación de medidas públicas que resulten económica y políticamente viables en el marco de las actuales estructuras y organización de la economía. Sean restrictivas o de incentivo, para que las medidas lleguen a tener un impacto significativo sobre el problema global debieran ser muy drásticas y afectar muchísimas actividades y procesos, implicando costos excesivos. A ello se agrega que, por su naturaleza misma, el problema ecológico trasciende los ámbitos en que tienen vigencia y efecto las decisiones de los Estados nacionales.

En cuanto a la acción directa de los grupos ecológicos su importancia tiene que ver más con su carácter testimonial y concientizador que con su efectivo impacto sobre el medio ambiente. Es necesario observar que cualquier acción particular orientada directamente a modificar la naturaleza con el objeto de restablecer algún equilibrio perdido o de detener algún deterioro en curso, por amplia y poderosa socialmente que pueda llegar a ser, difícilmente podrá alcanzar efectos significativos: los fenómenos y fuerzas de la naturaleza son tan poderosos que la acción del hombre resulta desproporcionadamente pequeña. Lo demuestra el mismo problema ecológico causado, en realidad, por la inmensa cantidad de energías desplegadas por el conjunto de los procesos de producción y consumo que desarrolla la humanidad extendida por todo el mundo. Cabe preguntarse, además, acaso disponemos del conocimiento suficiente sobre los delicados automatismos de la naturaleza como para saber los modos de reequilibrarla actuando directamente sobre ella.

La cuestión ecológica se nos presenta, así, sobrepasando nuestras capacidades de enfrentarlo. ¿Significa ésto que no podamos hacer nada y que, en definitiva, estamos perdidos? No es la conclusión necesaria de este análisis. Si nos quedáramos en la comprensión de la magnitud del problema y de la insuficiencia de los medios empleados hasta ahora para enfrentarlo, caeríamos en la desesperanza y en la pasividad que se deriva de ella. Para superar tal estado de ánimo **es necesario disponer de una teoría de la cuestión ecológica** que nos lleve a comprender las verdaderas causas del problema y los modos de removerlas.

Para una teoría de la cuestión ecológica. La relación entre economía y ecología.

El problema ecológico surge en la relación del hombre con la naturaleza; una relación que a diferencia de la que establecen con ella los animales no es directa y natural. Las especies animales obtienen y extraen lo que necesitan de la naturaleza tal como lo encuentran y en la forma en que ella se los proporciona. Lo consumen naturalmente y le devuelven también naturalmente los residuos. Se cobijan donde ella se los permite y la modifican apenas abriendo cuevas o haciendo nidos. No sucede así con el hombre.

La relación de éste con la naturaleza no es inmediata: está mediatizada por la economía. Entre el hombre y la naturaleza se levantan, en efecto, los complejos y dinámicos procesos de producción, distribución, consumo y acumulación. La economía es, en esencia, **un proceso de intercambio vital entre el hombre y la naturaleza**, por el cual ambos resultan transformados. Es precisamente porque entre el hombre y el medio ambiente media la economía, que la ecología se constituye como **problema**.

Hasta hace algunos años existía una concepción optimista de este proceso de transformación. Se suponía que la acción del hombre sobre el medio significaba un proceso de **humanización del mundo**, resultante de la incorporación de lo humano en el mundo natural. Mediante su inteligencia, imaginación, creatividad, ciencia y trabajo, el hombre convertiría el paisaje natural en un paisaje humano, supuestamente superior en atención a la naturaleza superior del hombre mismo. El más brillante exponente de esta concepción optimista fue Teilhard de Chardin, aunque ha de reconocerse que la visión de un progreso constante y seguro ha sido la ideología predominante en toda la época moderna. No ajena a esta perspectiva es la idea que mediante la ciencia, la tecnología y el trabajo, los hombres adquieren un creciente e indefinido **control y dominio** de las fuerzas naturales.

El problema ecológico ha venido a cuestionar radicalmente esta hipótesis progresista. Los deterioros del medio ambiente nos hacen descubrir dolorosamente que el proceso de transformación de la naturaleza por la tecnología y el trabajo humano no siempre resulta positivo, pudiendo al contrario provocar desequilibrios que afectan al hombre mismo y que podrían incluso destruir la habitabilidad de la tierra. Con pleno realismo habría que admitir que la acción del hombre sobre la naturaleza tiene simultáneamente efectos positivos y negativos, ambos probablemente crecientes. Como enseña el Evangelio, el trigo y la cizaña crecen juntos en razón de la naturaleza ambivalente del propio ser humano sujeto de la acción.

Pues bien, si la transformación de la naturaleza y del hombre que se verifica a través del intercambio vital entre ambos puede ser humanizador y destructor al mismo tiempo, decisivo será **el modo** en que se efectúe. Si la relación entre el hombre y la naturaleza está mediatizada por la economía, la transformación

positiva o negativa del medio ambiente dependerá fundamentalmente del **modo de hacer y organizar la economía**. La comprensión de ésto permite ubicar la cuestión ecológica en su verdadera dimensión: se trata de un problema **de** la economía. Ponerlo en este plano, que es el de su causa, y no en la naturaleza, donde se manifiesta en sus efectos, abre a los hombres la posibilidad de controlarlo realmente. Porque **el hombre puede controlar la economía, que depende de él mismo, pero no puede controlar la naturaleza que lo sobrepasa y de la cual es sólo una parte**.

Observemos de paso que la íntima relación entre la economía y la ecología ha quedado cristalizada en el lenguaje por la común etimología de ambas palabras, que si bien se las entiende, significan lo mismo y nos hacen descubrir que la **oikos**, nuestra casa, es la naturaleza transformada por el trabajo de todos.

Un modo antiecológico de hacer economía.

Si la ecología depende de la economía, la existencia de un serio problema ecológico pone de manifiesto la existencia de muy serios problemas en la economía tal como se encuentra organizada actualmente, al tiempo que plantea la necesidad y urgencia de desarrollar otros modos de organizarla. ¿Qué aspectos de la organización económica actual son cuestionados por la ecología? ¿Qué requerimientos y exigencias formula la ecología a una economía que quiera mejorar el medio ambiente y salvar la naturaleza? Empecemos por la primera pregunta, que nos entregará preciosas indicaciones para responder la segunda.

En realidad el deterioro del medio ambiente tiene causas múltiples y está siendo provocado desde las cuatro grandes fases del circuito económico: la producción, la distribución, el consumo y la acumulación.

Desde la producción, una causante del desequilibrio ecológico radica en el gran tamaño que han alcanzado numerosas industrias, que utilizan volúmenes gigantescos de recursos naturales y que son movidas por cantidades enormes de energía altamente concentrada en reducidos espacios. En las industrias los recursos naturales son procesados indiscriminada y masivamente; se aprovechan de éstos solamente algunas de sus cualidades, debiéndose eliminar y homogenizar sus otras propiedades mediante procesos químicos de intensa potencialidad transformadora. Ello genera una gran cantidad de residuos que contaminan las tierras y aguas y hace emanar abundantes gases que polucionan el aire y la atmósfera. Adicionalmente, el alto nivel de concentración de la producción en los reducidos espacios urbanos implica el transporte altamente dispendioso de energía contaminante, de grandes masas de recursos naturales desde sus lugares de origen hasta los lugares donde son procesados, y desde éstos hasta donde los productos serán consumidos.

Desde el proceso de distribución, una causa del deterioro ambiental reside en la muy desigual repartición de la riqueza que lleva a la configuración de zonas geográficas que abundan en

bienes mientras otras permanecen en la pobreza. Al respecto es importante considerar que tanto la extrema riqueza como la extrema pobreza son contaminantes. Los grupos sociales muy ricos contaminan por el exceso de energía material que utilizan y la gran cantidad de desechos que generan. Los extremadamente pobres concentrados en zonas densamente pobladas de precaria urbanización, se ven obligados a utilizar combustibles naturales de bajo rendimiento y carecen de medios para cuidar y limpiar su medio ambiente inmediato.

Pero la causa principal de deterioro ecológico desde el proceso de distribución deriva del hecho que cada sujeto económico opera en el mercado en función de su propia utilidad, sin atender a los requerimientos comunitarios ni responsabilizarse de los efectos que sus decisiones tengan sobre el entorno. Si cada sujeto toma sus decisiones económicas buscando su propio y exclusivo interés, el logro del bien común, el cuidado del medio ambiente, la preocupación por el futuro colectivo, son dejados bajo la responsabilidad del Estado y las autoridades; pero al mismo tiempo se busca limitarlas en sus atribuciones y, por amplias que llegaren a ser, no están en condiciones de asegurar un medio ambiente equilibrado y sano que sólo puede lograrse con el concurso activo y permanente de toda la comunidad.

Desde el proceso de consumo el deterioro ecológico es generado básicamente por el fenómeno conocido como "consumismo". Este consiste en la desproporcionada utilización de cosas para satisfacer necesidades y deseos exacerbados, subdivididos al extremo, nunca apagados por bienes que son desechados antes de prestar toda su utilidad, reemplazados prematuramente por otros cada vez más sofisticados que pronto quedan también obsoletos. El consumismo fuerza a un crecimiento desmedido de la producción, con la consiguiente depredación de los recursos naturales y de energías no renovables, y da lugar a una sobreabundancia de desechos que se vierten en la naturaleza.

También el proceso de acumulación en la forma que actualmente se realiza se convierte en fuente permanente de deterioro ambiental. Cada sujeto económico busca apropiarse individual y privadamente del máximo de cosas, energías, tierras, aguas, árboles, etc., pues ve en ellos la garantía de su futura seguridad y la fuente de su prestigio y éxito. Una cultura del "tener" que lleva a valorar las personas por la cantidad de cosas que poseen y no por la calidad de sus capacidades, orienta hacia formas de acumulación concentradoras de riqueza y de fuerzas productivas, sobre las cuales los sujetos adquieren derechos de uso y abuso que no garantizan su conservación y permanencia.

Comprender que las fuentes del deterioro ecológico están presentes en aspectos tan centrales de cada una de las fases del proceso económico tal como se encuentra actualmente organizado lleva a concluir que este modo de hacer economía **no es ecológicamente viable**: deberá ser reemplazado en el futuro, cuando el deterioro del medio ambiente resulte insoportable o excesivamente costoso en términos del bienestar y la calidad de

vida.

Pero no es necesario esperar que ello se verifique en extremo para intentar un nuevo rumbo. Por el contrario, mientras más se postergue el cambio, más graves serán las consecuencias y más difícil resultará la recuperación. Por ello, de la preocupación por la ecología surge ya actualmente un camino de búsqueda de nuevas formas de hacer economía, nuevas maneras de producir, distribuir, consumir y acumular. Ellas se orientan, también, en la perspectiva de la economía de solidaridad. Veamos, en efecto, cuáles son los requerimientos que pone la ecología a la economía y en qué medida la economía solidaria puede satisfacerlos.

La economía de solidaridad: un modo ecológico de hacer economía.

Cuando se introduce la solidaridad en la economía y se la pone al centro de los procesos de producción, distribución, consumo y acumulación, las actividades económicas se tornan ecológicamente sanas. Para que la economía no implique un deterioro del medio ambiente sino la transformación humanizadora y armoniosa de la naturaleza es preciso, en efecto, que al producir y trabajar, al utilizar los recursos y energías naturales, al apropiarnos de la riqueza y distribuirla socialmente, al consumir los productos necesarios para nuestra satisfacción, al generar y acumular los excedentes que nos sirvan en el futuro, nos preocupemos de los efectos que tienen nuestras decisiones y actividades sobre los demás y nos hagamos responsables de las necesidades de toda la comunidad, incluidas las generaciones venideras.

Así lo están empezando a experimentar quienes han comprendido los orígenes y profundidad de los problemas ecológicos y buscan consecuentemente los medios eficaces para superarlos. Tales búsquedas vienen a coincidir en la misma dirección en que procede la economía de solidaridad. Esta, en efecto, tiende a revertir de hecho cada uno de los aspectos que en la economía actual generan desequilibrios ambientales. Veamos el modo en que lo comienzan a hacer.

El privilegiamiento de la **escala humana**, de la producción y organización de las actividades en dimensiones pequeñas, controlables por las personas y comunidades que las organizan, genera un proceso de desconcentración de la producción. Las actividades productivas no se concentran en reducidos espacios de alta densidad energética pues se disemina en las casas, barrios y comunidades. Como éstos lugares constituyen el medio ambiente inmediato de quienes organizan y ejecutan la producción, los efectos medioambientales de ésta recaen directa e inmediatamente sobre quienes los causan, llevándolos a preocuparse y responsabilizarse de ellos porque los sienten, perciben y sufren en carne propia.

La producción desconcentrada y efectuada en pequeña escala implica asimismo un uso diferente de los recursos naturales y de

las fuentes energéticas. Por un lado, los elementos materiales no son utilizados indiscriminada y masivamente sino aprovechados atendiendo a sus características y cualidades particulares. Por otro, el proceso elaborativo se verifica mediante procesos transformadores de menor intensidad mecánica y química, y se hace posible el aprovechamiento de fuentes energéticas alternativas y renovables. Además, las emanaciones y desechos de la producción son menores en cada lugar y pueden ser controlados y canalizados de mejor manera, o son directamente reciclados. La actividad productiva se adapta mejor al medio ambiente local y aprovecha los microclimas sin alterarlos.

Las necesidades de transporte, siempre dispendiosas de energías contaminantes, se reducen notablemente, sea porque los recursos e insumos tienden a ser encontrados en el medio local, o porque una mayor parte de los productos están destinados a consumidores cercanos al lugar de producción. Los mismos trabajadores de las pequeñas unidades económicas viven cerca y llegan caminando o en bicicleta a sus lugares de trabajo.

Del mismo modo, cuando el proceso de distribución se realiza con importantes contenidos de solidaridad, la riqueza resulta distribuida más equitativamente, reduciendo las posibilidades del enriquecimiento excesivo de algunos y evitando la extrema pobreza de muchos que, como vimos, tienen ambos efectos contaminantes.

Por otro lado, cuando las decisiones económicas de los sujetos son tomadas no atendiendo exclusivamente a la propia utilidad sino considerando las necesidades ajenas y haciéndose responsables de los efectos de las propias decisiones y acciones sobre la comunidad -cuando se internalizan las externalidades, como dirían los economistas-, las exigencias del medio ambiente y la ecología quedan salvaguardadas.

Además, cuando una parte importante de los flujos y transferencias económicas se efectúa en base a relaciones integradoras de reciprocidad, comensalidad y cooperación, tiende a primar el beneficio común por sobre el interés individual, y el bienestar personal se asocia íntimamente a la calidad de vida que alcance la comunidad en que se participa.

Al tomarse las decisiones en forma participativa se descubre que la libertad de cada uno debe respetar la libertad de los otros, que la utilidad personal no puede atentar contra el bienestar colectivo, que navegamos en un mismo barco que unifica nuestro destino y del que somos en común responsables. El intercambio que efectuamos con equilibrio entre las personas y en la comunidad nos lleva a comprender la necesidad de que también nuestro intercambio vital con la naturaleza sea equilibrado; que si extraemos de ella lo que necesitamos para vivir hemos también de actuar con reciprocidad para que también ella viva, respetándola, cuidándola, compensándola, nutriéndola según sus propias necesidades.

En cuanto al proceso de consumo, importante ecológicamente pues de él depende la cantidad y tipo de desechos y objetos de todo tipo que devolvemos a la naturaleza después de utilizarlos en la satisfacción de nuestras necesidades y deseos, la economía de

solidaridad manifiesta una racionalidad perfectamente coherente con los requerimientos de un medio ambiente sano y equilibrado. La ecología, en efecto, plantea al respecto variadas exigencias. Básicamente, la conveniencia de una disminución de los niveles de consumo de ciertos tipos de bienes, y también un cambio en el modo de consumir. Ambos aspectos están relacionados y sólo si los vemos en su conexión podremos comprender que no necesariamente consumir menor cantidad de ciertos productos implica una disminución del bienestar, pudiendo incluso conducirnos a una superior calidad de vida. Entenderlo así es crucial, pues si los cambios han de ser significativos y duraderos es preciso que no sean formulados en términos negativos, como simple restricción, sacrificio o limitación del consumo, sino enmarcados en una búsqueda orientada a mejorar la calidad de vida mediante el desarrollo de nuevas formas de consumir. En este sentido, el **buen consumo** que postula y busca la economía de solidaridad es un consumo perfeccionado: más humano, saludable y ecológico.

Si el consumo es la satisfacción de las necesidades y deseos de la gente mediante la utilización de los bienes y servicios producidos económicamente, perfeccionarlo implica ante todo trabajar el tema de las necesidades y motivaciones de las personas y grupos sociales que se constituyen como consumidores. El hombre, ser de necesidades y aspiraciones infinitas, no las tiene todas predeterminadas y fijas sino que, por su dimensión espiritual inherente está abierto a siempre nuevas y más amplias perspectivas. Por su vocación a la libertad, es él mismo quien está llamado a definir aquella combinación entre los varios tipos de necesidades y deseos -fisiológicos y culturales, de autoconservación y de convivencia- que le signifiquen una superior calidad de vida y una más plena autorrealización. Un proceso de maduración en tal sentido ha de conducirnos a comprender que las necesidades y deseos que satisfacemos cuando nos afanamos en el consumismo están lejos de significar un bienestar razonable. La experiencia enseña que una mejor integración de la personalidad conduce a una simplificación de aquellas necesidades y deseos que suelen satisfacerse con la posesión y el uso de bienes materiales; una cierta moderación y equilibrio en el consumo de diversos tipos de productos conduce por tanto a una mejor satisfacción. En efecto, nuestras necesidades y deseos pueden resultar mal satisfechos tanto por carencia como por exceso, como lo ejemplifica la experiencia universal de sentirnos mal tanto cuando nos alimentamos pobremente como cuando comemos demasiado. Esto se aplica, en verdad, al consumo de cualquier tipo de bienes.

El buen consumo implica también adecuar mejor los bienes y servicios que utilizamos a las reales necesidades, aspiraciones y deseos que nos mueven. Poner los bienes al servicio nuestro y no ponernos tras la posesión y consumo de todas las cosas nuevas que propone el mercado. Sobre todo, no llenarnos de objetos y artefactos cuyo exceso daña la salud y cuya producción daña la naturaleza, y destinar tiempo y recursos a buscar y utilizar aquellos bienes y servicios que satisfacen las necesidades

relacionales, culturales y espirituales a las que solemos prestar insuficiente atención.

Se logra también perfeccionar el consumo utilizando los bienes de manera más completa y eficiente, evitando sustituirlos prematura e innecesariamente, de modo que obtengamos de cada uno de ellos el máximo de satisfacción de nuestras necesidades. Un aprovechamiento más completo de los bienes puede lograrse a menudo mediante su consumo comunitario: compartiendo un mismo bien muchas personas pueden satisfacer sus necesidades y el producto llega a prestar más plenamente su utilidad potencial. Un poco de parsimonia y bastante menos despilfarro pueden llevarnos a niveles significativamente superiores de calidad en el consumo, con reales impactos positivos para nuestra salud, economía y medio ambiente.

El modo solidario de acumulación es también ecológicamente apropiado, resultando de él un tipo de desarrollo económico que respeta las exigencias de la naturaleza y el medio ambiente. La acumulación consiste, básicamente, en el incremento de los recursos y fuerzas productivas con el objeto de reproducir crecientemente los procesos productivos y de asegurar la satisfacción de las necesidades en el futuro. Pero podemos asegurar el futuro de distintas maneras, acumulando y desarrollando diferentes tipos de bienes y de fuerzas.

En efecto, podemos asegurar el futuro acumulando riqueza y bienes materiales o concentrando poder, pero también desarrollando nuestras capacidades y participando en comunidades y organizaciones que nos protegen. Cuando estamos solos y aislados nuestra vida depende casi completamente de lo que poseamos individualmente; el individualismo exagerado acrecienta nuestra inseguridad al ponernos unos frente a otros como competidores que nos amenazamos recíprocamente. Ello nos orienta hacia la posesión y acumulación individual de cosas, riqueza y poder. La existencia de una más alta solidaridad entre las personas y en la sociedad, por el contrario, reduce considerablemente la incertidumbre y la inseguridad respecto al futuro. Cuando estamos integrados en comunidades solidarias, junto con ver disminuida nuestra inseguridad nos orientamos naturalmente a enfatizar el desarrollo de las capacidades y recursos humanos y de las relaciones sociales integradoras, por sobre la posesión de cosas y la acumulación de poder. Paradójicamente al poner más solidaridad en la economía hacemos menos incierto el futuro y nuestra atención se centra en el presente, con el resultado de que el futuro de cada uno y de todos queda mejor asegurado; al contrario, cuando el individualismo exacerba nuestra preocupación por el futuro somos inducidos a acumular hoy mucho más de lo que necesitaremos después, y en los hechos nuestro futuro y las generaciones venideras quedan amenazadas por nuestra actual avidez.

Concluimos, pues, que la incorporación de mayor solidaridad en las distintas fases de la economía global y el desarrollo de formas económicas que producen, distribuyen, consumen y acumulan de manera más consecuentemente solidaria, muestran y abren un camino real hacia la ecología.

Capítulo 9. EL CAMINO DE LA MUJER Y DE LA FAMILIA.

Familia, mujer y trabajo en la economía tradicional.

Los cambios que han afectado y continúan verificándose en la situación de la mujer, en la relación entre los sexos y en la organización de la familia, constituyen un proceso de transformación cultural que podemos considerar entre los más importantes de nuestra época. Con ellos una serie de nuevos fenómenos y tendencias aparecen en la vida cotidiana, en los comportamientos y relaciones sociales y también en las actividades económicas y políticas. Veamos por qué y en qué forma estos cambios que afectan la situación de la mujer y la familia abren un camino nuevo hacia la economía de solidaridad y trabajo.

Tradicionalmente y desde muy antiguo la diferenciación de sexos ha comportado una distinción de funciones y roles en la vida familiar, social, económica y política. No es el caso ni es posible analizar aquí las formas particulares de estas diferencias, que no han tenido siempre el mismo sentido y contenidos en las distintas épocas y culturas que se han sucedido históricamente. Pero casi siempre significaron para la mujer una dedicación especial a la vida doméstica y familiar, a la crianza y educación de los hijos, a los problemas de higiene ambiental y de salud, a las relaciones sociales del entorno comunitario local.

Ahora bien, esta atención preferencial a la casa y su entorno, esta particular centralidad de la mujer en la familia y en la comunidad, tenían un significado muy distinto al que adquiere la dedicación de la mujer a la vida doméstica y familiar en el contexto de la actual sociedad industrial y urbana. Ello en razón de que la familia y la vida doméstica tenían tradicionalmente un sentido, una importancia, una extensión e intensidad muy diferentes a las que tienen actualmente.

La familia era entonces realmente la célula fundamental de la sociedad. Se trataba de una familia extensa, grande, constituida por al menos tres generaciones, con numerosos hijos y amplias ramificaciones, habitando en una o varias viviendas en un mismo lugar. En torno a ella giraba el trabajo y gran parte del proceso de reproducción de la vida económica y social, que se desenvolvía para la inmensa mayoría de la gente en el campo o en pueblos, aldeas y ciudades pequeñas altamente integradas. La unidad económica predominante era la propiedad agrícola, pequeña, mediana o grande, explotada por familias extensas conforme a una lógica que orientaba la actividad a la satisfacción de las necesidades de consumo y a la reproducción y mejoramiento de las condiciones de existencia de sus integrantes. Tales unidades económicas encontraban una primera y fuerte articulación a nivel comunitario, en alguna forma de comunidad local que las insertaba en una estructura comunal o microregional conforme a complejas relaciones económicas, sociales y culturales.

En la familia y en la comunidad local se cumplían

simultáneamente y de manera notablemente integrada las funciones de producción, distribución, consumo y acumulación. La familia era el fundamento de muchas actividades productivas, de manera que en torno a ella se articulaban tanto los recursos económicos disponibles como los objetivos de la actividad económica. Compuesta por los padres, hijos, abuelos, nietos, otros parientes y allegados, la familia era la principal unidad de trabajo y el sujeto básico de las relaciones económicas con el entorno. Todos los miembros de la familia en condiciones de cumplir labores útiles encontraban ocupación en diferentes tareas. Entre los componentes de la familia se estructuraba una cierta división elemental del trabajo, en función de las capacidades personales, del sexo y la edad, de las relaciones de parentesco, y de las decisiones que adoptaran los jefes de familia en orden a satisfacer los distintos requerimientos de la producción. Se diferenciaban así el trabajo de los hombres, de las mujeres, de los niños y de los ancianos.

La participación de toda la familia en la producción incluía actividades de la más variada índole: el trabajo en la chacra en todos sus aspectos y diferencias estacionales; el pastoreo y crianza de ganado y aves; la preparación y conservación de comida y bebida; la construcción, mantención, reparación y mejoramiento de las viviendas e instalaciones; el tejido y algunas labores artesanales; el cuidado de los enfermos y la participación en actividades ceremoniales y sociales, etc. La distinción entre trabajo productivo y actividades vitales útiles resultaba difícil de hacer, dada la integración que se establecía entre los distintos aspectos de la subsistencia y reproducción de la vida familiar. La noción de "empleo" es obviamente inadecuada para referirse a la fuerza de trabajo en aquellas condiciones. Tampoco existía la desocupación, pues toda la fuerza de trabajo disponible era utilizada en el proceso productivo, cualquiera fuese el rendimiento de las personas. No trabajar se entendía como vagancia.

En ocasiones se utilizaba trabajo externo al grupo familiar, en ciertas actividades económicas y en ciertos períodos del año en que los requerimientos de actividad sobrepasaban las disponibilidades de la fuerza de trabajo familiar. Algunos integrantes de las familias realizaban también trabajos fuera del hogar o trabajaban para otros, cuando sus propios medios y recursos eran insuficientes para proporcionar lo necesario a la subsistencia, y en períodos estacionales en que los requerimientos de trabajo eran menores a su disponibilidad. Pero las actividades económicas principales eran las que se realizaban en el hogar o en su entorno inmediato. La necesidad de trabajar para terceros en forma asalariada caracterizaba a los extremadamente pobres y a quienes no habían superado la situación de servidumbre. Durante milenios, vivían de un salario solamente los más pobres entre los pobres: los que no tenían una economía doméstica autosuficiente y que no estaban en condiciones de autosustentarse y asegurar la subsistencia de sus familias. La economía familiar y el trabajo autónomo de subsistencia eran lo principal, y sólo se recurría a

la oferta de la fuerza de trabajo propia, o sea a la economía heterónoma del trabajo asalariado o dependiente, cuando aquella se tornaba insuficiente.

En cuanto a la gestión de la actividad económica, las decisiones fundamentales eran tomadas por el jefe de familia, que asumía la principal responsabilidad tanto de la familia en cuanto unidad social como de los recursos materiales que componían la unidad económica. Cabe advertir, sin embargo, que la toma de decisiones respecto a la asignación de la fuerza de trabajo familiar en las distintas tareas y actividades se encontraba habitualmente separada entre los padres: el hombre organizaba el trabajo en la producción, decidiendo quienes participaban y cómo lo hacían, mientras la mujer organizaba los trabajos de apoyo a la producción (mantención de equipamiento, crianzas de corral, preparación y conservación de alimentos, etc.), el abastecimiento y la comercialización de los productos de la chacra en la comunidad local, el consumo y algunos servicios esenciales (salud, educación, etc.). Ello requería una coordinación y entendimiento que hacía que la dirección del proceso fuera a menudo compartida.

En síntesis, la dedicación preferencial de la mujer a las actividades domésticas y familiares no implicaba un vaciamiento de contenido económico y productivo, porque la economía era fundamentalmente doméstica y familiar.

La división sexista del trabajo en la sociedad industrial.

Todo esto cambió sustancialmente con el advenimiento de la producción industrial. El hecho decisivo fue la concentración de la producción y las actividades económicas en unidades especializadas, separadas de la vida familiar y comunitaria, o sea el surgimiento de las fábricas, empresas, instituciones y negocios que se dedican a la producción y comercialización de bienes y servicios diferenciados según rubros y especialidades. Tales empresas se constituyen como unidades de inversión de capital que buscan su máxima rentabilidad mediante la organización de procesos productivos en gran escala, estandarizados, estructurados conforme a una racionalidad económica y técnica que aplica sistemáticamente el conocimiento científico especializado, y que dirige la producción hacia el consumo del público en general constituido en mercado consumidor, a través de flujos y relaciones de intercambio.

La concentración de la producción en unidades empresariales especializadas impactó profundamente la estructura y contenidos de la vida familiar, afectando especialmente la condición de la mujer. En efecto, el funcionamiento de la fábrica requiere la ejecución de una gran cantidad de tareas de bajo contenido intelectual y de elevada utilización de energía física y muscular, a cuya realización se dedicó principalmente el varón constituido en obrero industrial. Muchas de esas actividades pueden ciertamente ser ejecutadas con similar destreza por la mujer; pero diversas razones convergieron en que fuera el hombre quien inició el proceso de alejamiento del hogar para trabajar en el mundo de

las empresas e instituciones. Ya era él quien en las tareas productivas y comerciales tradicionales se alejaba más de la casa y de su entorno comunitario, de manera que no es difícil entender por qué la fuerza de trabajo de las fábricas y empresas estuviese mayoritariamente constituida, especialmente en las primeras fases de la industrialización, por jóvenes del sexo masculino. Los requerimientos de continuidad laboral en el tiempo, sea en cuanto al elevado número de horas por día como en relación a su no interrupción a lo largo del año, ponía a la mujer en condiciones desventajosas debido a su especial dedicación a las actividades relacionadas con la alimentación y el cuidado de los hijos y a las interrupciones del embarazo y la maternidad.

En las primeras etapas de la industrialización y el capitalismo se produjo una fractura radical en la familia entendida como unidad de trabajo y gestión de actividades económicas. La distinción de roles y funciones entre los sexos se exacerbó, pasando el hombre a constituirse en el principal proveedor de los ingresos necesarios para el consumo familiar, obtenidos con el trabajo asalariado y dependiente, y la mujer a responsabilizarse casi exclusivamente de las actividades domésticas.

La concentración de las actividades productivas en las empresas, fuera del hogar, redujo sustancialmente el contenido económico de la vida familiar. Esta perdió gran parte de su autosuficiencia productiva, y los bienes y servicios indispensables para la satisfacción de las necesidades pasaron a ser obtenidos en el mercado, donde las empresas ofrecían su producción a precios fijados monetariamente. La generalización del mercantilismo llevó a considerar como verdadero trabajo sólo aquél por el cual se obtenía una remuneración monetaria, y como verdadera producción sólo aquella que generaba bienes o servicios para el mercado. El trabajo se identificó con el empleo y la condición de trabajador fue reconocida sólo a aquellos que ofrecían y colocaban su fuerza de trabajo en empresas o instituciones que los contrataban a precios definidos. El trabajo doméstico y el comunitario, por más bienes y servicios que produjeran para satisfacer las necesidades de los miembros de la familia o de la comunidad, dejó de ser considerado trabajo real. Adquirió la no siempre deseable característica de la "invisibilidad".

Las repercusiones de estos cambios sobre la estructura, composición y vida de la familia no fueron menos relevantes. La familia fue restringiéndose a la llamada familia nuclear, que se considera completa cuando está constituida por una pareja de adultos y un cada vez más reducido número de hijos. Se constituye una familia en base a cada hombre (o eventualmente mujer) que provisiona ingresos que alcancen para sostener un pequeño hogar. Los hijos no trabajan hasta una edad en que pueden ser empleados, prolongándose el período de su educación e instrucción, considerado necesario para realizar actividades de mayor jerarquía en el marco de la economía empresarial o institucional. Más tarde, desde cierta edad que en la mayoría de los casos no coincide con

alguna real incapacidad laboral, las personas dejan de estar empleadas, entrando en situación de pensionamiento conforme a las leyes que regulan las relaciones laborales y la seguridad social. El total de dependientes inactivos aumenta, lo que no impide que aparezcan además la desocupación y la cesantía.

La baja remuneración del trabajo que muchas veces no alcanza para cubrir las necesidades del núcleo familiar, así como el requerimiento que tiene la propia economía de ver incrementada la oferta de fuerza de trabajo, han ido abriendo a la mujer posibilidades de empleo y trabajo en la economía heterónoma. Buscando superar su "invisibilidad" y las grandes restricciones que implica el relegamiento de la mujer a actividades domésticas en el marco de una vida familiar reducida y empobrecida, la mujer busca emplearse fuera del hogar. Ello viene a contribuir, aún más, al empobrecimiento del contenido productivo y económico de la vida familiar.

Desde el punto de vista económico la familia pasa a ser considerada como unidad de consumo y no como unidad de trabajo. Los economistas, en efecto, aunque suelen reconocer a las familias como sujeto económico y al conjunto de ellas como un "sector" de la economía global -el sector "familias" precisamente-, las consideran exclusivamente en cuanto unidades de gasto y de consumo, o sea en cuanto demandantes de los bienes y servicios de consumo, que se contraponen al sector "empresas", constitutivo de la oferta de bienes económicos.

La crisis de la familia.

Hablar de "crisis de la familia" se ha convertido en un lugar común. Los datos de la misma son evidentes: el porcentaje de separaciones y divorcios se incrementa año a año y tienden a ser más los matrimonios que terminan que los que se forman. Las relaciones experimentales, esto es, las parejas que no asumen un compromiso permanente, están en rápido aumento. El control de la natalidad, la anticoncepción y el aborto tienden a generalizarse, y los hogares se dan por satisfechos cuando tienen uno o dos hijos. Estos se rebelan contra los padres a edad temprana y son muchos los hijos solteros para quienes el independizarse de la familia y vivir por cuenta propia constituye una sentida aspiración. La vida familiar, cuando no se configura en un nivel de baja intensidad sentimental, se convierte en un espacio altamente tensionado.

En realidad, no se trata solamente de una crisis de la familia sino de una verdadera desintegración. Pero es importante identificar exactamente de qué familia se trata. La crisis o desintegración de lo que llamamos familia es en verdad el proceso terminal de un ente social que ha sido creado en la época moderna al calor del industrialismo y el capitalismo, estrictamente funcional al mismo. Muy bien lo expresa Theodore Roszak cuando señala: "La familia, tal como la conocemos, es uno de los productos secundarios más dañados y patéticos del trastorno industrial. Su herencia es una triste historia de sufrimiento como

víctima. ¿Qué es lo que encontramos con sólo remontarnos un par de siglos en la historia social del mundo moderno? Ciudades fabriles y campamentos mineros que arrastran las dislocadas masas rurales y las multitudes de inmigrantes a sus florecientes mercados de trabajo como vastos detritus globales. Estos trabajadores estaban unidos, por toda su tradición y experiencia, a una economía doméstica confinada al hogar y al lugar donde vivían. Entonces, de repente, les arrojaron rudamente a un orden económico muy distinto, a una economía cuyos motores eran ciudades salvajes que pulverizaban sistemáticamente su material humano convirtiéndolo en los fragmentos sueltos que los economistas llaman, de un modo eufemista, "fuerza de trabajo libre y móvil", capaz de una respuesta instantánea en el mercado. Esa fuerza de trabajo "libre" llegó a las ciudades en forma de hombres y mujeres desarraigados, carentes de propiedad, principalmente jóvenes, cuya vida sexual y amorosa se hizo ahora promiscua y inestable de un modo sin precedentes.(...) La única familia que podía esperarse que crearan esos nuevos "individuos" económicos era el diminuto agrupamiento humano que ahora llamamos "la familia nuclear". Pero eso era todo lo que la nueva economía quería de ellos en su vida doméstica: su condición como unidades mínimas de fuerza de trabajo."(T.Roszak, **Persona/Planeta**, Kairos, Barcelona 1984, Pág.190).

En realidad, esta economía quería algo más: consumidores multiplicados al máximo y para ello nada mejor que mini-familias constituidas cada una en unidades de consumo independientes que requieren proveerse separadas unas de otras de todo lo necesario para sostener un hogar.

"Por otro lado -continúa Roszak- el hogar era, en virtud de su aislamiento e inseguridad, un montón de intereses propios salvajemente competitivos con los vecinos(...) Todo sentido de comunidad fue rápidamente arrancado de la conciencia. La misma arquitectura de las ciudades industriales expresaba el aislamiento de la familia y la defensa egoísta: hilera tras hilera de casas como colmenas habitadas por masas abrumadas y anónimas, unidas como unidades domésticas carentes de poder tan sólo por la desesperación y la necesidad erótica básica.(...) Esta es la tradición mutilada de la que la familia moderna toma su rumbo: siglo y medio de naufragio institucional, una larga y agotadora lucha emprendida por millones de hombres y mujeres desarraigados para improvisar amor, lealtad y las responsabilidades de la paternidad a partir de las ruinas sociales que quedaron tras el desgarramiento industrial.(...) Nada de lo que ha ocurrido en el último siglo ha disminuido la dependencia y aislamiento de la vida hogareña en la sociedad industrial. La fragmentación de toda comunidad natural continúa, en los edificios de muchos pisos que llenan el centro de la ciudad y en las viviendas residenciales donde cada uno se retira de las calles y vecinos para convertirse en un bastión de consumo egoísta. Todo lo que hemos de hacer es resignarnos a nuestro aislamiento doméstico y llamarlo "intimidad".(Id., pág.192-3.)

Tal vez la realidad de la familia no sea en nuestros países

tan patética como nos la presenta Roszok, que se refiere a la familia en la sociedad norteamericana. Aún cuando varios de los rasgos que señala se presentan también en nuestras sociedades menos industrializadas, la familia ofrece aquí contenidos humanos, sociales y económicos algo más consistentes. El mismo autor agrega más adelante: "Los matrimonios fracasan, los hogares se rompen..., pero las estadísticas muestran que la gente que se divorcia vuelve a casarse.(...) La familia puede ser tan débil como una caña, pero es todo lo que tenemos la mayoría de nosotros para aferrarnos contra la soledad que amenaza con absorbernos. Es también el único rincón en el mundo donde encontramos la oportunidad de experimentar responsabilidad, no mucha quizá, pequeñas decisiones sobre el presupuesto familiar, la escuela a la que han de ir los niños, el color más adecuado para pintar la cocina..., pero esa es toda la oportunidad que el grande y ajetreado mundo nos da para sentirnos adultos y a cargo de algo más que nuestras vidas privadas". Más allá de esto, la familia es el principal de los espacios donde se conserva y mantiene vigente la solidaridad humana, la convivialidad, la comensalidad, la mutua cooperación.

Es por esto que, desde la realidad de la familia en crisis y desde la situación de la mujer, surge la posibilidad de un proceso de recuperación de personalidad y comunidad a la vez; proceso que por las razones que veremos orienta también él en la perspectiva de la economía de solidaridad.

Economía familiar y economía de solidaridad.

La crisis de la familia ha impulsado a ciertos pequeños grupos de personas a experimentar otras formas de comunidad primaria: familias abiertas, colectivos, comunidades de vida, hogares comunitarios, etc. Los experimentos de este tipo son variados y pueden mostrar muy diversos grados de éxito y estabilidad. La mayoría de ellos, verdaderos sustitutos de la familia, se orientan a buscar formas nuevas de vida, y de hecho tienden a separar a quienes los integran de los condicionamientos de la economía y las estructuras del orden macrosocial establecido. Pero estos experimentos constituyen un camino posible de seguir sólo por algunos, muy pocos; tal vez por quienes hayan vivenciado más fuertemente la vaciedad en la propia vida familiar.

En realidad la familia es una institución natural, en el sentido que surge espontáneamente de la vida: nacemos en ella o la solicitamos cuando nacemos; posteriormente el impulso vital nos mueve con tremenda intensidad a crear una familia nueva en la cual realizarnos y proyectar nuestra existencia. De la familia hombres y mujeres esperamos tanto: fiel compañía y gratificación sexual a lo largo de la vida; protección, alimento y descanso; apoyo moral, ternura y comprensión; cuidado en la enfermedad y consuelo en los fracasos y problemas de la vida; satisfacción de nuestras necesidades de convivencia, entretención, trabajo, juego y ocio. A ella asociamos en buena medida tanto nuestro desarrollo personal como nuestra inserción en la comunidad; en ella establecemos

vínculos con nuestras raíces, con nuestros antepasados de sangre, y nos proyectamos hacia el futuro con nuestra descendencia. Con ella y para ella construimos nuestro hogar, donde adquiere sentido el trabajo que realizamos fuera, así como el esfuerzo de ahorro y previsión, la adquisición de bienes materiales y la formación de un patrimonio. En ella buscamos y damos la mayor parte de nuestro amor, y en las distintas edades de la vida esperamos encontrar sustento y satisfacción de nuestras principales necesidades. Esto y mucho más esperamos de la familia.

Por cierto, la actual familia disminuida y mutilada no está en condiciones de proporcionarnos todo eso en el nivel y con la calidad que deseamos. Pero es tan profundo nuestro anhelo de familia que tendemos a pensar que es posible su recuperación como aquél espacio primario de realización personal y comunitaria al que aspiramos de manera natural. Al respecto, dos parecen ser las condiciones básicas.

La primera sería la recuperación del sentido amplio de la familia, más allá del diminuto "núcleo familiar". Si pretende ser una célula básica pero completa de la sociedad, capaz de proporcionar a sus integrantes aquella riqueza de vivencias y de convivialidad que señalamos, tendrán que participar en ella los dos sexos y todas las edades: niños, jóvenes, adultos, ancianos, al menos tres generaciones incluyendo ramificaciones laterales. No se trata de que todos constituyan un solo hogar o que vivan en una misma casa, pero sí que tengan algún grado de integración suficiente como para proporcionar a todos ellos un sentido de pertenencia y una identidad común que se exprese en actividades compartidas y en compromisos reales de mutuo apoyo y cooperación. Para que sea real, tal integración tendría que expresarse no solamente a través de encuentros festivos ocasionales, sino también en vínculos económicos integradores que perduren en el tiempo, en relaciones de comensalidad, cooperación y ayuda mutua, en la posesión y uso de bienes compartidos, en flujos reales de bienes y servicios utilizados en común.

La segunda condición es la recreación de una consistente economía familiar capaz de proporcionar a sus miembros, de manera autónoma, satisfacción a sus necesidades y protección de sus derechos. Que la familia se constituya como unidad económica completa y no sólo como unidad de consumo y gasto; que recupere su condición de unidad de trabajo y producción, en cuyo seno se verifican además procesos de distribución y acumulación económica.

Ahora bien, si la reducción y crisis de la familia ha sido resultado de un modo de organización de la economía, será en otro modo de organización económica que la familia podrá realizar su vocación de manera más plena. Más específicamente, es en el marco de la economía de solidaridad que se tornan posibles esas dos condiciones de la recuperación de la familia como unidad social que realiza su verdadera vocación y plenitud de sentido. Veamos de qué manera y que posibilidades existen de que un proceso en tal sentido se verifique a partir de la situación actual de la familia.

Realidad, contenido y formas de la economía familiar.

En realidad y aunque no sea adecuadamente reconocido, la familia como unidad económica que cumple funciones de producción, distribución, consumo y acumulación no ha perdido completamente su contenido y constituye todavía hoy una parte considerable de la economía global de la sociedad. Han empezado a manifestarse, además, tendencias que revierten el proceso de empobrecimiento del trabajo doméstico y, por cierto, otras que reinsertan y definen nuevas posibilidades para el trabajo de la mujer en la economía global. Examinando estas nuevas situaciones y procesos podremos comprender de qué manera y en qué medida se va abriendo el camino de la mujer y de la familia hacia la economía de solidaridad y trabajo.

La "invisibilidad" que han llegado a tener la economía y el trabajo doméstico y comunitario se debe a que las actividades y flujos que no pasan por el mercado de intercambios no tienen expresiones monetarias; de allí también la dificultad que existe para apreciar su magnitud y cuantificarlo. El fetichismo del dinero (según el cual **vale** solamente lo que tiene un precio monetario) se asocia con el fetichismo de la cantidad (según el cual **existe** solamente lo que puede cuantificarse y expresarse en fórmulas matemáticas), creando una especial dificultad para identificar el contenido específicamente económico de muchas actividades y labores domésticas.

En razón de ello podemos considerar importante para el desarrollo de la economía familiar la tendencia a reconocer el trabajo doméstico como verdadero trabajo, tendencia que se está manifestando como consecuencia de cierta reivindicación feminista. El esfuerzo que se hace en orden a cuantificar la economía doméstica, a medir la incidencia del trabajo de la mujer en el hogar sobre el producto global, y a comparar su productividad con la de los demás sectores económicos, hace visible la economía familiar y la valoriza económicamente, con la conseguida recuperación de su dignidad.

Podemos consignar algunos datos ilustrativos. En Francia un estudio realizado en 1980 por Annie Fouquet estima que se ocupan 53 miles de millones en trabajo doméstico, y sólo 39,5 miles de millones de horas anuales en trabajo asalariado. En Chile un estudio de Lucía Pardo en 1983 estimó que el trabajo de las dueñas de casa medido conforme a los precios que tienen en el mercado los mismos bienes y servicios (cocinar, limpiar, lavar ropa, hacer compras, atender enfermos y ancianos, etc.) corresponde al 15 % del PGB nacional, subiendo a más del 30 % si se considera el producto que generan otros miembros de las familias en actividades domésticas. En Estados Unidos, Canadá y el Reino Unido, con similar metodología se ha estimado en torno al 22 % del PGB el aporte de las mujeres por trabajos en el hogar. Las cifras son en verdad impactantes.

Ahora, si de los datos cuantitativos pasamos a considerar los aspectos cualitativos del modo de ser del trabajo y de la economía

familiar, tomaremos conciencia de su verdadera importancia, comprenderemos su racionalidad altamente solidaria, apreciaremos la calidad de los bienes y servicios incomparablemente superior a la de los equivalentes o sustitutos que ofrece el mercado. Definitivamente caeremos en la cuenta del significado de la economía familiar en términos de la calidad de vida que proporciona.

La presencia de solidaridad en la economía doméstica casi no requiere explicitación. La cooperación en el trabajo y la comunidad en el consumo de los bienes y servicios son evidentes. La economía doméstica se desenvuelve tradicionalmente en base a relaciones de **comensalidad y convivialidad** en el más alto grado de integración: entre los miembros de la familia no sólo se dan relaciones solidarias sino, aún más estrechamente, se manifiesta la unidad íntima que resulta del amor y la consanguineidad. Como observó Hegel, "el matrimonio no es, en su base esencial, una relación contractual, sino al contrario, precisamente un salir del punto de vista contractual que es propio de las personalidades independientes en su individualidad, para anularlo". En la base de la formación del grupo familiar se encuentra una libre decisión de dos personas autónomas que consienten en unir sus existencias individuales, y que forman una comunidad permanente, reconocida socialmente, que se amplía luego de manera natural con los hijos sin que entre éstos y sus padres medie contrato alguno, incorporando también a menudo otras relaciones de parentesco natural o político. Flujos de donación y reciprocidad se verifican permanentemente entre los miembros de la unidad familiar, que vienen a reforzar el carácter solidario de la integración económica de la familia en sentido amplio. En la familia nuclear e incluso más allá de ella se disuelven a menudo las propiedades individuales, constituyéndose un **patrimonio familiar** cuya posesión y uso es compartido por todos los integrantes del grupo en función de las necesidades de cada uno y de la familia como tal.

Un aspecto en el cual las relaciones características de la economía solidaria son contradichas por la actual conformación de la familia es la división del trabajo entre hombres y mujeres, en cuanto definida no por razones técnicas sino en base a roles asignados por motivos de género. Ya vimos como tal división de roles es en gran medida resultado de la influencia que ejercieron sobre la familia las transformaciones económicas que se verificaron con la expansión del trabajo asalariado en la economía industrial. Como consecuencia de esas mismas transformaciones se advierte también en la familia moderna una reducción del ámbito en que vigen relaciones de comensalidad, junto a la penetración al interior de la economía doméstica de formas de relaciones de intercambio y de una acentuación del sentido de propiedad individual sobre numerosos bienes.

Es interesante observar que estos aspectos no solidarios son en alguna medida contradictorios con la naturaleza misma de la familia, de manera que en ésta y por razones de su propia integración y desarrollo han empezado a aparecer tendencias

orientadas a revertirlos. En este sentido varias de las reivindicaciones feministas constituyen una reacción contra distorsiones de la familia, por lo que es esperable que al menos en parte puedan encontrar adecuada satisfacción en el marco de la economía de solidaridad y específicamente en la ampliación y recuperación del contenido económico de la familia.

Cabe destacar, además, que están en curso una serie de fenómenos culturales, sociales y económicos que inciden en una ampliación de los espacios de la economía familiar y de las relaciones de comensalidad en ésta. Entre tales fenómenos podemos mencionar el incremento de la desocupación estructural en la economía heterónoma, la reducción de la jornada laboral y la disminución de la edad de pensionamiento, que liberan fuerza de trabajo que se desplaza hacia la economía doméstica. Ello da lugar a la formación de numerosas microempresas familiares, o a la ejecución de trabajos y servicios que generan ingresos complementarios a las familias.

Otro fenómeno que contribuye a la expansión de la economía familiar se relaciona con el desarrollo tecnológico, que ha llevado al seno del hogar un conjunto de máquinas electrodomésticas y electrónicas que prestan servicios eficientes y facilitan el trabajo doméstico. Consecuencia directa de ello es el incremento de la productividad del trabajo familiar, que en tal modo tiende a convertirse en una alternativa de ocupación eficiente de la fuerza de trabajo disponible. Junto a esto, cabe mencionar el desarrollo de los medios de comunicación, de la informática y la computación personal, que abren nuevas vías de solución de problemas y formas de trabajo que pueden ejecutarse sin necesidad de salir de la casa. En base a esto se están abriendo dimensiones completamente inéditas a la economía familiar, que será conveniente explorar e investigar.

Por otro lado, se están verificando cambios culturales acelerados especialmente en la relación entre los sexos y entre padres e hijos, que llevan a compartir tareas y trabajos domésticos, incorporando a la economía familiar una mayor cantidad y variedad de fuerza de trabajo. Aumenta la participación de los varones en actividades que hasta hace poco eran consideradas de responsabilidad principal de la mujer, y se difunde la realización doméstica de algunos trabajos particulares (el conocido "hágalo Ud. mismo" o **bricolage**), que producen bienes alternativos a los del mercado.

Este conjunto de fenómenos se manifiestan con diversa intensidad en los diferentes sectores sociales. Aunque se dan en todos los estratos, puede apreciarse que la economía familiar tiende a desarrollarse más rápidamente en los sectores populares de menores ingresos, donde las experiencias de economía de solidaridad alcanzan mayor desarrollo, y en que el papel más destacado corresponde a la mujer. Podemos proponer una explicación estrictamente económica de este hecho.

La decisión de trabajar de manera asalariada (en la economía heterónoma) o en forma autónoma (en la economía familiar), suele

ser tomada atendiendo a los costos y beneficios implicados en cada opción. En los sectores populares y particularmente entre las mujeres, los ingresos posibles de esperar por trabajo asalariado suelen ser bastante bajos, mientras los costos implicados por esa opción son elevados en razón de los gastos de transporte y de la imposibilidad de reemplazar el propio trabajo doméstico por trabajo externo. Para que asalariar el propio trabajo sea rentable es preciso que los ingresos que se obtengan superen los costos de transporte, vestuario, alimentación fuera del hogar y otros implicados, más los costos que signifique reemplazar (comprando en el mercado) aquellos bienes y servicios que dejan de ser realizados en el hogar. En la medida que el trabajo doméstico acrecienta su productividad por las razones anotadas anteriormente, tiende a hacerse menos interesante para la mujer popular acceder a un trabajo asalariado externo, especialmente cuando -como sucede en muchos casos- el trabajar en una empresa implica un significativo incremento del esfuerzo global que realiza, pues ambos trabajos tienden a sumarse en un tiempo que resulta adicionalmente disminuido porque necesariamente ha de destinarse al transporte entre la casa y la empresa. Por ello en los sectores populares y especialmente para las mujeres, la participación en formas económicas familiares, y aún más si se efectúa en unidades económicas asociativas establecidas cerca del hogar (que proporcionan otras satisfacciones y beneficios extraeconómicos) resulta una alternativa altamente conveniente.

Múltiples son, pues, los motivos y situaciones que van abriendo caminos que conducen a la economía de solidaridad, desde la situación en que se encuentran hoy la mujer y la familia y a partir de sus búsquedas de mayor realización.

Capítulo 10. EL CAMINO DE LOS PUEBLOS ANTIGUOS.

Los pueblos aborígenes tras la recuperación de su identidad.

En diversos países de América Latina existen otros grupos humanos que avanzan también en la dirección de la economía de solidaridad. Los encontramos entre los pueblos originarios del continente, en las diversas comunidades indígenas que buscan rescatar sus propias culturas ancestrales y reconstituir sus tradicionales modos de vida.

Los grupos indígenas constituyen en América Latina una proporción significativa de la población. No se trata de un solo pueblo de características étnicas y culturales homogéneas, sino de un archipiélago de pueblos y comunidades que tienen cada uno su propia lengua, historia, cultura, religión y modos de vida. Ninguno de ellos conserva intactas sus tradiciones, que sufrieron el impacto en muchos casos devastador de la conquista y colonización y experimentaron sucesivamente los efectos desarticuladores de la subordinación a los Estados nacionales, de su contacto con la industrialización y de su interacción con los mercados modernos. Pero permanecen latentes y vigentes en ellos los valores estructurantes de sus culturas tradicionales.

En los últimos años los pueblos indígenas han visto acentuarse su marginación económica, social y cultural, como consecuencia de la reestructuración de las economías nacionales en el marco de los procesos de modernización y de los concomitantes esfuerzos tendientes a reinsertar las economías latinoamericanas en los mercados mundiales. Esta vivencia de la marginación está despertando en muchos de ellos cierta tendencia a revalorizar sus modos tradicionales de hacer economía, sea por reacción contra un modelo económico que los excluye o por la simple necesidad de subsistir en un contexto adverso. Es también la forma en que los mismos pueblos indígenas, o sectores dentro de ellos, reafirman su identidad ante la amenaza que les plantea la homogenización cultural inducida por los medios de comunicación social. Esas culturas seculares, no obstante su progresiva desarticulación, conservan aún la vitalidad suficiente para proporcionar identidad social a esas comunidades y pueblos empobrecidos, que encuentran en ella también las motivaciones y fuerzas necesarias para luchar por su sobrevivencia.

El esfuerzo por recuperar sus valores e identidad cultural se vincula estrechamente a la revalorización de formas de trabajo, tecnología, organización, distribución y reproducción económica que objetivan aquella cultura. Formas económicas que se distinguen por consistentes elementos comunitarios y de integración solidaria. La consideración de ellos nos permitirá comprender mejor cómo los mencionados procesos de recuperación de identidad cultural y económica implican un camino de acceso directo a la economía de solidaridad y trabajo.

Las economías indígenas tradicionales como formas de economía solidaria.

Las economías de los pueblos originarios de América Latina se caracterizaban por tener como sujeto principal a la comunidad, integrada en base a formas de propiedad comunitaria, al trabajo colectivo y a relaciones de reciprocidad y cooperación. Esto puede apreciarse especialmente en la concepción de la **producción y el trabajo** de los pueblos andinos, para quienes el mundo no es un conjunto de materiales disponibles separados de los cuales se apropie el individuo y en los cuales despliegue sus capacidades transformadoras, sino un todo vivo, un mundo-animal que le exige respeto y cariño.

La importancia de la comunidad y la peculiar relación con la tierra propias de las culturas indígenas impide el establecimiento de formas de propiedad privada individual del principal de los medios de producción. El sentido mismo que entre ellos adquiere el concepto de "propiedad" es muy distinto al que deriva del derecho romano y que se ha difundido en nuestra civilización moderna: para ellos la tierra es madre proveedora y no solamente un factor de producción. Los animales, los árboles, los cultivos, son elementos integrantes de la comunidad y con ellos se establecen vínculos de intercambio vital que impiden su explotación con fines de enriquecimiento personal.

Producir es cultivar la vida del mundo, en la chacra, el ganado, la casa. La tierra, llamada Pachamama, es la madre universal de la vida y es su madre; sus frutos son vivos y son fuente de vida. El trabajo es más que una simple actividad productiva: es un culto religioso a la vida. La economía andina se desarrolla en su propio medio, el **ayllu**, que es un medio social y cultural, natural y religioso. Es su comunidad junto a todo su cosmos, e incluye la comunidad humana, la comunidad de **huacas** o deidades y la comunidad de la **sallqa** o naturaleza. En la cosmovisión andina la comunidad humana "hace chacra" a partir de la comunidad de la naturaleza bajo la tutela de la comunidad de huacas. Se trata de un encuentro y de un diálogo de intercambio y reciprocidad.

"Saber cultivar la vida" sería la definición andina de su propia tecnología. La producción no es transformación y dominio del mundo, sino "crianza de la vida".

Los elementos de la naturaleza y de la comunidad humana tienen todos su lado interior, su vida secreta, su propia personalidad capaz de comunicarse con el hombre a condición de que sepa tratarlas con sensibilidad, de que sepa respetarlas y recompensarlas adecuadamente. La producción debe contemplar el "pago de la tierra" según el principio de reciprocidad. Conscientes de la vida interior del mundo, los pueblos andinos acompañan todas sus actividades económicas con rituales de producción, sea para estimular simbólicamente el desarrollo de la vida criada, sea para agradecer y vitalizar a su vez el mundo. El trabajo y la producción son, a la vez, actividad práctica y culto

sagrado. "La tierra no da así no más", es un dicho andino muy común. Llamen la atención las continuas expresiones cariñosas que utilizan en su trabajo. El indígena trabaja con el corazón y con cariño, siendo más una actividad espiritual que corporal, o mejor, ambas cosas simultáneamente.

¿Cómo funciona esta tecnología simbólica? Según Van Kessel, "es una tecnología que comprende un gran caudal de conocimientos y habilidades empíricas. Conocimientos de la agro-astronomía y del medio natural: la inmensa diversidad de tierras y aguas, la lectura sofisticada de indicadores climáticos, el comportamiento de plantas, animales y aguas, la bondad de materiales constructivos y abonos. También habilidades en el uso productivo de estos elementos: en agricultura y ganadería, medicina humana y veterinaria, protección contra pestes y enfermedades, heladas y granizadas, sequías e inundaciones. La tecnología andina comprende una riqueza empírica insospechable de conocimiento y habilidades que investigadores y planificadores del desarrollo, encerrados en su etnocentrismo occidental, colonizador, no han podido apreciar jamás."⁽¹⁾ El hombre andino -dice el autor- es un gran observador de la naturaleza y de las personas; desarrolla una acuciosa observación de los fenómenos naturales, pero no en una actitud fría e impersonal, sino en una relación cargada de afectividad y dedicación orientada a sentir la vida íntima de las cosas para entender su lenguaje secreto y sintonizarse delicadamente con ellas. Observa también la conducta y la acción, la fuerza y la debilidad de los hermanos, sus exigencias y sus motivos, su carácter y sus alianzas.

De los fenómenos y personas que observa efectúa una lectura mitológica que despliega comunitariamente. Todos los comuneros observan las señales y hacen la lectura de los indicadores, comentándolos entre ellos. La lectura es colectiva, descentralizada, igual que la interpretación. Esta sucede en un ambiente religioso y en ceremonias rituales colectivas, buscando siempre prever el futuro para protegerse y prepararse para el trabajo y la lucha por la vida, que es extraordinariamente dura en las condiciones geográficas en que se desenvuelve. El proceso de aprendizaje y trasmisión de conocimientos a las generaciones jóvenes es una iniciación en la vida profunda y secreta de la comunidad. La instrucción tecnológica es educación ética y formación religiosa. Los comuneros valorizan la tradición, y sus conversaciones versan sobre el pasado remoto o se vuelcan al recuerdo de hechos anecdóticos. Los hechos y experiencias del pasado tienen realidad y consistencia, mientras el futuro es desconocido pero se busca predecirlo y controlarlo a través de actos rituales y de trabajos preventivos.

Este conjunto de características de la tecnología andina incide en un alto grado de adecuación de la comunidad y su producción al medio ecológico que habita. Ella busca un equilibrio móvil y duradero entre el hombre y su medio, orientado a

⁽¹⁾ J. van Kessel y D. Condori Cruz, **Criar la Vida. Trabajo y tecnología en el mundo andino**, Ediciones VIVARIUM, 1992.

garantizar el bienestar de la comunidad. La tecnología simbólica constituye una actitud mental y ética del campesino que maneja sus técnicas de producción y que al mismo tiempo rinde culto tanto a la naturaleza como a la comunidad de deidades.

Van Kessel destaca diez aspectos a través de los cuales este modo de organizar la producción tiende a garantizar su eficiencia. Ellos son:

1. Las ceremonias y símbolos tienen efecto en cuanto constituyen un estímulo psicológico, que genera autoconfianza y optimismo en una comunidad cuya existencia es dura y azarosa, expuesta a las inclemencias y riesgos de la ecología andina.

2) El trabajo y la tecnología son concientizadores, en cuanto llevan a las comunidades a adquirir conciencia de su identidad cultural e histórica, fundamental para incentivar las iniciativas y fuerzas colectivas.

3) Los ritos y símbolos operan como contralor social de los experimentos técnicos, indispensables para el desarrollo tecnológico y el perfeccionamiento de la producción, pero que inevitablemente implican riesgos que es preciso mitigar.

4) Es una tecnología integradora de valores, que garantiza una visión integral de la existencia humana y estimula la conciencia de la unidad jerarquizada de los valores espirituales, sociales y corporales.

5) El rito religioso provee a la comunidad de una metodología ordenada y eficaz de observación y análisis de la realidad, refinada y penetrante.

6) La ritualidad de la producción los protege del materialismo, el consumismo y el tecnicismo. No cabe para el andino una racionalidad económica autónoma, descontrolada, liberada de normas éticas y religiosas.

7) Garantiza la acumulación y reproducción del "saber hacer", que se tramite oralmente. El ritual de producción representa el principal sistema mnemotécnico. La codificación de la tecnología en formas rituales y símbolos religiosos es tal vez menos exacta y está expuesta al olvido y la pérdida de información, pero es altamente flexible y reajutable al desarrollo local basado en el microclima.

8) Los rituales de producción estimulan la responsabilidad de los comuneros, porque interiorizan y activan compromisos sociales y personales. Al mismo tiempo, estimulan el esfuerzo personal y el perfeccionamiento, pues destacan y premian simbólicamente los resultados exitosos logrados por las personas, familias y comunidades.

9) La tecnología andina es propiedad comunitaria; sus formas rituales garantizan el acceso pleno de todos los miembros de la comunidad.

10) Es una economía y tecnología que garantiza los equilibrios ecológicos.

En la **distribución** de los productos económicos entre los distintos miembros de la comunidad y entre las distintas familias y comunidades que conforman un pueblo económicamente integrado, no

predominan las relaciones comerciales sino relaciones de intercambio recíproco que buscan una equilibrada satisfacción de las necesidades fundamentales de todos, reconocidos como igualmente necesarios para la vida, conservación y reproducción de la comunidad en el tiempo. Mediante flujos de reciprocidad regulados por la tradición y las costumbres la comunidad busca asegurar el aporte de cada uno conforme a sus capacidades y la compensación de sus esfuerzos según sus necesidades.

Diferentes sistemas culturales y festivos introducen elementos de emulación y competencia: en ellos se celebran las personas, actividades y resultados de mayor eficiencia, aumentando el prestigio social de los más capaces y esforzados. Pero también se los compromete y hace responsables de proveer recursos necesarios para la convivencia y el progreso de la comunidad. Se establecen de este modo mecanismos de redistribución periódica de la riqueza, que impiden un excesivo distanciamiento entre personas y familias provistas de diferentes capacidades y grados de riqueza.

¿Tiene sentido hoy un proceso de recuperación de formas económicas tradicionales?

Todos estos elementos y características definen un modo de hacer economía eminentemente solidario, que perduró por siglos hasta que el contacto con las economías mercantilistas modernas significó su desarticulación y parcial abandono. Ante los actuales incipientes esfuerzos tendientes a recuperar sus contenidos y formas tradicionales, cabe plantearse unas interrogantes cruciales. Si este es un modo eficiente de organización económica ¿por qué no ha demostrado históricamente una adecuada capacidad de sostenimiento en la época moderna y una real capacidad de asegurar a esas comunidades que la han practicado, niveles satisfactorios de progreso y mejoramiento de sus condiciones de vida? Esos procesos tendientes a su recuperación ¿no implicarán el retorno a un pasado de pobreza y estancamiento?

En relación a estas preguntas, sin duda pertinentes, caben algunas consideraciones importantes. Una primera observación debe llevarnos a reconocer que la gran mayoría de las comunidades y pueblos indígenas de la región viven actualmente en muy precarias condiciones de vida y en niveles de desarrollo notablemente insuficientes. Ahora bien, este hecho innegable no puede ser atribuido a la parcial pervivencia de las formas comunitarias tradicionales de hacer economía, porque existe abundante evidencia que permite afirmar que estos pueblos experimentaron un proceso de pauperización **después** del advenimiento de las formas modernas de producción y mercado que impactaron esas economías tradicionales con efectos desarticuladores.

El nivel y calidad de vida, evaluado no en términos de posesión de dinero y productos típicamente modernos (que sería obviamente un modo incorrecto de comparar) sino conforme a parámetros de satisfacción personal y social de necesidades, de autonomía y control de las propias condiciones de vida, de

integración social, eran sin duda superiores para esos pueblos cuando sus formas económicas distintivas se desplegaban coherentemente y sin las mencionadas interferencias de la modernidad.

El subdesarrollo y pobreza en que viven actualmente los pueblos indígenas es en gran parte atribuible al hecho que las formas económicas capitalistas los llevaron a una integración apenas parcial y subordinada en los mercados modernos, al mismo tiempo que a la desarticulación de sus formas tradicionales, con el resultado de que no han llegado a contar con los beneficios y oportunidades de aquellas ni de éstas.

Cabe también observar que esas economías tradicionales no eran estáticas y tenían capacidades de crecimiento y evolución progresiva. Dicha evolución se interrumpió bruscamente con la conquista y colonización europea, que junto al derrumbe demográfico de esos pueblos significó el quiebre de sus estructuras económicas y políticas. Aunque ya no es posible conocer el potencial de desarrollo endógeno de aquellas culturas y formas económicas, es obvio que en los varios siglos que han transcurrido desde entonces hubieran podido desplegar procesos de expansión, diversificación y perfeccionamiento que los hubieran llevado a alcanzar niveles y calidad de vida muy superiores a los que actualmente tienen los grupos étnicos descendientes de aquellas sociedades.

Pero como este potencial desarrollo no fue realizado, la pura recuperación de los contenidos y formas tradicionales de aquellas economías podría implicar un retorno al pasado que implique un retroceso histórico. Podría suceder algo así en el caso que dichos procesos de recuperación de identidad se efectuaran negando y contraponiéndose radicalmente a la modernidad, o si fueran entendidos como la simple reactivación de prácticas, costumbres, creencias, rituales y formas de producción ancestrales, en un vano esfuerzo por revivir lo que ya ha dejado de ser.

Pero hay otros modos de desplegar el proceso, en un sentido realista y con proyección de futuro. Se trataría, en lo fundamental, de revalorizar y dar nueva vida a las formas de organización y a los contenidos sustanciales de aquellas economías, que dan un sentido particularmente humano y comunitario al trabajo, la tecnología, la propiedad y la distribución. Tales son precisamente los aspectos que hacen de las economías originales de los pueblos indígenas expresiones cabales de economía de solidaridad y trabajo.

Es en éste sentido que nos referimos al camino de los pueblos antiguos **hacia** la economía de solidaridad y trabajo. En el encuentro de esos pueblos con los otros grupos humanos que convergen hacia ésta por sus propios caminos, será posible que se enriquezcan con el contacto e intercambio que establezcan con experiencias y concepciones que recogen y elaboran las nuevas expresiones de una economía alternativa y de una civilización superior incipiente.

Como una forma de ilustrar por qué pensamos que es posible

que la recuperación de concepciones y valores antiguos entronque y armonice con las más elevadas expresiones de la cultura contemporánea que se ponen a la vanguardia de la construcción del futuro, transcribimos algunas lúcidas expresiones de Fritjof Capra que nos hablan de los problemas contemporáneos y de los más recientes desarrollos de las ciencias físicas.

Sostiene este autor que estamos en presencia de "una impactante disparidad entre el desarrollo del poder intelectual, el conocimiento científico y la destreza tecnológica, por un lado, y la sabiduría, la espiritualidad y la ética, por el otro.(...) El progreso humano ha sido un asunto puramente racional e intelectual, y esta evolución unilateral ha llegado ahora a un grado sobremano alarmante; una situación tan paradójica que linda en la insanía. (...)Aún sin la amenaza de una catástrofe nuclear, el ecosistema global y la evolución ulterior de la vida en la tierra están seriamente en peligro y pueden desembocar en un desastre ecológico en gran escala. Nuestra prodigiosa tecnología no parece servir de ayuda alguna. (...)No obstante, creo que somos ahora testigos del inicio de un tremendo movimiento evolucionario. (...)La creciente preocupación por la ecología, el fuerte interés por el misticismo, el redescubrimiento del tratamiento holístico de la salud y el curar, y la creciente conciencia feminista, son todas manifestaciones de la misma tendencia evolucionaria".

"Sostendré -continúa Capra- que los físicos pueden efectuar una valiosa contribución para superar el desequilibrio cultural imperante. (...)En el siglo XX la física atravesó por varias revoluciones conceptuales que revelaron claramente las limitaciones de la concepción mecánica del mundo y condujeron a una visión orgánica y ecológica del globo que muestra grandes similitudes con las visiones de los místicos de todas las eras y tradiciones. El universo ya no es más visto como una máquina hecha a partir de una multitud de objetos separados, sino que aparece como un todo armonioso e indivisible; una red de relaciones dinámicas que incluyen al observador humano y su conciencia de modo esencial. El hecho de que la física moderna, manifestación de una especialización extrema de la mente racional, esté ahora haciendo contacto con el misticismo, esencia de la religión y manifestación de una especialización extrema de la mente intuitiva, denota muy hermosamente la unidad y la naturaleza complementaria de las modalidades racional e intuitiva de la conciencia. Los físicos, por tanto, pueden proporcionar una base científica para el cambio de actitudes y valores que nuestra cultura precisa tan urgentemente a fin de sobrevivir. La física moderna puede mostrarle a las demás ciencias que el pensamiento científico no debe ser necesariamente reduccionista y mecánico; que las visiones holísticas y ecológicas también son científicamente ciertas".⁽²⁾(2)

Este nuevo paradigma teórico de la física está llamado a impactar profundamente a la ciencia en todos sus campos y

⁽²⁾ F. Capra, **Física Budista**, cit. págs. 106-8.

disciplinas, e indudablemente comienza a manifestar sus potencialidades en el ámbito tecnológico. Y es interesante observar que las nuevas perspectivas que se abren mediante los más avanzados desarrollos científicos se orientan en un sentido de reencuentro, si no con las formas y contenidos particulares de las tecnologías tradicionales, sí con sus rasgos y características esenciales, tal como las hemos podido apreciar en las tecnologías andinas. La revalorización del hombre y de la subjetividad, la preocupación ecológica, la toma de conciencia de las interconexiones que ligan las dinámicas de los distintos espacios-tiempos de la economía, la política, la cultura y la espiritualidad, son procesos que apuntan hacia nuevos conceptos y formas de la economía y el desarrollo, tal como los hemos ido delineando a lo largo de nuestra exploración de los caminos de la economía de solidaridad.

Capítulo 11. EL CAMINO DEL ESPIRITU.

La difícil y conflictiva relación entre la espiritualidad y la economía.

Después de varias décadas de predominio del materialismo teórico y práctico, preparado por varios siglos en que el pensamiento culto y la conciencia colectiva se fueron desplazando de lo valórico a lo fáctico, del idealismo al pragmatismo, de la filosofía al cientismo positivista, parece haberse iniciado en muchos lugares del mundo un proceso de búsqueda orientado a la recuperación de las dimensiones espirituales del hombre. Es como si éste, durante demasiado tiempo sumergido en las preocupaciones materiales de la vida, sintiese de nuevo y con fuerza la necesidad de encontrar un sentido trascendente a su vida y de proyectar su conciencia hacia nuevas y superiores experiencias.

Es obvio que la acentuada preocupación de los hombres por las dimensiones materiales de la existencia se relaciona estrechamente con las tendencias y orientaciones que han predominado en la economía por toda una época histórica. El dinamismo que adquirieron los procesos económicos ha volcado la actividad humana hacia la búsqueda del progreso y el bienestar material. En un contexto de acentuada competencia económica entre los individuos, los grupos sociales y las naciones, cada persona y cada sujeto social se encuentra impelido a concentrar su atención y su empeño en el logro del éxito económico al cual se asocia directamente el prestigio y las expectativas de realización en diversas facetas de la vida social. En ese marco altamente competitivo, en cada momento las personas y grupos se encuentran ante la situación de avanzar o de retroceder, de ponerse por encima de sus vecinos o de ser sobrepasados por ellos, de destacarse o de ser desplazados.

Los que en esa competencia logran tener éxito adquiriendo niveles crecientes de riqueza, encuentran en ésta motivos suficientes de satisfacción. Teniendo cada vez más, entran en una dinámica según la cual cada nuevo logro, cada nueva adquisición les proporciona un estado de excitación y placer que, sin embargo, pronto se hace insuficiente: una nueva meta, un nuevo ascenso, un nivel algo más alto que el alcanzado aparecen como objetivos que exigen un nuevo esfuerzo y que llenan por otro período, siempre transitorio, la existencia. Tener cada vez más, adquirir una posición más elevada en la escala social, van marcando el camino de una vida permanentemente presionada por las exigencias inclementes del éxito. Retroceder en algo, bajar de nivel o perder una oportunidad, aunque ello no implique en los hechos un cambio realmente significativo en la cantidad de bienes disponibles o en la satisfacción de las necesidades objetivas, se convierten en motivo de temor y angustia, porque en ello va involucrado que otros se pongan por encima y comiencen a mirarlo hacia abajo.

Por otro lado los pobres, los que quedan al margen de la dinámica del enriquecimiento constante y ven que sus vidas se

estabilizan en la precariedad y las carencias incluso de lo esencial, se ven enfrentados a la necesidad de luchar por la subsistencia cotidiana, sin más horizonte que el día a día. Su existencia se encuentra permanentemente amenazada, y deben volcar todo su empeño en asegurar, siempre en el presente, la satisfacción de las necesidades básicas de la propia familia. No queda tiempo para el espíritu, para elevarse por sobre la existencia cotidiana tras la búsqueda de valores e ideales trascendentes.

Ciertamente, no todos se dejan llevar por esta corriente de materialismo y consumismo. Existen personas, comunidades, instituciones, iglesias, que mantienen vivas las dimensiones superiores de la vida personal y social, buscan activamente el despertar espiritual del hombre y la sociedad, promueven el sentido comunitario y la solidaridad, desarrollan experiencias que trascienden el individualismo y la mera persecución del bienestar material. Lo hacen basadas en diferentes concepciones filosóficas y creencias religiosas, siendo las más importantes y extendidas en América Latina aquellas que se inspiran en la fe cristiana.

Durante mucho tiempo, estas búsquedas de espiritualidad y sentido de comunidad establecieron con el mundo de lo económico un cierto antagonismo o, al menos, un cuidadoso distanciamiento, en razón de las orientaciones predominantes en éste. En efecto, las estructuras, actividades y comportamientos económicos a menudo contradicen los valores y principios defendidos por el cristianismo y por las búsquedas humanistas y espirituales en general. La observación de la realidad económica desde la óptica de esos valores y principios pone de manifiesto la existencia de una grave explotación del hombre, su reducción a mero factor instrumental de producción, la exacerbación del individualismo en las relaciones sociales, la búsqueda de la riqueza material y del éxito económico como meta que suplanta la persecución racional de la felicidad, el sometimiento de los hombres a las supuestas leyes objetivas del mercado o de la planificación, la alienación y objetivación del sujeto. Así, es en la economía donde se aprecia el mayor distanciamiento del comportamiento práctico y de las formas de pensar y de sentir, respecto a los que propone el mensaje cristiano.

Entonces, frente a la economía, esas búsquedas espirituales y comunitarias desarrollaron una actitud crítica más o menos sistemática y -especialmente entre los jóvenes y en los sectores populares-se ha tendido a considerar sospechosamente la dedicación a los negocios y actividades empresariales. La relación que se ha tendido a establecer con la economía ha sido más bien externa y conflictual: como denuncia de las injusticias que en ella se producen, como ejercicio de una presión moral que exige correcciones en los modos de operar establecidos, o bien en términos de acción social, como esfuerzo por paliar la pobreza de los que sufren injusticias y marginación mediante actividades asistenciales, promocionales o de concientización, o buscando rescatar el valor del trabajo y revertir su objetiva subordinación al capital mediante la organización de los trabajadores. Pero la

realización de actividades económicas en primera persona, la construcción y administración de empresas, difícilmente se visualizaba como un modo de actuación práctica del mensaje cristiano, como una vocación peculiar en la que los cristianos pudieran concretizar valores, principios y compromisos evangélicos.

La demanda espiritual de otro modo de hacer economía.

Durante un tiempo las búsquedas espirituales y religiosas, amenazadas por las tendencias secularizantes de la cultura moderna y por la invasión del positivismo en todas las esferas de la vida social, económica y política, tendieron a recluirse en la esfera de la vida privada y en los espacios interiores de la conciencia. Pero la situación ha cambiado sustancialmente desde cuando -hace ya varias décadas- los cristianos tomaron conciencia de que no es posible vivir la fe y el amor en un plano puramente interior, siendo indispensable manifestarlos y traducirlos en los comportamientos que hacen la vida real de las personas, los grupos y las sociedades. Y en este empeño, pronto se comprende que no basta la acción y presencia puramente testimonial de aquellos pocos que rechazan vivir conforme al materialismo hedonista predominante, porque el espíritu en general y el cristianismo en especial tienen inherente vocación de universalidad.

El primer ámbito en que se ha expresado la aspiración a hacer presente "en el mundo" los valores y principios espirituales y cristianos ha sido en la esfera de la política -que en realidad nunca fuera completamente abandonada- siendo su manifestación más evidente la formación de partidos de doctrina o inspiración cristiana. Estrechamente vinculado al ámbito político se ha desarrollado también una consistente presencia en el mundo de las comunicaciones. Actualmente el compromiso y la dedicación intensa a la política y las comunicaciones se encuentra plenamente legitimada y fomentada entre los cristianos. No así aún en la economía y el mundo de las empresas, donde todavía se mantienen fuertes reservas y donde no se ha indagado a fondo cuáles serían las exigencias de renovación y transformación profundas que brotan de las exigencias evangélicas. Como consecuencia de ello, la acción principal se ha mantenido en la esfera de la formación de la conciencia individual de los empresarios, a fin de que asimilen ciertos postulados y valores de doctrina social que debieran tener presente al tomar decisiones particulares en las actividades y organizaciones económicas que dirigen.

Pero el problema es mucho más profundo. No es suficiente, por un lado, la valoración espiritual y cristiana del trabajo, aunque sin duda es importante todo esfuerzo que se haga por dignificarlo y obtener para él un trato justo. No es suficiente porque en la economía el trabajo no puede existir solo sino en relación con los demás elementos necesarios para la producción, combinado y organizado en unidades económicas o empresas, y todas ellas formando parte de un complejo sistema económico de producción, distribución, consumo y acumulación. Por otro lado, no es

suficiente tampoco formar la conciencia interior de los empresarios, aunque sea importante que sus decisiones lleguen a estar influidas por principios y valores humanistas y cristianos. No es suficiente porque ellos operan en un tipo de organización - la empresa- y de articulación económica -el mercado-, que los condicionan con tal fuerza que no pueden dejar de actuar y decidir conforme a los criterios predominantes en la economía sin correr el riesgo de verse seriamente perjudicados y finalmente excluidos de ella por ineficientes.

Lo que hoy comienza a percibirse con creciente claridad desde la óptica de quienes aspiran a vivir la economía en conformidad con los valores y principios espirituales y cristianos, es la necesidad de comprometerse comunitaria o asociativamente en la creación y desarrollo de empresas de nuevo tipo, organizadas conforme a una racionalidad económica especial, según la cual las formas de propiedad, distribución de excedentes, tratamiento del trabajo y demás factores, acumulación, expansión y desarrollo, y en general todos los aspectos relevantes, queden definidos y organizados de manera coherente con las exigencias que derivan de aquellos principios y valores. Y también la necesidad de iniciar y desarrollar procesos transformadores de la economía global, tanto mediante la presencia y la acción de estas mismas empresas alternativas como a través de acciones que se desenvuelvan a nivel del mercado y de las políticas económicas que inciden en la economía global y en sus dinámicas de desarrollo.

Estamos ante la demanda y la búsqueda de otra manera de hacer economía y de otro tipo de desarrollo, que suponen a su vez pensar la economía y el desarrollo de modos nuevos.

Pues bien, no es difícil comprender que tales modos nuevos de organizar y realizar las actividades económicas van encaminadas en la perspectiva de la economía de solidaridad y trabajo. En efecto, las búsquedas espirituales y religiosas promueven los valores del amor y la solidaridad entre los hombres, destacan el trabajo humano como expresión de la dignidad del hombre y fuente de importantes virtudes, fomentan el sentido de comunidad, resaltan la gratuidad y la donación como expresiones superiores de fraternidad, promueven un cierto desapego de los bienes materiales y un consumo responsable de éstos en función de satisfacer con equilibrio y de manera integral las necesidades humanas. Se plantean, así, en el núcleo mismo de la economía de solidaridad.

Comportamiento económico y formas y niveles de conciencia.

El camino del espíritu hacia la economía de solidaridad encuentra raíces aún más profundas, que aparecen ante la reflexión sobre los nexos sutiles que ligan la vida y la conciencia, los comportamientos personales y sociales con las formas de pensar y de sentir. Como sabemos, éste es un problema crucial de cualquier búsqueda espiritual que no se limite a una dimensión puramente intimista sino que quiera proyectarse a la vida concreta de los hombres y de la sociedad.

La cuestión puede plantearse en los términos siguientes. En

cualquier tiempo y lugar, los hombres nacen y viven en un mundo que no han creado, en circunstancias y condiciones históricas determinadas que les exigen e imponen ciertos modos de comportamiento, ciertas maneras de actuar y relacionarse que "deben" adoptar a fin de insertarse en la vida social y encontrar en ella un lugar y función. En cuanto parte de grupos sociales que se forman y actúan en el seno de estructuras económicas y sociales dadas, los hombres "asumen", así, una determinada cultura: valores, ideas, sentimientos, modos de ser, etc. En su actuar práctico se manifiesta y verifica implícitamente una concepción del mundo y de la vida, un sistema de creencias y de valores relativamente coherentes, objetivados en las organizaciones e instituciones en que participan.

El individuo puede no ser consciente de esa concepción del mundo y de esos valores y creencias; puede incluso no aceptarlos teóricamente; pero actúa conforme a ellos, o mejor, dentro de los márgenes de aceptación que ellos permiten. Cuando alguien no lo hace así se expone a recibir un "castigo" social en forma de exclusión, aislamiento, rechazo social, pérdida de oportunidades y de prestigio, etc.

A menudo esas formas de pensar implícitas en la acción están en contraste con las maneras de pensar explícitas que manifiestan las personas; con las ideas y valores que han recibido de la familia, la escuela u otro agente difusor presente en el medio cultural, o que hayan desarrollado por sí mismas en su propia conciencia. En tal caso diremos que su conciencia -su manera de pensar-está en contraste con su manera de actuar, o más precisamente, que en él están presentes y operan dos formas de conciencia, una implícita en su actuar y en sus relaciones sociales, y otra explícita en su intimidad y que verbaliza en sus relaciones personales.

La inmensa mayoría de las personas se encuentra en uno de estas dos situaciones: o piensa y siente conforme a la concepción del mundo que impregna la práctica y las relaciones económicas y sociales dadas, o tiene una conciencia escindida en los términos que acabamos de explicar. En el primer caso se verifica una suerte de unión acrítica entre el pensamiento y la vida; en el segundo, una escisión entre la teoría y la práctica, entre los modos de pensar y de actuar.

Esta última es la situación en que se encuentran muchos cristianos y en general las personas que adhieren explícitamente a creencias y valores espirituales y solidarios, pero que viven conforme a los modos de comportamiento y relación individualistas y materialistas que exigen las formas económicas predominantes. Habrá que decir que esta escisión acepta numerosos matices y que no se verifica de igual modo y con similar contraste en todos los planos y dimensiones de la vida. Puede suceder que haya espacios de experiencia en los cuales se alcanza mayor coherencia, por ejemplo, en la vida familiar o al interior de pequeños grupos de referencia. Pero ha de reconocerse que son muy numerosas las actividades impregnadas por la cultura económica predominante, en las que sustraerse a los comportamientos requeridos implica

sacrificios y costos tan grandes que son pocas las personas dispuestas a asumirlos.

Pero la escisión tiene también sus costos, que se pagan en tensiones interiores, en contradicciones vitales, en sentimientos de culpa y frustración, en pérdida de autoestima, en el sentimiento de falta de autenticidad. Tales costos resultan obviamente más intensos en aquellas personas que han alcanzado un mayor desarrollo de sus dimensiones espirituales y un mayor conocimiento y aprecio de las creencias y valores a las que adhieren conscientemente. Es de ellas que surge, más temprano o más tarde, con mayor o menor intensidad, la exigencia de "vivir lo que se cree y se piensa".

Es la búsqueda de coherencia, de autenticidad, de unidad entre teoría y práctica. Pero ello supone dejar atrás los comportamientos portadores de modos de conciencia que contradicen su conciencia explícita, y empezar a actuar conforme a ésta. Es la construcción de una nueva unidad entre teoría y práctica, no ya comandada por ésta, como era el caso de quienes piensan conforme a como actúan adaptados al sistema de acción y relaciones predominante, sino dirigida por la teoría, o sea por el pensamiento y los valores que buscan hacerse reales y prácticos en un nuevo medio social y económico. Este medio, obviamente, hay que crearlo, y es en tal proceso de construcción del medio práctico adecuado a la conciencia espiritual y religiosa superior, que surgen las expresiones concretas de economía de solidaridad y trabajo.

Capítulo 12. HACIA UNA CIVILIZACION DE LA SOLIDARIA Y DEL TRABAJO.

¿Hacia dónde se avanza por los caminos de la economía de solidaridad?

Hemos visto los diez principales caminos de la economía de solidaridad. Ellos parten de distintas situaciones y problemas que involucran a inmensas multitudes de personas: los pobres y marginados, los privilegiados y los ricos, los trabajadores, los que quieren participación, los que aspiran a una sociedad mejor, los que promueven el desarrollo, las mujeres, las familias, los que están preocupados por los problemas ecológicos, las etnias y pueblos originarios, los que buscan vivir una fe y el amor fraterno. Desde estas distintas situaciones, al interior de estos grandes conjuntos humanos, surgen grupos de personas que haciéndose cargo de problemas reales y actuales de su propia realidad, empiezan a experimentar nuevas formas económicas centradas en el trabajo y la solidaridad.

Los que empiezan a transitar por esos caminos, en una primera etapa son pocos: los más audaces, los pioneros, los que primero se dan cuenta de que es posible. Ellos enfrentan las mayores dificultades, los más grandes obstáculos, porque todo comienzo es difícil: hay que aprenderlo todo, avanzar a tientas, experimentar y por tanto errar, sufrir la incompreensión de los que no creen o no quieren, disponer de pocos medios y de escasa colaboración y apoyo. Pero a medida que van realizando lo que quieren, su testimonio invita a otros que se suman y el grupo que marcha se va engrosando. Para éstos el camino es ya más fácil porque pueden aprender de los primeros que están dispuestos a compartir sus experiencias y a enseñar lo que han aprendido. Descubrir e iniciar un camino nuevo es más difícil que seguir por el que otros han explorado con éxito.

Además, a poco andar, los que iniciaron la búsqueda por una motivación y por uno de los caminos se van encontrando con los que se orientan en la misma dirección por motivos y caminos diferentes. Entonces aprenden unos de otros y, sobre todo, se refuerzan recíprocamente en sus motivaciones. Los que van construyendo economía de solidaridad buscando superar su pobreza y marginación, se encuentran con quienes lo hacen buscando una sociedad más justa y fraterna; los que aspiran a la participación social se encuentran con las mujeres que buscan su desarrollo integral y su plena inserción en la sociedad; los que están preocupados por la ecología se encuentran con los que están motivados por una búsqueda espiritual superior, aprendiendo ambos que una cosa no puede ir separada de la otra; los que se proponen un trabajo digno, autónomo y autogestionado se encuentran con el apoyo de profesionales e instituciones que les aportan recursos y el saber indispensables; los que están interesados en otro desarrollo perciben que los pueblos originarios poseen el secreto de su

realización. Unos se encuentran con otros, y los diez grupos se van unificando, descubriendo la coherencia de sus esfuerzos y la complementariedad de sus objetivos: van profundizando juntos el sentido de lo que hacen, y entonces se vinculan, se apoyan, organizan encuentros, forman redes.

El encuentro no siempre es fácil porque cada grupo siente muy fuerte y central su propia motivación. A menudo no saben valorarse mutuamente y les parece que no están en lo mismo. Pero a medida que avanzan cada uno por su propio camino terminan reconociéndose, porque efectivamente y las más de las veces sin saberlo, de hecho caminan hacia un mismo lugar y están más cerca unos de otros cada paso que avanzan.

Han partido de distinto lugar, las organizaciones que crean son diferentes, pero todos ellos van introduciendo solidaridad en sus experiencias económicas y en la economía en general. Los procesos que impulsan asumen diferentes nombres: economía popular, autogestión, cooperativismo, organización de base, desarrollo local, economía alternativa, movimiento ecológico, desarrollo de la mujer, microempresas familiares, identidad étnica, artesanía popular, economía cristiana, gandhiana, etc. Es la expresión de la riqueza de contenidos y formas de esta búsqueda polivalente. Estos y otros nombres tienen cada uno un sentido y es preciso que se conserven. Son expresiones genuinas de identidades particulares.

Pero es preciso que del encuentro entre ellos y del mutuo reconocimiento vaya surgiendo una identidad más amplia, superior, que los incluya a todos y que se exprese en un nombre común. Esto es necesario para que todas estas experiencias puedan encontrarse más a fondo, para perfeccionar y enriquecer cada una su propio sentido, para que se constituyan como un verdadero sector económico capaz de evidenciar su fuerza y potencialidades ante la sociedad entera, para que el significado profundo de su aporte complementario sea mejor comprendido, para que se potencien recíprocamente de manera más eficaz, para que se atrevan a proyectos de mayor envergadura, para que tengan un proyecto común que entre todos puedan realizar.

Por esto hemos propuesto la expresión **"economía de solidaridad"**, una expresión que no alude directamente a ninguno de los caminos ni de los grupos pero que indica algo que todos tienen en común, algo que están de hecho haciendo todos ellos y que marca la dirección en que se mueven.

Podría pensarse que una expresión común no es necesaria; pero no es así. Toda identidad requiere expresarse en palabras, en un nombre simple que permita que sea identificada por quienes la constituyen y por el resto de la sociedad. El mismo nombre es constitutivo en cierto modo de una identidad. De hecho, una realidad cualquiera, una cosa, una persona, empieza a vivir en el mundo social y cultural cuando se la nombra.

Cualquier nombre que pretenda ser común a todos provoca cierta resistencia inicial, especialmente de parte de las identidades particulares que temen perder algo de lo propio.

Podría buscarse otro, pero proponemos éste porque nos parece que expresa lo esencial y porque con él todos ganan. Nadie pierde porque la solidaridad es de hecho un elemento de todas y cada una de las experiencias que se forman en estos convergentes caminos. Todos ganan porque la solidaridad es un gran valor, que expresa un profundo anhelo inscrito en cada persona y en cada organización social y que todos pueden reconocer como propio.

Existe una razón adicional de la máxima importancia. Y es que el nombre que exprese la identidad compartida de todas estas búsquedas ha de tener también la propiedad de expresar el proyecto emergente desde esas realidades, e incluso ha de ser coherente con un proyecto aún más amplio y de largo aliento que pueda proponer o compartir con otras identidades sociales con las que se encuentre en la sociedad y en la historia. Esto nos abre a una última reflexión sobre el proyecto que puede abrir o en que pueda insertarse la economía de solidaridad, proporcionándole la plenitud de su sentido.

La crisis de la civilización contemporánea

Aunque el proyecto no consista, según lo vimos al exponer el camino de las transformaciones y del cambio social, en la construcción de un modelo predefinido de nueva sociedad, es importante fundamentarlo en un diagnóstico certero de la realidad social en que se quiere introducir el cambio. Debemos, pues, echar una mirada de conjunto sobre nuestro mundo actual.

La sociedad moderna está marcada por dos grandes tendencias que han dominado el escenario por toda una época histórica: por un lado, el predominio del capital sobre el trabajo y, por otro, la primacía del Estado y la sociedad política sobre la sociedad civil. Ambas tendencias han confluído en la construcción de un orden social que se basa en grandes estructuras organizativas: la gran industria y la megaempresa en lo económico, el gran Estado y las macroinstituciones en lo político, los grandes medios de comunicación de masas en lo cultural. Grandes organizaciones que conllevan la masificación de los hombres y la estandarización de sus comportamientos.

En los años recientes han empezado a observarse ciertos fenómenos y procesos que apuntan en sentido contrario al que dichas tendencias indican: la valoración de las microempresas, la descentralización de algunas grandes plantas productivas, la reducción del tamaño del Estado, la valoración de lo local, la aparición de pequeños medios de comunicación hechos posibles por el desarrollo de la computación, etc. Pero estos nuevos fenómenos, aunque resulten bastante visibles por la importancia que le dan los medios de comunicación siempre interesados en destacar las cosas nuevas, no por ello dejan de ser todavía secundarios. Constituyen, de hecho, el inicio de una reacción después de la exacerbación de las tendencias por tanto tiempo y aún hoy predominantes, y en cuanto tal reacción no hacen sino confirmar que son aquéllas las que conforman estructuralmente nuestra civilización.

Pero existen abundantes señales que ponen de manifiesto una verdadera y muy profunda **crisis** de esta civilización. Una crisis que no consiste en la detención del crecimiento, que de hecho continúa verificándose, sino en una serie de desequilibrios entre procesos que crecen en direcciones divergentes rompiendo la organicidad de las estructuras establecidas.

A nuestro parecer, la crisis de esta civilización estaría dada por un conjunto de procesos de deterioro tendencial de los equilibrios en que se funda el orden social, que se traducen en progresivos empeoramientos de la calidad de vida y en una creciente desarticulación de las relaciones que integran los sistemas, pero que al mismo tiempo crean la posibilidad de algún tipo de alternativas.

No podemos ahondar aquí -por las limitaciones de tiempo y espacio- en el análisis de los contenidos específicos y de las causas de la actual crisis. Nos limitaremos a dejar anotadas algunas de sus manifestaciones más evidentes y a mostrar las estrechas vinculaciones de ellas con una estructuración histórico-social que ha establecido el primado de la política sobre la cultura, del Estado sobre la sociedad civil, del capital sobre el trabajo, de las masas sobre las personas, de las grandes organizaciones burocráticas sobre las comunidades, de la gran industria sobre la pequeña producción. Pues bien, encontramos manifestaciones de la crisis en varios planos:

a) **En el plano individual** se manifiesta fundamentalmente en la incapacidad que muestra el orden social establecido para proporcionar sentido a la vida y favorecer el desarrollo integral de las personas. Ello da lugar a un deterioro tendencial de los equilibrios psicológicos de muchas personas, que se expresa en el incremento de la neurosis, en comportamientos anómicos, en la difusión del alcoholismo, la drogadicción y otros escapismos, en la expansión de la delincuencia, en cierta acentuada unidimensionalidad y fragmentación de la experiencia humana.

Intentando superar esta carencia de sentido y desarrollo integral son cada vez más los que inician búsquedas de esperanza y crecimiento personal en perspectivas filosóficas, religiosas y espirituales cuya procedencia y orientación se encuentran fuera de los parámetros fundantes de la civilización moderna.

Hay muchas razones que permiten asociar esta "crisis de sentido" con las tendencias que predominan en la civilización contemporánea. Por de pronto, cabe preguntarse si el Estado y la política puestas al centro de la vida social tienen la consistencia ética y cultural suficiente como para otorgar sentido satisfactorio a la vida de los ciudadanos. Por cierto, la política puede ser dadora de sentido, como lo ha sido en las fases de formación de las nacionalidades que suponen y generan una alta identificación de las personas con la nación y un elevado espíritu patriótico, o también en los movimientos de liberación nacional y rescate social que implican la presencia de grandes ideales; pero es precisamente una política que no está basada en la búsqueda del poder o en el esfuerzo por controlar organizaciones burocráticas

sino en ideas y valores superiores capaces de generar fuertes identidades colectivas.

A su vez el predominio del capital, con toda la inducción de comportamientos consumistas, acumuladores de riqueza, que implican un estricto cálculo de ganancias y la persecución de la maximización de las utilidades individuales, genera situaciones de acentuada tensión psicológica tras la consecución de un éxito que no proporciona felicidad. El hombre es puesto como medio y no como fin en sí mismo, como ser insaciable y nunca satisfecho, como buscador constante del placer y no como ser creativo que se realiza proyectando constructivamente sus potencialidades.

b) **En el plano social** la crisis de la actual civilización se manifiesta en la creciente incapacidad del orden establecido para generar formas de vinculación comunitaria que permitan la satisfacción de las necesidades de convivencia, y en su acentuada ineptitud para integrar las instancias primarias e intermedias de asociación en un ordenamiento social que canalice la preocupación y la acción de los diferentes grupos hacia objetivos de bien común. No solamente se verifica una gran carencia de formas comunitarias de asociación sino que incluso la familia, unidad básica de toda sociabilidad e integración social, experimenta desequilibrios y tensiones que le impiden sostener procesos y proyectos compartidos por sus miembros.

La vinculación de esta crisis de la sociabilidad con la exacerbación de las tendencias del orden social establecido es bastante obvia.

La producción y el trabajo, sacados de los ambientes familiares y de los lugares donde la gente habita y concentrados en grandes centros fabriles, reducen las ocasiones de integración familiar y dificultan la formación de verdaderas comunidades locales. La organización económica fomenta valores individualistas al tiempo que lleva a la masificación despersonalizante de la vida social.

La burocratización de las relaciones humanas inherente a la realización de la mayor parte de las actividades sociales a través de grandes organizaciones, inhibe el establecimiento de vínculos afectivos, la convivialidad característica de los pequeños grupos y la formación de verdaderas comunidades de vida. En las grandes empresas, organizaciones e instituciones, las personas tienden a asociarse en términos funcionales y a integrarse conforme a intereses corporativos.

La integración de la multitud de organizaciones de base funcional en un orden social global tiende a efectuarse en los mismos términos burocráticos y funcionales. Resulta de ello un ordenamiento social mecánico y corporativo, que mantiene la exterioridad de los grupos y organizaciones sociales sin que entre ellos se establezca verdadera comunicación integradora.

c) **En el plano político** la crisis tiene múltiples manifestaciones, diferentes según los ordenamientos institucionales de cada Estado; pero pueden detectarse elementos críticos comunes a la vida política tal como se está dando en

numerosos países. El punto nodal de la crisis política radica en la creciente incapacidad que muestra el Estado de constituir el centro unificador de los diferentes grupos humanos y culturales que componen la sociedad. En distinto grado pero prácticamente en todos los países el Estado ha ido perdiendo su capacidad de ser la expresión institucional de la nación. Y como precisamente su consistencia y legitimidad reside en esa potencialidad integradora, el Estado nacional va perdiendo coherencia y algunas de sus razones de ser.

Algunas causas de esta situación se relacionan con las tendencias inherentes a una economía que se internacionaliza aceleradamente y que conduce a que los principales sujetos que se hacen presente en los mercados operan multinacionalmente y tienen sus centros de decisión por sobre los Estados nacionales. De este modo cada Estado nacional ve disminuir su capacidad de articular y regular el mercado y de incidir eficazmente en la producción, distribución, consumo y acumulación conforme a objetivos nacionales de desarrollo.

Las propias dinámicas de la política tienden a articularse internacionalmente conforme a concepciones ideológicas que no responden a específicos análisis y búsquedas nacionales, dando lugar a organizaciones partidarias supranacionales de creciente poderío. La fuerza que adquieren las fuerzas políticas en una nación depende cada vez más de los apoyos y relaciones internacionales que obtengan y cada vez menos de su enraizamiento histórico en el propio país.

En fin, las dinámicas culturales, las orientaciones del pensamiento y de las ciencias, definidas y difundidas siempre más preponderantemente por medios de comunicación globales, van configurando mundos culturales que no responden a identidades y espíritus nacionales, lo que redundará en la pérdida progresiva de las identidades nacionales que fundan la existencia de Estados soberanos y autónomos.

Junto a la pérdida de fuerza "por arriba" (debilitamiento resultante de la creciente dimensión supranacional de los procesos y relaciones), el Estado se enfrenta también a una pérdida de consistencia "por abajo", esto es, desde el interior de los propios países que dirige. En éstos se viene verificando, en efecto, un proceso de fragmentación social.

Una primera gran fractura en la sociedad se produce entre el sector integrado a la vida moderna y a los procesos de globalización económica, política y cultural, y un extenso sector marginado que cada vez tiene menos posibilidades de insertarse dinámicamente en las formas de vida, en la cultura, en las redes de comunicación, en las estructuras políticas, en los mercados de factores, en los circuitos de distribución, etc. oficiales y predominantes.

A esta fractura transversal se agrega todo un proceso de fragmentación multiforme que divide y dispersa la sociedad en una multitud de grupos menores que desarrollan formas de vida y subculturas particulares y autoreferentes, así como una variedad de intereses y aspiraciones inorgánicas. Estos heterogéneos

grupos o sectores a menudo se movilizan para ejercer presión en torno a demandas corporativas, sobre un Estado que no está en condiciones ni de satisfacerlas ni de componerlas en algún equilibrio racional o en una política coherente.

Así, las sociedades nacionales muestran signos de creciente ingobernabilidad. Ingobernabilidad que no radica sólo ni tanto en la conflictualidad directamente política resultante de proyectos partidarios contrapuestos (que en este plano la composición entre los diversos grupos resulta posible de efectuar, en la medida que cada partido sea capaz de universalizar culturalmente y de expresar en propuestas legislativas y en políticas sectoriales financieramente viables, etc. los intereses e ideas particulares de los sectores sociales que representan), sino especialmente en la acción de los grupos que, tras el logro de sus intereses y aspiraciones, actúan de manera intransigente, sin una eficaz mediación política, carentes de una conducción coherente que ponga sus objetivos y acciones particulares en el marco referencial del bien común y de los intereses generales representados por el Estado. Al extremo, los grupos delictuales organizados, las organizaciones terroristas, sectores regionalistas o localistas extremos, etc. generan climas de violencia y confrontación que superan la capacidad de las instituciones de garantizar el orden social indispensable y la seguridad ciudadana.

d) **En el plano internacional y planetario** las manifestaciones de crisis son también múltiples y evidentes. La globalización de la economía y la política se verifica en un contexto de desigualdades impresionantes que impiden la estructuración de un verdadero orden mundial.

En estos años recientes, una parte del mundo experimentó el quiebre completo de sus sistemas políticos y económicos altamente centralizados, y todavía encuentra enormes dificultades para alcanzar un cierto ordenamiento mínimo de sus procesos de cambio, experimentando el surgimiento de nacionalismos largamente contenidos junto a un acentuado deterioro de las condiciones de vida de la población.

Otra parte aún más numerosa del mundo se debate por demasiado tiempo en el subdesarrollo y la pobreza en un marco de inestabilidad política crónica.

En ese contexto, los países más desarrollados de occidente, que están experimentando a su vez procesos de acentuado cambio político en la dirección de su creciente integración regional, ven aumentadas sus responsabilidades en el plano internacional sin estar en condiciones de cumplirlas adecuadamente, y terminan cerrándose sobre sí mismos temerosos de que el desorden mundial imperante amenace sus propios equilibrios y sus niveles y modos de vida.

A este cuadro de grandes desequilibrios e inestabilidad internacional se agrega la dramática situación ecológica y medioambiental, que introduce en las relaciones internacionales un componente de elevada conflictualidad potencial. Al afectar globalmente las condiciones ambientales de todo el planeta, el

problema ecológico plantea la necesidad de regulaciones y soluciones de carácter internacional. Pero no existen instancias apropiadas y eficientes capaces de imponer dichas regulaciones y soluciones a nivel mundial, ni parece posible el establecimiento de normas generales que deban ser respetadas por todos, en razón de las enormes desigualdades en los niveles de desarrollo económico, social, tecnológico y cultural.

En este tema, cada parte se esfuerza por transferir a otras la responsabilidad principal del problema y los costos implicados en su solución. Mientras los países ricos aluden al uso indiscriminado de los recursos naturales y a las tecnologías poco refinadas que se utilizan en las naciones menos desarrolladas, éstas plantean no poder enfrentar el problema en dicho nivel en razón de los dramáticos costos sociales; y a su vez refieren la causa principal del problema al desproporcionado uso de energías y consumo de productos que existe en los países desarrollados que, por su parte, no están dispuestos a disminuir sus niveles de consumo y de vida.

Las causas generadoras de desequilibrios ecológicos se encuentran, en realidad, en todos los países, diseminadas localmente por todas partes; pero cada una de esas fuentes de contaminación tiene efectos que se hacen sentir progresivamente por todo el mundo. De ahí que cada país se esfuerce por imponer a los otros restricciones y controles drásticos y crecientes. Esto, en ausencia de una institucionalidad mundial eficaz, lleva paulatinamente al ejercicio de presiones económicas y políticas, sin que pueda excluirse el uso de la fuerza militar. El problema ecológico amenaza así con ser una nueva causa de conflictualidad que irá agudizando la crisis internacional.

Si observamos en conjunto estos planos personal, social, político, internacional y ecológico de la crisis con sus respectivas manifestaciones, no podemos eludir la conclusión de que efectivamente enfrentamos una profunda **crisis de civilización**.

Estaría en crisis la sociedad industrial y las formas estatales modernas, es decir, esa civilización que se ha constituido en torno a dos grandes pilares: la gran industria y el gran capital en lo económico, y el gran Estado en lo político.

Es la crisis de una civilización basada en la competencia, en el conflicto y en la lucha; de una civilización que pone en la conquista del poder y en la acumulación de riqueza los motivos del éxito que pretenden las personas y colectividades.

¿Es posible plantearse realísimamente y en qué puede consistir la construcción de una nueva civilización?

Del diagnóstico de una crisis de civilización deriva la necesidad de que el proyecto transformador se oriente en la perspectiva de una nueva civilización. Pero ¿no hay en esto una contradicción con cuanto afirmamos antes en cuanto a que el cambio posible y éticamente apropiado no puede tener la pretensión de ser global y totalizante? ¿No es acaso la civilización algo aún mayor y totalizante que cualquier orden social definido a nivel nacional y estatal?

Pero no ha sido la globalidad del cambio lo que hemos objetado sino la pretensión de realizarlo en base a un modelo global predefinido al que haya que someter y ajustar la realidad, y la idea de que sean portadores del mismo ciertos sujetos sociales o históricos particulares que para implantarlo hayan de conquistar el poder político. Lo que plantea en cambio un problema más serio se refiere a la posibilidad de que una acción transformadora que se postula ha de desenvolverse de abajo hacia arriba, a través de actividades creativas, que valoriza la pequeña escala en la construcción de unidades económicas y sociales personalizadas y comunitarias, pueda contribuir eficazmente a un cambio tan general y multifacético como el que implica la creación y desarrollo nada menos que de una nueva civilización.

Abordar este problema supone comprender en qué consiste una civilización y cuáles han de ser las dimensiones, contenidos y formas de la nueva civilización que se busca. Respecto a lo primero, el estudio de las civilizaciones pasadas y la reflexión sobre la crisis de lo presente permiten identificar como **elementos constitutivos de una civilización**, en términos históricos, los siguientes:

a) **Cierta unión entre teoría y práctica**, es decir, la existencia de un orden social históricamente duradero en que se manifieste un cierto nivel básico de consistencia entre los modos de pensar y los modos de actuar, entre las formas de la conciencia social y los sistemas reales de acción.

Una civilización es, en efecto, una gran unidad societal, que requiere una concepción del mundo suficientemente amplia y profunda que la integre, capaz de unificar a los numerosos grupos humanos que la componen, de darle sentido a sus vidas y de articular su acción histórica y social. Tal unidad socio-histórica no puede existir cuando a un modo de pensar o a una concepción del mundo afirmada de palabra y reconocida oficialmente no corresponde un sistema de fines y de medios prácticos encarnados en la vida y en la acción, es decir, cuando los comportamientos sociales difusos se conforman a modos de pensar implícitos que contradicen el sistema de ideas afirmado verbalmente o reconocido públicamente. La escisión entre teoría y práctica evidencia la existencia de un sistema cultural contradictorio, de una conciencia social duplicada, de una

realidad societal disgregada y conflictiva.

b) **Una relación orgánica entre dirigentes y dirigidos**, que no es sino la expresión social e institucional de la unidad entre teoría y práctica. La separación e incluso contradicción activa entre dirigentes y dirigidos manifiesta siempre una crisis de civilización, que refleja el hecho que los grupos dirigentes de la sociedad no son expresión de las multitudes sociales, que el comportamiento y modos de pensar de unos y otros se desenvuelven conforme a lógicas diferentes, y que en consecuencia los sectores dirigentes de la sociedad se mantienen como tales mediante la coerción y la limitación de las libertades del pueblo; en otras palabras, que no hay conformidad entre el pueblo y las instituciones, entre las multitudes y el sistema de dirección de la sociedad.

La única garantía posible de la mencionada organicidad es la existencia de una cultura relativamente homogénea entre unos y otros, donde las expresiones superiores y más elaboradas de la cultura sean la expresión decantada, refinada y coherente de la cultura popular, y donde aquellas se socialicen extendidamente elevando el pueblo a niveles siempre más altos de cultura y educación. Que no haya entonces una cultura diferente u opuesta entre los intelectuales y la gente sencilla, y que el sistema de ideas generales que rigen la vida de la gran unidad societal tenga raíces históricas profundas.

c) **Una coherencia estructural entre economía, política y cultura**, consecuencia de los dos elementos anteriores y consistente en la existencia a nivel del conjunto de la sociedad (o sea, de las condiciones histórico-estructurales dadas y de los proyectos de desarrollo y transformación), de un sistema orgánico de acción conforme al cual las actividades productivas, conectivas y creativas se articulen en armonía y equilibrio.

La economía, la política y la cultura han de crear condiciones para su mutuo desarrollo y se han de potenciar recíprocamente, sin entrar en conflictos estructurales entre ellas. Naturalmente, en toda formación económico-político-cultural socialmente dividida estos tres sistemas de relaciones no pueden articularse en completo equilibrio y estabilidad, pues diferentes formas de conflicto no dejarán de manifestarse dinamizando la sociedad. Por esto, el carácter progresivo de una civilización estará dado por el más alto grado históricamente posible a partir de la situación existente, de condiciones de justicia económico-social, de participación política y de unidad cultural.

Considerando estos tres elementos fundantes y constituyentes de una civilización, examinemos cuáles pueden ser los caminos que conduzcan a ella y las contribuciones que a su surgimiento podría hacer la economía de solidaridad.

La forma unificadora de una civilización latinoamericana.

Una cuestión preliminar que es imprescindible dilucidar apunta a identificar las dimensiones o el tamaño de la sociedad unificada en términos de la nueva civilización posible. Esta pregunta por la dimensión de la unidad societal constitutiva de una civilización es fundamental, porque de la respuesta que obtenga depende la posibilidad misma de su realización.

Para responder a ella es preciso recordar lo que señalamos respecto a la creciente insuficiencia de la dimensión nacional de las unidades societales en que se expresa la civilización moderna.

Eso lleva a pensar que la nueva civilización ha de expresarse necesariamente en unidades sociales más amplias que las constituidas por un estado nacional. Al mismo, hay que tener en cuenta la gran disparidad de condiciones y grados de desarrollo existentes en las diversas zonas del mundo así como las contradicciones que entre ellas se dan. En razón de ello no parece realista pensar en una sola unidad societal de dimensiones mundiales, capaz de expresar unidamente los contenidos formales constituyentes de una civilización.

Acotada por ambos lados, y considerando la tendencia efectivamente en curso en el sentido del configurarse de grandes unidades regionales que agrupan naciones de un mismo continente o subcontinente que presentan similares condiciones, problemas y desafíos, parece que la nueva civilización que emerja de la crisis de la civilización actual tenderá a constituirse en dimensiones regionales. La nuestra, en tal sentido, debiera asumir la **dimensión latinoamericana.**

Esto significa, en otras palabras, que los tres elementos formales de una civilización se desarrollen en dimensiones latinoamericanas de tal modo de configurar en el subcontinente una unidad societal integrada. Consideremos lo que esto significa y lo que podría implicar.

Se plantea ante todo la cuestión de la **identidad latinoamericana**, viejo problema reformulado cada cierto tiempo en la región por algún pensador que mantiene vivo el proyecto bolivariano; problema imposible de resolver en el marco de una civilización constituida por unidades estatal-nacionales separadas; problema que adquiere nueva vigencia en la perspectiva de las nuevas civilizaciones regionales emergentes.

El problema no consiste solamente en la superación de los vínculos históricos y estructurales de dependencia y subordinación de los diferentes imperialismos (como se lo vio desde la óptica de los estados nacionales en el marco de la civilización moderna). Se trata más bien y sobre todo de la **búsqueda de una forma integradora**, esto es, de la elaboración teórica y práctica de un sistema propio de significados que proporcione un sentido unificado, una estructura orgánica y una dirección de desarrollo coherente, al conjunto de las actividades económicas, políticas y culturales de la región: en la perspectiva de una nueva civilización latinoamericana.

América Latina no posee todavía una forma, carece de una unidad cultural e institucional capaz de garantizar el desarrollo autónomo de la región.

En los inicios del siglo pasado, terminada con la independencia la fase histórica colonial, las fuerzas autonomistas se encontraron ante la tarea de edificar un orden político, intelectual y moral de tipo nuevo, que debía llevar a unidad y coherencia las variadas componentes culturales que influyeron en el logro de la independencia. En las condiciones culturales y políticas de aquel tiempo, tal orden no podía sino asumir las formas y contenidos del **Estado nacional** conforme a los modelos que se habían desarrollado en Europa y propios de la civilización dominante. Se constituyeron más de veinte Estados nacionales en la región, independientes y separados entre sí.

Existieron, en verdad, tentativas y búsquedas federalistas e integradoras, pero predominaron las razones nacionales: la reducida densidad demográfica de los inmensos espacios geográficos, las dificultades de comunicación y transporte, el precario e inorgánico desarrollo económico, la orientación de la producción hacia afuera, hacían imposible la constitución de una forma latinoamericana unificadora.

La forma de los Estados nacionales después de casi dos siglos de desarrollo está sólidamente establecida y es una realidad que continuará existiendo también en el futuro. Pero se encuentra atravesada por limitaciones estructurales que vienen desde sus orígenes y que son aún más radicales que aquellas que señalamos al analizar la crisis de la actual civilización.

A diferencia de cuanto sucedía en Europa donde existían formaciones étnicas unificadas, instituciones históricamente consolidadas y tradiciones culturales que daban a los estados nacionales una identidad definida en la continuidad de su propia historia, en América Latina las nacionalidades -en sentido étnico, lingüístico, cultural y político- no existían. La sociedad era una mezcla de grupos con historias divididas; pero debían encontrar la forma unificadora. En otras palabras, América Latina se constituye en la multiplicidad de los Estados, pero la forma Estado-nación en cada país encontraba fundamentos históricos y culturales insuficientes. La unidad de cada Estado-nación era por tanto un proyecto por construir a partir de sus mismos cimientos, tomando como base de delimitación limítrofe provisoria, aquella subdivisión en reinos, virreinos y capitánías que sin embargo era rechazada ideológicamente dado su carácter colonial. La escasez de bases culturales, políticas y económicas adecuadas para la definición de las sin embargo necesarias entidades nacionales, será superada a través de la decidida afirmación de la **voluntad** de crear la unidad nacional, y así se convierte en contenido unificante el **nacionalismo** ideológico y político exacerbado que caracteriza toda la historia latinoamericana. Las naciones, en estas circunstancias, son construidas desde arriba, por el Estado.

La exigencia de unificación nacional y el nacionalismo consiguiente implicaron una grave tendencia a descuidar la diversidad

étnica aborígen, a olvidar la importancia de aquellas formaciones etno-culturales indígenas que en algunos países constituyen la mayoría y en otros casos minorías demográficas significativas. En la demarcación limítrofe, por ejemplo, no fue mínimamente respetada la estructura productiva, social e incluso familiar de los pueblos indígenas, que fueron forzosamente divididos en sectores que resultaron adscritos a distintos Estados, con grave deterioro de su vitalidad. Reclutados después en ejércitos nacionales diferentes, a menudo debieron luchar entre sí sin comprender las razones de su rivalidad.

La exigencia de unificación nacional primaba sobre cualquiera otra diferenciación, de manera que la unidad se constituía a nivel ideológico e institucional en la lógica de la negación de las formas unificadoras y diferenciadoras existentes.

En el curso de la historia el acentuado nacionalismo político de los Estados ha obstaculizado los crecientemente necesarios procesos de integración económica y cultural. Actualmente esta necesidad es más que nunca evidente en razón de la mencionada contradicción entre el nacionalismo de la vida política y la exigencia latinoamericanista de la vida económica, que requiere un mercado de dimensiones regionales capaz de asegurar un desarrollo autónomo de las fuerzas productivas.

La superación de nuestra actual crisis de civilización implica por tanto la búsqueda de una forma integradora, de una unidad histórica de dimensiones latinoamericanas, capaz de recoger en un sistema unificado de significados, integrado y coherente, los esfuerzos de los pueblos y naciones del subcontinente orientados hacia el desarrollo económico-social y la autonomía político-cultural.

No corresponde aquí avanzar hipótesis de contenido respecto a la elaboración concreta de tal identidad latinoamericana integradora. Nos limitaremos solamente a indicar un elemento de método que brota del análisis de las condiciones existentes y de un concepto muy general de la civilización por construir.

Esta indicación metodológica es, en lo esencial, que la búsqueda de una forma latinoamericana integradora debe proceder, no en contraposición respecto a las unidades nacionales establecidas, pero según una lógica de búsqueda completamente diferente de aquella que fue seguida en la construcción de la forma estatal-nacional. Lógica de elaboración de la forma unificante, diferente en tres aspectos esenciales:

a) A diferencia de las unidades estatal-nacionales que se constituyeron mediante la afirmación de la unidad en contra de las diferenciaciones internas, o sea a través de la negación y ocultamiento de las particularidades étnicas, culturales, económicas, etc., la unidad latinoamericana deberá buscarse y construirse a través de un proceso de recuperación de todas las diferenciaciones y de todas las complejidades, el pluralismo y la heterogeneidad estructural existente en lo político, económico, demográfico y cultural.

La futura forma latinoamericana integradora deberá ser tal que no niegue las actuales diferenciaciones nacionales, al

contrario: pero deberá además recuperar aquellas otras diferenciaciones que han sido olvidadas pero no eliminadas por el nacionalismo predominante.

b) Una segunda diferencia en la lógica de elaboración de la unidad consiste en ésto: que mientras en la construcción de los Estados nacionales no era posible mirar al pasado y a las tradiciones para encontrar la identidad (siendo entonces la entidad nacional algo completamente nuevo todo entero por inventar), la forma integrativa latinoamericana podrá ser individualizada y construida precisamente mediante una reinterpretación crítica de su historia desde los orígenes. Será necesario, a saber, reencontrar la propia identidad revisitando con el intelecto y recuperando en la conciencia colectiva la historia latinoamericana en sus varias fases.

Al respecto hay que reconocer que la cultura latinoamericana todavía no ha tomado plena conciencia y aceptado sus orígenes y su pasado colonial, y ello le impide alcanzar una adecuada comprensión y una justa valoración de su propia identidad. América Latina, en efecto, no nace como pura expresión de la cultura europea sino que es el resultado del encuentro conflictivo, constituyente y aún activo, entre las civilizaciones y culturas autóctonas y la civilización y cultura occidental, razón por la cual, frente a la actual crisis de civilización, surge la exigencia de reapropiación crítica de toda la propia historia y cultura, para redescubrir la identidad y para individualizar las alternativas posibles: los modos, los condicionamientos y los medios de construcción de una nueva racionalidad histórica, de una nueva civilización latinoamericana.

c) Una tercera diferencia en la lógica de construcción de la forma integradora latinoamericana respecto a la forma estatal nacional se refiere al modo de alcanzar la institucionalización y de lograr la conformación de las personas y grupos al nuevo sistema ético-político. Los estados nacionales fueron inaugurados mediante un acto central de tipo político, consistente en la mayoría de los casos en la formación de un gobierno y en la promulgación de una constitución y de cuerpos legales a los que debían conformarse los comportamientos, relaciones y actividades.

La forma integradora latinoamericana, sin rechazar por cierto la oportunidad de determinados actos de tipo jurídico predispuestos desde arriba, debiera organizarse, adquirir formas y contenidos y conformar los comportamientos, desde abajo, esto es a través de un proceso muy complejo y multiforme de agregación social, cultural y política protagonizado por las comunidades y los grupos sociales de variados tipos que llegan a ser sujetos de nuevas acciones históricas.

La nueva civilización latinoamericana será construida desde la base mediante la articulación organizativa y la unificación cultural de sus componentes individuales, comunitarios y colectivos. Desde las comunidades y organizaciones de base habrían de surgir nuevos grupos dirigentes así como los elaboradores de una cultura superior, que den coherencia y que potencien los movimientos históricamente significativos y los valores

populares latinoamericanos, evitando la ruptura entre cultura culta y cultura popular, entre dirigentes y dirigidos.

Construida a través de un proceso prolongado pero densamente participativo de los pueblos según sus diversificadas estructuraciones socio-económicas, político-institucionales y etno-culturales, la forma integradora latinoamericana en formación será la expresión adecuada de sus reales contenidos.

La economía de solidaridad en la construcción de una civilización latinoamericana de solidaridad y trabajo.

Es obvio que una civilización no se construye arbitrariamente ni en base a proyectos inventados por personas o grupos más o menos distanciados de los reales problemas e intereses de la sociedad, sino a partir de iniciativas y procesos que partan de las fuerzas sociales existentes y que, comprendiendo los problemas reales y actuales de la sociedad derivados de la crisis de la civilización anterior, tengan posibilidades efectivas de darles solución. La nueva civilización, o está ya emergiendo desde la crisis de la anterior que hace surgir las orientaciones y fuerzas portadoras, al menos en germen, de los contenidos esenciales de la nueva, o simplemente no podrá aparecer.

Pues bien, el análisis de los **diez caminos** que abren procesos y movimientos orientados en la perspectiva de la economía de solidaridad nos ha puesto ante una multitud inmensa de fuerzas sociales, potencialmente activables en la dirección que han empezado a transitar aquellos grupos que al interior de cada una de ellas están experimentando formas nuevas de hacer las cosas, nuevas formas de pensar, de sentir, de valorar, de relacionarse y de actuar. Esas fuerzas sociales son tan amplias, y están relacionadas tan directamente con los grandes problemas de la sociedad latinoamericana, que es realista pensarlas como agentes potenciales de un proceso histórico de largo aliento que contribuya eficazmente a suscitar una civilización nueva.

Por las características, contenidos y racionalidad de las experiencias que se están formando por esos caminos es posible identificar algunos importantes elementos de contenido con que la economía de solidaridad puede contribuir a la civilización de que hablamos.

Un primer elemento dice relación con la especial característica que define a estas organizaciones como polivalentes y multiactivas, en cuanto combinan actividades de carácter económico, social, político y cultural como parte de su propio funcionamiento y dinámica. En tal sentido, se da en estas experiencias la búsqueda y la real elaboración de **nuevas y más estrechas relaciones entre economía, política y cultura**, aspecto muy destacable atendiendo a cuanto señalamos en el sentido de que la crisis de la actual civilización se caracteriza precisamente por la separación y tendencial contradicción entre esos distintos niveles o dimensiones de la vida social.

Un segundo elemento se refiere a la **centralidad del trabajo** en la economía, poniéndose de este modo el hombre y su actividad por sobre las cosas y su valor monetario. El trabajo supera su condición subalterna y adquiere autonomía, pudiéndose desplegar por su intermedio aquellas cualidades de creatividad y desarrollo personal que son inherentes a su especial dignidad humana. El trabajo así realizado proporciona sentido a las personas en el marco de su actividad económica y satisface por sí mismo las necesidades y aspiraciones de autorrealización, más allá de la simple generación de ingresos para adquirir en el mercado los bienes de consumo y los servicios indispensables.

Un tercer elemento tiene relación con el tamaño de las organizaciones y operaciones, que se realizan en la economía solidaria **a escala humana**. Decíamos que una característica de la civilización moderna era la tendencia a las grandes organizaciones, en las cuales el hombre se desarrolla unilateralmente en cuanto cumple en ellas funciones crecientemente especializadas y parciales, y donde el hombre resulta masificado y estandarizado. El privilegiamiento de las dimensiones pequeñas, junto con favorecer una mayor integralidad en el desarrollo personal en cuanto en ellas cada individuo participa y asume responsabilidades en las diversas funciones y etapas del proceso productivo, permite que las personas perciban su organización como algo propio, que les permite alcanzar un mayor **control sobre sus condiciones de vida**.

Un cuarto elemento corresponde al desarrollo de la convivencia, al establecimiento de relaciones humanas personalizadas y socialmente integradoras, en el marco de asociaciones y comunidades que definen un nivel de pertenencia e interacción social altamente satisfactoria. Se trata de un modo de superar el individualismo mediante la construcción de una **solidaridad social** que no atenta contra la libertad individual, porque se construye directamente en la relación interpersonal y no por la articulación forzada de los individuos a través de la acción ordenadora del Estado o de algún otro ente provisto de poder que se levanta y actúa por encima de las personas. El acceso a niveles más amplios de agregación social y socialización se verifica por el relacionamiento directo entre asociaciones y comunidades, de manera que la sociedad se constituye y ordena como **una comunidad de comunidades** interrelacionadas.

Un quinto elemento se refiere al **nuevo tipo de relaciones entre dirigentes y dirigidos** que se establece por medio de la amplia participación de las asociaciones y de la comunidad organizada en la toma de las decisiones que afectan a todos. En la civilización emergente se superaría de este modo la escisión entre la sociedad civil y la sociedad política, característica de la civilización moderna exacerbada por su crisis. Siendo la relación orgánica entre dirigentes y dirigidos uno de los elementos formales constitutivos de cualquier civilización, el aporte que en tal sentido hace la economía de solidaridad a través de la participación y la autogestión resulta decisivo.

Un sexto elemento dice relación con un significativo proceso de aproximación en los niveles de vida y de riqueza al que pueden acceder las distintas categorías, sectores y grupos sociales que se constituyen a partir de la organización económica. En este sentido destaca el aporte de la economía de solidaridad a la **democratización del mercado**, que implica una distribución socialmente más equitativa de la riqueza, del poder y del conocimiento, los tres factores generadores de la división y el conflicto entre las clases y sectores sociales. La civilización emergente, en la medida que resulte influida por un alto desarrollo de la economía de solidaridad, será constitutiva de sociedades mejor integradas, menos divididas y conflictuales, sin que ello implique una pérdida sino incluso un enriquecimiento del pluralismo y la diferenciación social resultante de las opciones libres de las personas, comunidades y grupos.

Un séptimo elemento se refiere a las características y modalidades que asuman los procesos de desarrollo y cambio social en la nueva civilización. Allí, naturalmente, se desplegarán también **energías orientadas al cambio**, que dinamizarán la sociedad y contribuirán al despliegue de sus potencialidades; pero la economía de solidaridad las orientará constructiva y creativamente, en procesos descentralizados y de dimensiones locales, atendiendo a los problemas particulares que se presenten en cada lugar y a las reales aspiraciones de quienes los viven. El desarrollo podrá desplegarse en sentido más integral y equilibrado, en correspondencia con aquella concepción del **desarrollo alternativo** al que apunta la economía de solidaridad. Si los problemas de la civilización contemporánea son en gran medida consecuencia de los desequilibrios que caracterizan sus procesos de crecimiento y desarrollo, la identificación y realización de "otro desarrollo" parece ser un aspecto crucial de una civilización distinta y superior.

Un octavo elemento alude al establecimiento de **un nuevo tipo de relación entre el hombre y la naturaleza**, mediativada por una economía que se responsabiliza de los efectos transformadores del medio ambiente que tienen la producción, la distribución y el consumo. Podrá tratarse de una civilización que asume la naturaleza como un todo viviente que ha de ser respetado en sus propios equilibrios y procesos, y no como una realidad articulada mecánicamente y compuesta de elementos y energías materiales susceptibles de ser dominados y utilizados indiscriminadamente por el hombre. Si la cuestión ecológica tal vez sea la que con mayor imperiosidad y urgencia plantea la necesidad de una civilización distinta, el aporte de la economía de solidaridad podría ser realmente crucial.

Un noveno elemento corresponde a la consolidación de una **nueva situación de la mujer y la familia**, que podrán desplegar su identidad y potencialidades en todas las esferas de la vida social, política, económica y cultural, en el marco de relaciones equilibradas entre los sexos y las generaciones. La civilización emergente se caracterizará entonces por la presencia no subordi-

nada de lo femenino, que marcará con su sello las relaciones y procesos sociales de un modo históricamente original. En la civilización moderna la familia dejó de estar al centro y de ser el sostén de la socialización, como lo había sido en todas las civilizaciones anteriores. Recuperar su centralidad en las diversas dimensiones de la actividad social, como de hecho empieza a suceder con la economía de solidaridad, tal vez sea una de las sorpresas que nos depare la civilización emergente.

Un décimo elemento dice relación con la necesidad de que la nueva civilización latinoamericana **valorice la diversidad étnica y cultural** constituyente de la región. En la medida que la economía de solidaridad hunde sus raíces, se nutre y vigoriza sus búsquedas en contacto con las formas económicas de los pueblos originarios, su aporte puede ser decisivo en la perspectiva de la búsqueda y elaboración de aquella **forma integradora** que exprese la identidad de una América Latina unificada según una lógica de integración inversa de aquella que condujo a la formación de los Estados nacionales del subcontinente.

Un último elemento alude a la **dimensión espiritual** de la civilización, aquella en que las personas, grupos y sociedades encuentran o proporcionan **sentido** a lo que hacen y viven, y que parece ser efectivamente la razón definitiva por la que está muriendo la civilización actual. La economía de solidaridad rescata una concepción del hombre como persona libre abierta a la comunidad, sujeto de necesidades y aspiraciones de personalización en las dimensiones personal y comunitaria, corporal y espiritual de su naturaleza constituyente, capaz de actuar conforme a valores superiores, que no busca únicamente su utilidad individual sino que también ama a sus semejantes y se abre a sus necesidades, que se preocupa del bien común y se proyecta a la trascendencia. Los valores del trabajo y la solidaridad son fundantes de la economía de solidaridad, y ellos mismos pueden ser los que sostengan la nueva civilización latinoamericana, que bien podría ser **una civilización de la solidaridad y el trabajo**.